

R
248-95
SOLER

4

S Cto Rey	
Seminario	

LAS RUINAS DE PALMIRA

CON OCASIÓN DE

UNA EXCURSIÓN ARQUEOLÓGICA PROFANO - SAGRADA

POR AMBOS MUNDOS

POR EL

Dr. MARIANO SOLER, Pbro.

I.T.U.	
571	
Sol-	r.



INSTITUTO TEOLÓGICO
DEL
URUGUAY
MONTEVIDEO
MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA, de Márcos Martínez

Calle Buenos Aires, 155, esquina Misiones

1889

6595

10125

Seminario CRISTO REY
Biblioteca

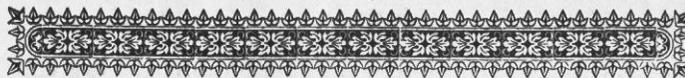
TOLEDO

Al Sr. Cura
caro de la Unión
El autor

DEDICATORIA

*A mi estimado amigo y compañero de
viaje Sr. D. Demetrio Piñeyro del Campo.*

M. Soler.



INTRODUCCIÓN

¡LAS RUINAS!

La invencible inclinación á la arqueología, ciencia de la antigüedad basada en los monumentos, me ha impulsado y guiado principalmente en mis excursiones por el Viejo y Nuevo Mundo.

Yo no sé qué atractivo sublime tiene para el alma la memoria de las antiguas edades. Venero como sagrado el surco que la humanidad ha dejado á su paso al través de los siglos. ¡Qué sublime emoción se experimenta cuando, al pisar ruinas inmortales, uno oye decir; ¡Aquí fué Troya, Tebas, Palmira, Menfis, Atenas, Palemke ó Mitla!

Al contemplarlas me consideraba gigante de los siglos, porque pisaba el sepulcro de generaciones famosas que reinaron un día sobre la tierra y que, como nosotros, viajaron por el mundo en pos de un ideal. Si no conocí esas generaciones, puedo al menos besar sus huellas, leer en su sepulcro la historia

de su vida, y sorprender en sus monumentos la grandeza de sus obras y el heroísmo de sus esfuerzos.

Cada vez que, conmovido y meditabundo, me sentaba sobre una ruina dejada por los pueblos que ya no existen, sentía sublimado mi corazón; mi pobre existencia se confundía con los siglos y me parecía contemplar levantándose de su tumba todas las generaciones que habían precedido mi existencia microscópica.

En lo antiguo contemplo un cadáver, pero gigantesco, porque es el cadáver de la humanidad que pasó, que es más grande y más meritoria que las generaciones presentes, porque ella luchó, sufrió y triunfó, muchas veces para legarnos lecciones y prendas que la solidaridad humana ha convertido en precioso contingente de nuestra civilización y progreso.

Nunca he pisado el polvo de una ruina ó los despojos de un monumento de la antigüedad sin respeto y emoción: es polvo de siglos, son restos inmortales! Colocando los piés sobre esta tumba del pasado, me convertía en gigante de múltiples centurias; pigmeo por mi mismo, me consideraba gigante por haber subido sobre los hombros de un coloso; y acrecida mi vista con su altura, podía ver más lejos que él con mi vista limitada.

No concibo la ingratitud para con nuestros antepasados, y mucho menos la indiferencia. La antigüedad, las generaciones que fueron y sus monumentos, esto es, los rastros y huellas de su paso por el mundo, tienen sublimes atractivos para mi espíritu. Ella me dá la

más sublime de las lecciones; la filosofía de la historia, que reputo ser la ciencia que más agiganta el corazón y la inteligencia del hombre.

Cúmpleme ahora declarar que quien me ha decidido á la publicación de la presente memoria es uno de los compañeros de mi segundo viaje á Oriente y el primero á Palmira, mi amigo y compatriota el señor don Demetrio Piñeyro, á quien tengo la satisfacción de dedicar el presente trabajo, yá que tan hondas impresiones trajo de esa célebre excursión.

El viaje á Palmira es, en efecto, sumamente interesante para los amantes de la arqueología, y es la peregrinación obligada de los verdaderos turistas, que no temen arrostrar la travesía del desierto, á trueque de contemplar tan famosas ruinas; viaje que ha constituido una de las más preciadas satisfacciones, y el más alto timbre de sabios arqueólogos; merece, pues, consagrarle una memoria, aunque sin pretensiones de científica. Sin embargo dedicarle un trabajo exclusivamente, sería un gran sacrificio para mi pasión arqueológica, yá que tantos monumentos he tenido el placer y satisfacción de visitar en el antiguo y nuevo mundo.

He creído, pues, conveniente que al satisfacer los deseos de mi compañero de viaje, podía y debía ampliar el plan de la presente memoria; no describiré solamente las *ruinas de Palmira*, sino con ocasión de consagrar un recuerdo á mi *excursión arqueológica profano-sagrada por ambos mundos*, debiendo declarar desde luego que la parte sagrada de lo que titulo excursión arqueológica, la constituirá el relato del

cumplimiento de las profecías, que constata la contemplación de las ruinas de las grandes ciudades é imperios, cuyo fin anunciaron los Profetas del Señor. Así, y de paso, pagaré un tributo de mi fé científica á la verdadera religión, y á la legítima creencia histórico-religiosa de la intervención de la Providencia en los destinos de la humanidad y de los imperios, verdad que negó tan temerariamente un viajero tan notable como Volney en sus célebres *Ruinas de Palmira*, y Viages á Siria y Egipto, cuyas huellas he tenido el honor de seguir y ampliar.

Si al estudiar los monumentos de la antigüedad, se agiganta la convicción acerca del valor y eficacia del contingente de la actividad y libertad humanas en el augusto drama de la historia de la civilización y progreso de la humanidad, también se aumenta la persuasión acerca de la acción y cumplimiento de los designios de la Providencia en los destinos del género humano; y si de ello no constituye toda la prueba el cumplimiento de las profecías, que solo representa la parte sobrenatural de esa intervención providencial, forma al ménos una de las pruebas más convincentes y científicas de la divinidad de la religión verdadera. Sucede con la arqueología y la historia combinadas, lo que con las conquistas de todas las demás ciencias: conspiran á demostrar la verdad y divinidad de nuestra sublime religión.

Las ciencias constituyen su más bella apología, y en el caso presente, el cumplimiento de las profecías sobre los imperios y ciudades antiguas, constituyen el argumento histórico más irrefuta-

ble para todo aquel que se deja convencer por la evidencia de los hechos, aunque no haya tenido tiempo para estudiar la filosofía de la religión. Confío en que se convendrá por mis lectores, que la parte que denomino arqueología sagrada, es sumamente interesante.

Por lo demás, debo confesar que muy principalmente me ha decidido á publicar esta excursión arqueológica, no tanto las ruínas de Palmira, por más augustos que sean, como el deseo de propagar entre los americanos el gusto por el estudio de la arqueología americana ó de los monumentos de la civilización de la América precolombiana; como quiera que considero reprochable que nos intereseamos tanto por el estudio de los monumentos del Antiguo Continente, despreciando el de los que en el nuestro están llamando la atención de los sabios europeos.

Y debo afirmar que en América existen antigüedades y monumentos, cuya mayor parte he tenido la satisfacción de contemplar, que son dignos de rivalizar con los del viejo mundo.

En todo debemos proponernos este lema yanqué: «la América para los americanos.»

Es una vergüenza que los europeos se preocupen de nuestros antepasados con más interés que nosotros. ¡La América arqueológica y prehistórica tiene grandes monumentos!



DE DAMASCO Á PALMIRA

POR KARIETEÏN

¡LA EXCURSIÓN MAGNA!

Nuestra peregrinación á Oriente, en el segundo viaje, empezó por Grecia. De Atenas pasamos á Egipto, en donde emprendimos una excursión al través de la tierra de los Faraones por el Nilo hasta Asuan y Elefantina, visitando entre otros los monumentos de las antiguas Menfis, Tebas, Luxor, Carnack, Dénderah, Esnéh y las Pirámides de Sákkara y Gizéh. Por el canal de Suez pasamos á Palestina hasta el Jordan y el Mar Muerto, después de venerar los santuarios más notables de Tierra Santa, que he descrito en mis «Memorias de un viaje por ambos mundos.» Nos trasladamos á Fenicia por Beyrut, atravesando el Líbano y Antilibano para emprender el viaje á Baalbeck y Palmira desde Damasco por Karieteïn. Los turistas éramos

cuatro; pues me acompañaba con el doctor don Jacinto Casaravilla, don Demetrio Piñeyro y don Alberto H. Jackson; como quiera que desde Jerusalén, nos separamos del señor don José M. Cibils y familia, aunque por cierto, con mucho sentimiento de no poder seguir con tan grata compañía.

Contratamos con un *dragoman*, guía, el gran viaje por el desierto, componiendo la caravana trece hombres de escolta y bagajes; pues debían conducir para la ida y vuelta todo el ajuar y vituallas necesarias; cuatro tiendas de campaña para dormitorio, comedor y cocina, y hasta una quinta para el *necesaire*, á fin de poder acampar en el desierto en las etapas obligadas de nuestra peregrinación; y en verdad que se nos dispensó el servicio del mejor hotel de Oriente, pues los dragomanes están acostumbrados á realizar esa travesía proporcionando á los turistas toda clase de comodidades.

Como ya empezaban los grandes calores, por ser el mes de mayo, recurrimos al traje árabe de los beduinos, nos cubrimos con el *abáye* blanco, vestido talar de largas y anchas mangas, cubriendonos la cabeza con el *keffiej*, especie de pañuelo flotante, ajustado á la misma cabeza con un adorno de cuerda llamado *ajal*, aunque nosotros lo colocamos encima de un sombrero blanco, ideado por los ingleses para las regiones cálidas. Caballos, camellos y mulas eran nuestro medio de transporte. ¡Así emprendimos nuestra peregrinación por el desierto! y en verdad que á pesar de las fatigas de nueve días continuados, el viaje tiene su poesía y secretos

encantos, cuya descripción suprimo, por no defraudar le objeto principal de esta memoria, aunque jamás se me borrarán del alma las emociones que experimenté. Una tarde en el desierto, al hacer alto la caravana, al rededor de las tiendas, y después del cansancio del día, poder contemplar descansados el cielo sereno y estrellado en la inmensidad de un panorama sin límites, es indescriptible! La travesía del desierto de Siria para las caravanas de mercaderes, es muy penosa por las privaciones é incomodidades de todo género que experimentan aquellos pobres árabes; pero para nosotros, que íbamos á ver á *Palmira*, con todas las comodidades posibles, esa larga travesía se hizo fácil, poética y deleitable; hasta encantadora. Y ¡éramos unos héroes del amor y gusto por la antigüedad y sus grandes monumentos!

Se nos había dicho que ese sacrificio merecía la pena. Y es verdad: diré más, el viaje á las ruinas de Palmira es el honor y la satisfacción suprema del turista por Oriente. ¡No ir á Palmira!...

La ansiedad de llegar á la meta deseada nos hacía más largos los días. En Karietein, á jornada y media de Palmira, interrumpimos nuestra vida de nómadas y de campamento, pues fuimos afable y generosamente hospedados en casa del jefe ó cheikh del país, Roujh, quien nos alojó en la sala de su divan. A la mañana siguiente, con el cortejo de todo el pueblo, al cual siempre llama la atención el tránsito de las caravanas de turistas, continuamos el viaje, creyendo á cada momento divisar la cadena de montañas á cuyo pié está Palmira, y que los árabes llaman *Djebel-*

Ruach. Pero tuvimos que pernoctar en nuestras tiendas sin poder divisar, aunque fuera de lejos, las avanzadas de la gran ciudad.

Al día siguiente la partida fué apresurada, porque al fin en ese día se nos dijo que llegaríamos á Palmira. En efecto, pocas leguas habíamos caminado, cuando nos grita uno de los beduinos ; *Tadmor, Tadmor! Djebel-Tadmor!* Estábamos á pocos kilómetros de Palmira, que los beduinos llaman *Tadmor*. Después de haber almorzado en un *Khan*, en donde existe una guardia del ejército turco, apresuramos la marcha á todo galope, pues ya no temíamos separarnos de nuestra escolta.

Al subir una pequeña colina creímos que íbamos á descubrir las ruinas; una vuelta de una media legua de largo nos separaba aún de ellas. Pero ¡qué espectáculo! Sobre la izquierda se alzaba un soberbio monte aislado, de un centenar de metros de altura, y en su cumbre un castillo turco que domina á Palmira, se destacaba en el cielo como una negra silueta. Una emoción sublime se apoderó de nuestro espíritu; nos apresuramos para ver á Tadmor y sus ruinas inmortales. Una marcha precipitada nos llevó bien pronto al pié de la montaña; y dada la vuelta de una pequeña colina, que nos hacía desesperar, entramos en un valle arenoso y estrecho, que se elevaba progresivamente; en el punto culminante de la garganta, dos torres cuadradas, semejantes á dos inmensas atalayas, nos anunciaron que estábamos muy cerca de nuestra meta.

Después de un cuarto de hora, que nos pareció

un siglo, el último obstáculo que nos separaba de Palmira, desapareció derrepente, y vimos ante nuestros ojos uno de esos espectáculos conmovedores, que la descripción atenua, pero del cual procuraré dar un débil rasgo. Eran las tres de la tarde, y el sol esparcía sobre el paisaje torrentes de luz. Desde el punto culminante en que nos encontrabamos, hasta la llanura, descendian dos líneas de magestuosas tumbas.

Al frente, y á distancia de unos dos kilómetros, se divisaba la cintura colosal del Gran Templo del Sol; de entre esta masa imponente de construcciones surgían columnas, cuyo entablamento y capitales se destacaban perfectamente bajo un cielo de fuego; á nuestra izquierda se extendía la famosa columnata del Sol, con su arco de triunfo y sus pórticos, á los cuales iban á terminar otros pórticos más pequeños. El suelo estaba, á perder de vista, sembrado de restos de toda especie, y del seno de una selva de columnas y de un océano de ruinas surgian, aquí un templo, allí una basílica, más allá algún frontis aún de pié, al lado de las ruinas del edificio que decoraban.

Un tinte rojo y transparente inundaba casi todo este primer paisaje, algo en la sombra, con respecto á nosotros, contrastando su dulzura con los reflejos dorados y la blancura brillante de la piedra en las partes más iluminadas del cuadro. Al otro lado comenzaba el desierto con sus líneas grandiosas y simples, ligeramente dibujadas en un horizonte luminoso que semejaba confundirse con el cielo. El ojo recorría en vano la inmensa soledad; ninguna vegetación, ni más colinas; nada más que una llanura

inmensa, llena de lagos fingidos por el espejismo; pero inculta y triste, como los lugares que rodea, y reflejando sus propios colores. Una hermosa cadena de montañas, continuación del Djebel-Ruack, se perdía hácia el N. E. encuadrando armoniosamente los restos maravillosos de la más bella ciudad de Oriente, sentada magestuosamente en las puertas del desierto y recostada en las faldas de gigantescas montañas. A nuestros piés, sobre la derecha, como para salvar su nombre del olvido, algunas graciosas *palmeras* sombreaban aún una bella fuente sulfurosa, cubierta quizás en otro tiempo con magníficas termas.

Pasó largo tiempo antes que las emociones de que estaba llena nuestra alma estallasen en entusiasmo reverente y solemne; y el silencio de la muerte que nos rodeaba ¿no era su más elocuente expresión? Mudos de admiración sublime, seguíamos conmovidos y silenciosos aquel camino de ruinas inmortales. ¡Qué contrastes y qué lecciones! Hubiera sido en vano buscar un ser animado para dar alguna vida á aquel paisaje; en medio de esos lujosos edificios y de esas orgullosas tumbas, todo era mudo é inmóvil, como las cenizas de los que dormían un sueño de siglos á nuestro alrededor. ¡Cómo poder olvidar en toda mi vida la emoción sublime que me causó la inmortal Tadmor, orgullo del desierto y encanto del viajero!

Descendimos, por fin la pendiente de arena, que conduce en línea recta al *Kuala'at*, como llaman los árabes al recinto del Gran Templo; pero la vista de la fuente, ó manantial, nos tentó irresistiblemente, por ser de una abundancia y limpidez notables. El

origen de donde nace está cubierto por una especie de bóveda, evidentemente antigua. La temperatura del agua es de 30.º centígrados y tiene un gusto pronunciado de azufre.

Como la hora avanzaba, nos dirigimos á las murallas del templo, cuyo recinto sirve de habitación á los modernos Palmirenses; fué preciso atravesar el cementerio musulman, completamente abierto, como es costumbre: allí pudimos observar una gran cantidad de pedestales y altares votivos, cubiertos de inscripciones palmirenses, que sirven hoy de fustes funerarias.

Bajamos, pues, en frente de la Gran Puerta y nos sentamos sobre tambores de columnas á esperar la llegada del resto de nuestra caravana. Pero apenas llegamos, toda la población se situó á nuestro alrededor para ver á los *Franco*s, como llaman á todos los europeos, que siempre son tan extraordinarios para ellos. En seguida vinieron á visitarnos el gobernador turco, el gran Derviche y el príncipe árabe, Mahomed-Adalajh-Rouhj, el cual servía de interprete, por saber algo de francés; pues, había estado en París. Se nos ofreció alojamiento en casa de este último; pero preferimos, como más cómodo y poético, levantar nuestras tiendas de campaña en medio de las ruinas, gozando así de más libertad y facilidad para visitarlas y contemplarlas.

RECUERDOS HISTÓRICOS DE PALMIRA

SINTESIS PREVIA

Antes de proceder á la descripción de las ruinas de Palmira en su estado actual, creo oportuno hacer mención de su pasado glorioso y trágico.

En tiempos en que Babilonia y Ninive llenaban la tierra con el ruido de su gigantesco poderío, una ciudad crecía en la oscuridad en la extremidad occidental del desierto, que las había visto nacer. Su gloria jamás igualó á la de aquellas: el nombre de Palmira no había de evocar recuerdos tan prodigiosos, y muy distinto era su destino. Sin embargo, un encanto misterioso, desconocido á sus rivales, es aún hoy día la atracción de la «Reina del desierto», y concentra sobre sus ruinas la atención del historiador y del viajero.

Su grandioso panorama, sus restos pintorescos, su fortuna inaudita, como sus desgracias, su misma situación en medio de las arenas de la Palmirensis, que constituía al mismo tiempo su límite, como el de las tierras habitadas, todo concurre á inspirar en su favor una curiosidad llena de atractivos. Parece también que el nombre de una reina ilustre ha dejado para siempre sobre las lozas de sus palacios el surco y la huella de un grande y poético recuerdo. La glorio-

sa figura de Zenobia, apareciendo al través de las edades, con la triple aureola de la belleza, de la energía y de la desgracia, ha contribuido, en efecto, más que ninguna otra cosa, á salvar á esta ciudad célebre de la incomprensible oscuridad á que la historia la condenó, con pesar, por algún tiempo. Y en el período de 2600 años que separan su fundación de su descubrimiento en 1678, este reinado es como el punto culminante para esclarecer los cuatro ó cinco siglos que vinieron á interrumpir su pasado glorioso.

Citada por la vez primera en el libro de los Reyes, en donde se dice que Salomón edificó á «Tadmor en el desierto,» Palmira se eclipsa al nacer para no reaparecer sino mil años más tarde, cuando habiendo llegado á ese grado de opulencia, que nos es permitido constatar, inspiraba á Plinio estas líneas que son el exacto resumen de su posición geográfica y política á la vez: «Palmyra urbs nobilis situ, divitiis soli atque acquis amœnis, ambitu arenis includit agros ac velut terris exempta a rerum natura: privata sorte inter duo summa imperia, Romanorum Parthorumque, et prima in discordia semper utrinque cura.» *Hist. Nat.*

La identidad de Palmira y de Tadmor, claramente atestada por el historiador Josefo, estaría más que suficientemente demostrada por las indicaciones geográficas, por la sinonimia de ambos nombres, y sobre todo, por el empleo exclusivo moderno entre los indígenas de la primitiva denominación hebraica de *Tadmor*.

En el momento en que la volvemos á encontrar en sus inscripciones y en la historia, Palmira, convertida

en un centro importante de comercio, ha justificado los cálculos de su fundador. Es una República floreciente, dirigida por un Senado y por asambleas del pueblo, aunque el elemento monárquico está ya representado en principio por las familias ilustres, cuyos gefes son generales del ejército. Las isensiones que nacen entre Roma y los Partos, hábilmente explotadas, solo sirven para acrecentar la importancia de este pequeño Estado, que conserva en medio de los más grandes peligros su independencia y sus riquezas; y cuando Marco-Antonio, vencido, viene con falsos pretextos á apoderarse de la ciudad, una fuga rápida sustrae á sus venganzas el objeto de su avaricia. Los Palmirenses se traspasan con sus tesoros al otro lado del Eufrates, y proporcionan un segundo fracaso al triunviro vengativo.

Esta crisis momentanea y gloriosa, fué seguida de un siglo y medio de una paz fecunda, como nos lo atestan los espléndidos monumentos que fueron su resultado y más aún, el dichoso y profundo silencio observado durante este periodo por la historia. Todo conduce á creer, sin embargo, que cuando los Romanos se posesionaron del alto Oriente, Palmira hizo su sumisión voluntaria, y conservó su autonomía recibiendo del más fuerte el título de *Colonia Romana*, que vemos en tiempos de Adriano, y como se deduce de una moneda del tiempo de Caracala; título puramente honorífico, sin sufrir servidumbre; pues llega, en efecto, Palmira al apogeo de sus glorias y de su poderío.

El imperio romano fué envilecido en la persona de

Valentiniano, que cayó en manos del rey Sapor: Odenath, entonces príncipe de Palmira, vé su alianza desdeñada por el Persa engreido con su triunfo, Semejante ultraje no podía olvidarse: reúne todas sus fuerzas, consigue victoria sobre victoria y reduce á Sapor, batido en todas partes á encerrarse en Ctesifon, sin poder apoderarse de esta ciudad. Los acontecimientos se precipitan entonces con la rapidez del rayo, á tal punto que el impotente Galieno consiente en compartir el manto imperial y el título de Augusto con Odenath, esposo de la famosa Zenobia. Pero hé aquí que apenas habían pasado algunos meses, cuando un asesinato, al cual quizás no fué extraña Zenobia, hizo caer entre sus manos las riendas del Estado. El valor y rara energía, así como las conquistas y reveses de la «reina de Oriente» son demasiado conocidos para que los recuerde aquí, y el prestigio que ejerce aún su nombre entre las tribus árabes, *Zeinab*, nos prueba la verdad de todo lo que Trebellius Pollion nos dice de su ciencia y de su génio.

La batalla de Emesa y la toma de Palmira por Aureliano, reduciendola al estado de provincia romana, no menoscabó en nada sus monumentos ni sus riquezas; pero la rebelión de los habitantes y el masacre de la guarnición, hizo volver al vencedor y tomar la ciudad por asalto. Sin embargo este nuevo golpe no fué mortal para su esplendor, como quiera que Aureliano ordenó vastas restauraciones gastando sumas enormes. Diocleciano y Maximiliano reedificaron las murallas y convirtieron la ciudad en una maravilla de lujo, aunque de mal gusto.

En fin, la construcción del gran acueducto atribuido á Justiniano, prueba que Palmira, privada de su culto secular, había sufrido poco en su población y en su importancia comercial por la reacción de las ideas en favor del Cristianismo.

A partir de este momento Palmira se borra en los horizontes de la historia. Al llegar los torrentes devastadores de la invasión sarracena, cayó como una presa oscura é ignorada bajo los golpes de los descendientes de Mahoma, y sirvió de plaza fuerte á los Arabes durante las luchas sangrientas de los Omíadas y Abbasidas.

Su posición geográfica continuó, sin embargo, sirviendo de asilo para todas las nacionalidades, como lo prueba el testimonio de Benjamin de Tudela, quien no encontró menos de cuatro mil correligionarios, cuando pasó por allí en 1172. Pero desde entonces esta célebre ciudad apenas era la sombra de sí misma. Abúlfeda, príncipe de Hjamah, á la vez guerrero y escritor notable, habla de ella en 1321 como de un pobre villorio, y á partir de ese día ya no fué conocida sino de las hordas nómadas, que durante tres siglos y medio han pasado por sus ruinas convertidas en objeto de sus maravillosas leyendas.

Era á negociantes ingleses de viaje á Alepo para sus negocios, que estaba reservado el honor de inaugurar para Palmira en 1678 la era de las exploraciones y de los descubrimientos. Pero la expedición más célebre fué la de Wood y Dawkins en 1751; y desde entonces estas expediciones, al principio raras, se han hecho cada día más frecuentes.

Muchos viajeros célebres, en los últimos tiempos, han afrontado los peligros y fatigas de esta expedición para dar á la ciencia un rayo más de luz, especialmente M. Waddington y M. Vigne.

La arqueología ha fijado épocas, investigado preciosas inscripciones, y hábiles topógrafos han sacado planos, reconstruido edificios, copiado la rica ornamentación y la profusión de esculturas con que los artistas de Palmira las habían adornado con perfección más ó menos relativa. Nada de esto podemos hacer nosotros, pero ya que tuvimos el honor de ver á Palmira, procuraremos dar una idea de la grandeza de sus ruinas, que tanto han llamado la atención de los sábios y de los simples turistas, como nosotros.



LAS RUINAS

I

EL GRAN TEMPLO DE BA'AL

Las ruinas de Palmira son grandiosas é indescrip-
tibles para una pluma profana en arqueología.

Empezarémos sin embargo por bosquejar lo más
gigantesco, que los árabes llaman el *Kuala'at*, la
circunvalación del gran templo: es un cuadrado
inmenso, cerrado por murallas de 15 á 16 metros
de altura, decoradas exteriormente por pilastras
y ventanas con frontis, teniendo en los ángulos
N. O. y S. O. una especie de torres cuadradas
con la misma ornamentación, menos las ventanas.
Estas murallas están asentadas sobre un zócalo colo-
sal de enormes piedras, de 3 á 4 metros de altura y
de 6 ó 7 metros mas ancho que el recinto sagrado.
En la época de su esplendor, y tal como nos lo

demuestra la restauración de M. Wood, se subía á ellas por vastas y grandiosas escalinatas que terminaban en una especie de *pronaos*, en donde elegantes columnas corintias sostenían un frontis del mismo órden.

Penetrando más adelante, se llegaba á la puerta principal, formada por dos hermosos monolitos de 35 piés de largo con una escultura de una habilidad y ejecución notables. A derecha é izquierda, dos puertas la mitad más bajas, rodeadas de cinco nichos cada una, superpuestos dos á dos y el quinto en la parte superior, esculpidos al estilo de Baalbeck. De todo esto no queda hoy día más que el gran muro de la fachada, conservado, como casi la totalidad del peribolo del que hace parte, y que debía ser de un gran efecto, el cual impide hoy una gran muralla de construcción árabe formada con trozos de antiguas columnas.

Pasando al interior, encontramos en un vasto patio de 235 metros de lado, orientado exactamente según los puntos cardinales, con la entrada al Oeste.

El piso antiguo es visible en casi todas las calles del pueblo turco contenido en el recinto espacioso. Trescientas noventa columnas formaban una galería cubierta de doble órden de columnas al rededor de todo el recinto sagrado, excepto en la parte oeste, que tenía un solo órden; pero así mismo el conjunto debía ser espléndido y magnífico, y no se conoce otro en el mundo.

Nichos, alternando con pilastras, repetían en el interior la decoración exterior del muro de circunva-

lación. Hoy día son muchas aún las columnas que existen de pié.

El templo de Báal-el Sol elevado algunos grados sobre el nivel del patio, está dirigido de norte á sud en el sentido de su longitud con la entrada en el costado del gran rectángulo que mira al occidente. Es octástilo pseudodíptero, como lo indican la disposición de las columnas acanaladas, muy elegantes, de las cuales existe aún un gran número, y cuyos capiteles eran de bronce.

En las fachadas N. y S. del templo, cuyas dimensiones son de 60 m. por 31 m. 50 existen dos columnas jónicas, cosa notable porque en ningún otro edificio se encuentran más que columnas del órden corintio. La presencia de balaustres, *plutei*, destinados á cerrar el pórtico, como en los templos egipcios, está fuera de duda, por los restos que quedan, notándose aquí como en el resto de los monumentos de Palmira cierta falta del buen gusto greco-romano.

La falta de unidad en el plan del gran templo y el gran número de manos que han trabajado en él están evidentemente atestiguadas por las irregularidades, tan inconcebibles como desolantes, en tan bello conjunto.

El templo se compone de una sala única, cuyo interior está bastante bien conservado para poder notar su singular disposición. Todo se convierte aquí en objeto de extrañeza para el viajero habituado á la distribución de los templos griegos ó romanos. La pared que queda enfrente de la entrada carece de

toda ornamentación. Llaman la atención dos especies de capillas á derecha é izquierda de la puerta en las dos extremidades norte y sur del templo, y encuadradas por un gran trabajo de arquitectura con columnas incrustadas, que cubre todo el largo de las paredes; ofrecen á la curiosidad y al estudio un artesonado cada una, de verdadero interés, afortunadamente olvidados al trazar las inscripciones cúficas, cuando el santuario fué convertido en mezquita durante el período musulmán. El cielo-raso de la capilla de la derecha está compuesto de un gran florón cóncavo en el cual están figurados varios bustos en medallones; una larga banda unida, dispuesta horizontalmente alrededor del florón, representa los doce signos del zodiaco. La capilla de la izquierda es notable sobre todo por el cielo raso en fondo de estrellas y figurando un águila desplegada, símbolo de Helios, el Sol, cuyo culto establece un nuevo vínculo de relación entre Tadmor y Baalbeck. En la pared occidental de esta capilla existe una de las dos escaleras del templo, de manera que al realizar la ascensión se puede echar desde lo alto de las paredes una mirada de conjunto sobre el pueblo y sobre las ruinas.

¡Qué magnífico debía ser el aspecto del recinto sagrado rodeado de una selva de columnas con su hermoso templo en el centro!

Más adelante, al hablar de los monumentos comparados, volveremos á hacer mención del gran templo de Palmira.

II

EL ARCO TRIUNFAL

LA COLUMNATA DEL SOL Y OTROS MONUMENTOS

Al salir de *Kuala'at*, nuestra escursión se dirigió á contemplar el arco de triunfo que abría en otro tiempo la espléndida columnata del Sol. Es de notar que estos pórticos ó calles adornadas con columnas eran de moda en Oriente, mas que en las demás partes del mundo romano; se encuentran en Antioquia, en Djerash, en Pompeyópolis y en casi todas las ciudades algo importantes. Pero ninguna era comparable bajo este aspecto con Palmira, por el número asombroso de columnas y por el lujo de ornamentación desplegado. Esta larga avenida, comenzando á unos 150 m. del gran templo, corría del O. N. O. al E. S. E.

El arco de triunfo presentaba tres puertas con arcos, separadas por un grupo de pilastras, que se repetían en los ángulos del monumento. Las dos puertas del costado, mitad mas bajas que la central, tenían dos nichos en la parte superior con frontis. Desgraciadamente todo lo que era susceptible

de ornamentación ha sido abrumado de esculturas, que á pesar de ser de buena ejecución no dejan de ofender la simplicidad de las líneas y su armonía. Un friso de hojas de roble y frutos, desaparecida en parte, acaba de afeár por sus proporciones exageradas, el conjunto poco agraciado.

En tiempo de los emperadores, la gran columnata no presentaba menos de 1.500 columnas corintias en cuatro rangos, que venían á terminar á las cuatro pilastras dobles del arco de triunfo, teniendo esta avenida de columnas una longitud de 1135 metros. Cada columna tenía á la mitad de su altura una consola, sobre la cual reposaba una estatua, ó un busto en honor de algun ciudadano notable de Palmira. Una sola línea de columnas en parte, está aun en pié. Su dimensión es de 57 piés ingleses comprendidas la corniza y la base; el entablamento, bastante bien conservado, no ofrece nada de especialmente notable.

Después de un vacío de unos 40 m. reaparece la columnata, interrumpida casi inmediatamente, á 80 m. del punto de partida, por la caída de tres bellas columnas de granito rojo de Siena, que formaban con una cuarta, aun de pié, una puerta cuádruple arqueada en el punto de intersección de una avenida transversal. Estos monolitos no miden menos de 30 piés de altura por 3 de diámetro, dimensiones bastantes notables, si se considera la distancia y las dificultades del transporte.

Desde la puerta de granito comienza una hilera bien conservada de 48 columnas con dos entradas

ó pórticos. (1) La primera conducía hácia el sud á un hemicíclo de diez y ocho columnas, todas por tierra, exceptuando tres. Muchos viajeros han querido hacer de esta columnata circular un estadio ó un teatro; pero es de advertir que en esta ciudad opulenta no se ha encontrado hasta aquí edificio algo importante que pueda designarse, con alguna probabilidad, como destinado á la escena y á ninguna clase de juegos públicos.

A algunos metros sobre la derecha se notan restos de aposentos que, á juzgar por el bello corte y cualidad más fina de la piedra, han debido pertenecer á algun palacio ó templo.

No lejos de aqui y más al S. O. se elevaba otra construcción mucho más importante y mejor conservada; grandes paredes, ornadas con pilastras y partidas por anchas ventanas, formaban una especie de patio cuadrado azás vasto; pero con una simple visita no es posible dar una restauración suficiente, ni descubrir el destino positivo.

La segunda puerta se abría sobre el pasage de una columnata transversal, de la cual unas veinte columnas aún se conservan al sur, mientras las del norte todas yacen destrozadas.

Siguiendo el pórtico del Sol se llega á cuatro montones de escombros, capiteles y frisos al rededor de un igual número de bases cuadrangulares; Wood ha reconocido en ellos y reconstituido habilmente los

(1) Este fué el lugar que escogimos para formar campamento, que levantamos al tercer día.

despojos de cuatro grandes pilares que cubiertos con su bóveda, formaban una de esas puertas monumentales denominadas *tetrapilas*. Ellas servían como en Antioquia de pasage abierto al punto de encuentro de dos grandes pórticos; estos pilares se componían cada uno de un ancho pedestal con molduras simples soportando una gran columna en cada ángulo y una estatua en el centro. El cielo-raso y el entablamento reproducían por el lujo y el gusto de las decoraciones el gran arco de triunfo.

Un poco antes de esta puerta monumental y en la región en que están concentradas en diversos monumentos las inscripciones relativas á Odenath y su familia, es que ha sido encontrada por M. Waddingtón la única de las inscripciones palmirenses en que se hace mención de la famosa Zenobia.

Al dirigir la vista hácia el norte desde el gran pórtico, el aspecto cambia: es un vasto campo de ruinas, que se extiende á perder de vista, y en donde se distingue á derecha é izquierda algún resto de pared y algunas columnas solitarias, que el tiempo parece haber olvidado en su marcha destructora. Es aquí en donde, según todas las apariencias se elevaba la ciudad propiamente dicha, como parece confirmarlo el número relativamente pequeño de edificios públicos.

Vése en medio de esos escombros una magestuosa columna monumental coronada aún con su capitel, erigida por el senado y el pueblo de Palmira á la gloria de un cierto Alilamus y de Aeranus, su padre,

como lo demuestra una larga é interesante inscripción griega, grabada en el pedestal.

Muy próximo á la columna se encuentra un hermoso y pequeño templo prostilo con seis columnas en notable estado de conservación, aunque su frontis corintio está bastante deteriorado. Las cuatro columnas del frente conservan aún sus consolas, semejantes á las del gran pórtico, y un friso bien ejecutado y de una sobriedad relativa rodea la cela, cuyos ángulos están adornados con antas; de cada costado, una pequeña ventana con frontis, está abierta en medio de la pared, enteramente decorada con pilastras y hojas de acanto sin presentar en el interior ningún rastro de escultura.

Sí, dejando á derecha la región de las tumbas, que comienza á algunas centenares de metros, se vuelve sobre la izquierda para dirigirse hácia la gran columnata en el punto en que la dejamos, las ruinas se amontonan al paso; son portadas aún de pié, construcciones á flor de tierra, bajos-relieves mutilados, estatuas truncadas, tambores y capiteles de columnas profanas y funerarias é inscripciones semi-sepultadas como las hojas entreabiertas del libro del pasado.

Aquello entristece y conmueve; agiganta la imaginación y remonta el espíritu á contemplaciones indescriptibles.

¡Estabamos á tantos miles de leguas de nuestra patria, y habiamos ido á venerar monumentos y recuerdos, de los que nos separaban tantos siglos de historia y tantos millares de leguas!...

¡Qué emociones, pues, y qué reflexiones para nuestro espíritu!

Después de las tetrapilas, la columnata del Sol, se dirige con ligeras inclinaciones al norte, por fragmentos de quince ó más columnas, para extinguirse al fin en montones y regueros de ruinas.

Al N. O. y á poca distancia de estos últimos vestigios, dos sarcófagos representando escenas de sacrificios y ofrendas, se encuentran demolidos en medio de un monton de piedras de una profusión de florones, de bandas esculpidas y de encajes allí acumulados.

A cien metros más al S. O. hácia el valle de las tumbas, seis columnas aisladas sostienen un gracioso frontispicio. Precedían el soberbio mausoleo, del cual M. M. Wood y Dawkius han dado una restitución que permite admirar su lujosa disposición.

Era una vasta sala, en cuyo contorno dominaba una serie de semi-columnas incrustadas, ligadas por medio de guirnaldas de flores y frutos y entre los cuales están practicadas concavidades estrechas y profundas en forma de nichos para colocar los cadáveres; la ornamentación de los cielo-rasos igualaba en riqueza á la de las paredes; y en medio de la cámara funeraria, cuatro columnas que rodeaban y cubrían la estatua de alguna divinidad ó algun altar para los sacrificios.

Casi no se puede caminar en medio de aquel bosque de columnas y aquel océano de ruinas!

A algunos pasos mas, una vasta escalera se ofrece á la vista, cubierta de esculturas y de fragmentos de arquitrabe. Es la Basilica de la floreciente ciu-

dad de Palmira; sus ruinas pintorescas acusan más profusión y preocupación por las formas que ningun otro de los edificios que la rodean. Las esculturas admirablemente ejecutadas, están por otra parte inútilmente prodigadas sobre las pilastras, los nichos y por todas partes. Una hermosa columna corintia del pronaos, una parte de la pared meridional de la gran sala y el hemiciclo que ocupaba el fondo, estan aún de pié, y su estado de conservación permite observar con interes el pensamiento arquitectónico que ha presidido á la construcción de esta obra de decadencia; hasta se sorprende uno de encontrar algunos rasgos de la buena época al leer en algunos fragmentos de arquitrabe los nombres de Diocleciano, Constancio y Maximiano.

El plan del edificio es bastante fácil de reconocer.

La gran sala estaba precedida de un vestibulo, delante del cual cuatro grandes columnas formaban el pronaos, mientras que otras veinte decada costado ofrecian un brillante paseo á los que tenian negocios ante los tribunales.

A unos trescientos metros detras de este gracioso monumento se eleva la montaña flaqueada de grandes sepulcros en forma de torres y coronada por la fortaleza, suspendida en la cumbre como un nido de águilas.

En 25 minutos de ruda ascensión á pié, pues tuvimos que bajar del caballo, nos pusimos en estado de examinarla de cerca; aunque nada tiene de intere-

sante, si no son los fosos que la rodean. Es una obra evidentemente sarracena, que ciertos viajeros han atribuido sin fundamento á un principe de los Drusos. Pero queda uno altamente desquitado de las fatigas de la subida por el soberbio panorama á vista de pájaro que se desplegaba á nuestros piés.

Preséntase desde luego Palmira, perdida en el vasto océano del desierto, después, al sud y al oeste, las cadenas del Ruack y del Djebel-Ahiad, separadas por la blanca llanura que se pierde en el horizonte del lado de Karietein y del Haûran. ¡Es la inmensidad magestuosa del desierto!

Pero es tiempo de descender, aunque el panorama es encantador. Casi no queríamos bajar!

Vamos á ocuparnos de la región de las tumbas, que es interesante en sumo grado.

III

LAS NECRÓPOLIS DE TADMOR

Al ir al Valle de las Tumbas se notan los restos de las murallas de Justiniano, en las cuales están incrustados numerosos monumentos funerarios. Esta fortificación, en cuanto lo permite juzgar su mal estado de conservación, partía del pié del Valle de las Tumbas, dirigiéndose al ángulo S. E. del Kuala'at. El muro

estaba flanqueado de numerosas torres, algunas de cuyas puertas pueden aún reconocerse en medio de los escombros acumulados por los mahometanos.

¡Qué destructor es el genio musulmán!

Pero ocupémonos de la célebre necrópolis, tan original. Desde luego nótese una gran diferencia entre los sepulcros de la llanura y los que cubren el pié y el flanco de la montaña, como aparecerá de la descripción que vamos á hacer de algunas tumbas célebres.

En general los sepulcros de la llanura, relativamente poco elevados, consisten en un rectángulo de cinco á nueve metros de lado por cuatro ó cinco de elevación, de una piedra blanca, tan brillante, que muchos viajeros la han confundido con el mármol, del cual no se encuentra fragmento alguno en las ruinas de Palmira. Cuatro pilastras corintias ocupaban los ángulos y en una de las caras existía una puerta con consolas, á la cual se subía por tres ó cuatro escalones: hé aquí el exterior.

El interior de estos pequeños edificios contenía, según sus dimensiones, dos ó tres sarcófagos. La ornamentación es rica y original, que consiste generalmente en cinco ó seis bustos de medio-relieve esculpidos sobre la cara principal del sarcófago, cuya parte superior está ordinariamente adornada con dos ó tres cabezas de león ó de alguna bestia feroz. Los personajes, hombres y mugeres, tienen muy marcado el aire y estilo greco-romano.

El todo está adornado de canelones, bandas, baquetas y filetes, en cuyo trabajo la sorprendente variedad

del dibujo y lo acabado de la ejecución hacen más honor al genio inventivo y á la paciencia del obrero que al buen gusto de su tiempo. Los ángulos están ocupados por cabezas de sátiros, de corderos etc., ó por figuras en pié de bastante buena ejecución.

Es notable también la poca profundidad y á veces la largura dada á la mayor parte de estos sarcófagos, incapaces generalmente de contener un cadáver; parece pues, que fuesen simples cenotafios destinados á recordar por la escultura exterior los personajes sepultados en los hipogeos del sub-suelo.

A todas estas observaciones, que no son, como se verá, más que diferencias características entre estas tumbas y las de la montaña, puede añadirse otra decisiva, y es que, ninguno de los fragmentos momificados de que están llenos los monumentos funerarios, se encuentran en los escombros de los sepulcros de la llanura.

¿Cuál era, pues, en este caso el método de enterramiento empleado en esta parte de la ciudad de los muertos? La existencia quizás, de dos necrópolis distintas: la de la llanura, destinada á las familias opulentas greco-romanas que habitaban en Tadmor, y la de la montaña, reservada á los Palmirenses, que conservaban, con el método de embalsamamiento tomado de los Egipcios, esta forma singular de las tumbas, que no pertenece á ningun otro pueblo, como lo veremos.

Aunque continuamos la exploración, nada de especialmente notable se ofreció á nuestra vista; solamente la ornamentación variable entre uno y otro

monumento, y en la llanura, *tumulos* pequeños y ondulaciones casi insensibles revelaban la existencia de nuevas grutas sepulcrales inesploradas aún.

Si el gobierno de Palmira estuviera en manos menos estúpidas, que hermosos trabajos de exploración podrían emprenderse oficialmente, y cuántos descubrimientos no se revelarían á la ciencia! Bastaría desalojar el miserable villorio incrustado, con deshonra de las gigantescas ruinas, en el recinto del gran templo de Ba'al para convertir la acrópolis de Palmira en el encanto y maravilla de la arqueología, de los sabios, y aún de los simples turistas.

II

Vamos á continuar por la *Via Appia* del desierto, el *Wady-el-Kuobur* de los Beduinos. Como lo indicamos á propósito de la llegada á Palmira, nada más imponente que la vista de las torres que se elevan de todos lados, suspendidas en los flancos de la montaña ó coronando sus crestas rocosas.

Un gran número de estos edificios notables se reducen desgraciadamente á túmulos de escombros entre los que apenas se observa uno ó dos pisos malamente conservados. Pero existen los suficientes para rehacer el plan, hasta en sus pormenores, y deducir su uniformidad casi absoluta.

Esta es, quizás la parte más interesante de las rui-

nas, tanto por la novedad de las formas y de la decoración interior, como de las inscripciones bilingües y de los datos que proporcionan.

Me limitaré á describir dos de estos monumentos, que han servido de tema á varios viajeros, y pueden ser considerados como los tipos más ricos y más completos del género.

El primero se eleva sobre la pendiente setentrional de un pequeño promontorio rocoso al salir de la llanura. Su forma es la de un inmenso obelisco de cuatro caras, desprovisto del piramidi6n, y apoyado sobre un cimiento cuadrado algo más ancho; su elevación total, comprendidos los cinco pisos que lo componen es de unos veinte metros, y una corniza azás sencilla, pero bien conservada, corona esta construcción gigantesca. La puerta, adornada con un frontis y construida de piedra calcárea, está practicado en el lado norte. La fachada es uniforme, aunque presenta á la altura de diez metros una faja rectangular con inscripciones, y más abajo otro adorno semejante flanqueado por dos consolas en forma de cabeza de león, destinadas quizás á sostener algún sarc6fago fúnebre. Según la inscripción grabada sobre el dintel de la puerta data del año 83 de la era cristiana, siendo por tanto un monumento contemporáneo de la más bella época de la independencia de Palmira.

En la cumbre del monumento son visibles aún los restos de un frontis que coronaria las molduras.

La magnificencia del interior no desmiente la impresión grandiosa del exterior.

La sala del primer piso de tres metros de ancho, de

seis de elevación, sobre ocho de profundidad, está cubierta de osamentas ó fragmentos momificados, pues aquellas tumbas han sido violadas por los Beduinos en busca de tesoros. Estos restos de momias esplican la curiosa disposición de la sala.

A derecha é izquierda, cuatro pilastras corintias acanaladas sostienen una elegante corniza; cada una se apoya en un tabique perpendicular al muro lateral y cuya profundidad es la de un cuerpo de gran dimensión, y distribuida en cinco comparticiones para colocar las momias y ser muradas después de colocadas estas, con placas que llevaban su correspondiente inscripción. Sobre la puerta de entrada esta esculpido un sarc6fago á cuyo pié existen bustos de hombres y mugeres vestidos á la romana, pero muy deteriorados.

Al fondo de esta sala interesante, está practicada una puerta en la pared que conduce á una vasta escavación, aunque irregular y hecha en la roca á que está adozado el monumento, y que es un rastro del elemento greco-romano.

Diez cavidades, aisladas ó de dos en dos, están talladas al rededor de la gruta sepulcral, que recuerda los trabajos de la necrópolis de Baalbeck. La forma de pil6n egipcio dada á la puerta y las momias, prueban las tradiciones cosmopolitas de Palmira.

El cielo-raso de la gran sala, por la viveza de los colores y la originalidad del dibujo es una de las piezas más curiosas y ricas de este género. Está dividido en compartimentos de tamaño diferente, cuyos adornos en blanco resaltan sobre fondos alternativamente

azul, verde, violeta y rojo; parecen pintados de ayer, y sin embargo las desventajas del clima de Palmira, hacen su conservación más notable que en los monumentos policromos más antiguos de Egipto.

En el centro del cielo-raso están representados dos guerreros en lucha sobre fondo violeta y en forma de rombo, mientras en los otros compartimientos de forma triangular existen bustos y águilas desplegadas.

En el ángulo S. E. de la sala, entre la pared meridional y la última pilastra, existe una escalera en espiral. El segundo piso, casi tan alto como el primero, está iluminado por una ventana abierta al sur; la sala aunque intacta es mucho menos lujosa, y el cielo-raso no ofrece más que algunos dibujos cóncavos en yeso. La cornisa se reduce á molduras insignificantes, y en vez de pilastras, un sistema de ventanas falsas con las cavidades para las momias en el mismo orden de la inferior. El techo está formado por bellas hojas de calcáreo.

El tercer piso, sensiblemente menos elevado, está absolutamente desprovisto de ornamentación; la misma simplicidad distingue las dos salas superiores esclarecidas al sud, aunque la depresión de los techos es más considerable á medida que se eleva. La escalera termina con el quinto piso.

III

Nuestra interesante excursión al través de las tumbas nos había llevado insensiblemente á la extremidad del valle y nos encontramos sin pesar al pié del más grandioso de estos monumentos funerarios. No se distingue del de Jamblicus sino por su orientación, por las proporciones más imponentes y por la menor inclinación dada á las caras de la torre.

La base rectangular, que forma el primer piso, es mucho más amplia; termina en la parte superior en tres escalones, sobre los cuales reposa la torre cuadrada.

Este mausoleo colosal que ocupa la parte setentrional del gran valle, no está adozado á la colina. La entrada mira al medio día, y la puerta adornada con dos consolas carece de frontis, aunque no de inscripción bilingüe, en griego y palmireno, como la de Jamblicus; data del año 103 de J. C. ó 414 de Seléuco.

Cerca de la mitad de su altura, la fachada está adornada con una escultura muy original: es un nicho azás grande practicado en el espesor de la pared y destinado aparentemente á contener un sarcófago en forma de lecho, que ocupa la parte inferior: este sarcófago es de piedra blanca como las pilastras y el contorno del nicho; cinco florones iguales forman toda su decoración.

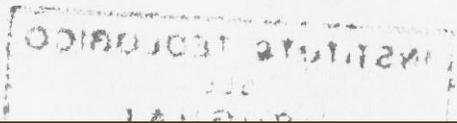
Desde el umbral del edificio se goza de una vista

verdaderamente imponente del interior, cuyas dimensiones están triplicadas por la caída parcial del techo y la desaparición casi completa del piso, de manera que la vista se extiende desde el segundo piso hasta el fondo de una vasta sala subterránea y abovedada puesta en descubierto.

El primer piso está construido bajo el plan ordinario, pero presenta una ornamentación y proporciones muy notables. Esta sala tiene de ocho á nueve metros de largo por tres y medio de ancho, y más de seis de altura. En lo alto de la puerta también se encuentra un lecho esculpido y á sus piés una hilera de bustos con inscripciones palmirenses correspondientes á cada personaje.

Las pilastras en número de cinco, sostienen una ancha corniza de un bello efecto. Una gran cantidad de bustos con sus nombres correspondientes de la familia del fundador de esta tumba, están distribuidos entre los capiteles al rededor de la sala. Cinco personajes están esculpidos encima de la puerta que conduce á la escalera.

La atención, aunque distraída por esta multiplicidad de objetos, se dirige sobre la pared del fondo, cuya decoración es de las más características. Está dividida en dos paños superpuestos; dos columnitas incrustadas y de orden corintio encuadran el paño inferior, absolutamente desprovisto de ornamentos y solo al nivel de los capiteles existe una banda en relieve de cincuenta centímetros de anchura y cubierta por cinco bustos. Sigue un entablamento destinado á soportar un nuevo sistema de dos columnitas jónicas

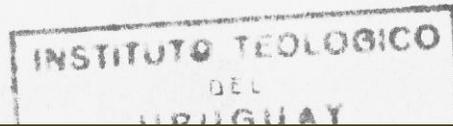


acanaladas, y más pequeñas que las primeras, sobre las cuales á su vez viene á apoyarse la gran corniza: su parte inferior tiene un falso sarcófago decorado con cuatro bustos más pequeños que los superiores.

El techo ó cielo-raso está lleno de molduras y de florones blancos sobre campo azul. A igual distancia de los dos costados de la sala se encuentra una especie de cuadrado, dividido en otras cuatro secciones rectangulares ocupadas por bustos, motivo que debía repetirse varias veces en el techo según las apariencias permiten juzgarlo por sus restos. En el segundo piso, las pilastras han sido reemplazadas por el sistema de ventanas de la tumba de Jamblicus, aunque las proporciones son más importantes.

Desde aquí descendimos á la necrópolis que cubre el pié de las colinas al S. O. de los jardines; pero en verdad vése que nada difiere de las otras que por ciertas modificaciones del plan y por trabajos mas importantes ejecutados en el sub-suelo en la roca viva.

Los túmulos son igualmente numerosos y Porter ha creído deber asignar á esta parte de la necrópolis una época más antigua en razón de ciertas particularidades en la construcción y de la ausencia de toda inscripción bilingüe ó puramente griega, observación sumamente justa, como quiera que una sola inscripción ha sido allí encontrada por la expedición arqueológica de M. Vogüé, y esta inscripción es exclusivamente palmirense, aunque solo data del año 56 de J. C. y el *Wady-el-Kuobur* encierra monumentos más antiguos anteriores al año nueve de nuestra era, que es el extremo límite para las necrópolis de Palmira.



IV

Este paseo tenía algo de grave y solemne. Por eso apenas osábamos interrumpir con algunas raras palabras este magestuoso silencio que pesaba sobre nuestros corazones y nos llenaba de una religiosa é indefinible emoción.

Experimentábamos quizás, sin darnos cuenta, la impresión singular que tantas veces nos sorprendía por el camino al atravesar esas soledades del desierto.

El contraste de un cielo sin nubes y de una luz brillante en el seno del desierto y en medio de las ruinas, produce en el alma una tristeza misteriosa más conmovedora, y un sentimiento arrobador más grande y sublime, que las tinieblas y la paz profunda de una noche hermosa y estrellada, al contemplar en ella la magestad inmensa de las obras del Creador.

Volviamos, pues, al Kuala'at por el lado de la fuente, y nos sentamos un instante sobre la colina de arenas que se eleva hácia el Valle de las Tumbas. Pudimos constatar lo que dicen los viajeros sobre la vista de Palmira.

Es á la caída de la tarde que debe contemplarse esta soberbia ciudad. Es encantadora la impresión que se experimenta, muy superior á la de Atenas y Menfis.

El sol iba á desaparecer, y desde la colina, la vista

avarienta recorría el horizonte: el mundo de los seres que se agitan con el imperio de la luz ha hecho silencio, ha enmudecido, y las voces innumerables de la noche no han sucedido aún á la suya; en pos de un calor fatigante viene una dulce frescura que alivia de las fatigas del día.

Las grandes sombras de la montaña descienden á la llanura, y las altas columnas parecen agigantar sus miembros sobre las arenas del desierto, y los sepulcros semejan siluetas funerarias.

Un tinte vivo y dulce á la vez, ha reemplazado esa brillantez atmosférica que lastimaba la vista, y la piedra bronceada por los siglos, roba al sol moribundo un reflejo de sus rayos purpureos. El pié del Djebel-Ruack está yá sumergido en la oscuridad de la noche, mientras su cresta está espléndida como coronada de rubíes; bien pronto el desierto se confundirá con un horizonte gris-rojo que se oscurece gradualmente; la fuente murmura á algunos pasos y la hermosa brisa, que comienza, hace encrespar las palmeras.

Entonces la imaginación agiganta las inmensas ruinas que son la gloria póstuma de Tadmor, reconstruye los templos abatidos, levanta las columnas que yacen en el polvo, y dá vida á los pórticos y basílicas de la ciudad «reina del desierto».

Parece que las estatuas de los viejos palmirenses vuelven á colocarse sobre sus pedestales; los pórticos se llenan de paseantes, los carros van y vienen y un sordo murmullo sale de la opulenta ciudad. Y se agolpan los recuerdos de los grandes tiempos y de

las trágicas escenas de Odenath y de Zenobia y revive la historia de todo un pasado glorioso! . . .

Pero el último rayo del día vá á iluminar la columnata del Sol y el Gran Templo, para huir sin retorno ; todo desaparece como por encanto, hasta las tumbas espléndidas.

Partimos de aquel lugar y creíamos despertar de un sueño!

Es en vano buscar al pueblo que llenaba esas ruinas: no está allí. Es en los orgullosos mausoleos que debemos ir á contemplarlo, lo encontraremos convertido en polvo y fúnebre despojo de los siglos! . . .

Después fuimos á descansar á nuestras tiendas de campaña. Mahomed nos honró con un tè á la turca en su propia casa y nos acompañó para la despedida con todo su cortejo.

Al otro día de madrugada, levantamos nuestro campamento y dimos el último adios á Palmira y á sus encantadoras ruinas. No olvidaremos jamás tan clásica y hermosa excursión, cuyo grato recuerdo ha contribuido á grabar más hondamente en nuestra alma las peripecias de la travesía del desierto. He tenido tentaciones de redactarlas, pero como no ofrecen ningún interés general ni científico, las suprimo, conservándolas en el repertorio de mis recuerdos personales, que me acompañarán hasta la tumba.

Atravesamos de nuevo el desierto, aunque con algún fastidio, porque ya habíamos satisfecho el objeto de nuestra peregrinación: ¡Contemplar las ruinas de Tadmor!

Volvimos á Damasco, en donde nos detuvimos dos

días solamente, y emprendimos el viaje á Celesiria, para visitar las ruinas de Baalbeck, cuya descripción omito por haberla relatado en el primer tomo de mis *Memorias de un viaje por ambos mundos*. Solo me permitiré hacer algunas reflexiones comparativas entre Baalbeck y Palmira, que en el viaje anterior no pude hacer porque no había llegado hasta Tadmor.

PARALELO ENTRE PALMIRA Y BAALBECK

Después de las ruinas de Tadmor visitamos, pues, las de Heliopolis ó Baalbeck, ambas en el camino á Bagdad, Babilonia, y émulas de esta por la gloria de su pasado y de sus monumentos; que me sea permitido, por tanto, tocar, aunque muy someramente, una cuestión que se presenta espontáneamente en esta memoria.

Al tratarse de las ruinas de Palmira es imposible observar sin sorpresa de cuán diverso modo han sido juzgadas por los que las han visitado sucesivamente. Semejante divergencia de opiniones parece no ser, á primera vista, más que el resultado ordinario de la diferencia de caracteres; pero en el caso presente me ha parecido azás acentuada para que no tenga otra causa, más capáz de explicar estas transiciones bruscas de una severidad inconcebible á los arranques más justos, aunque á veces ciegos, del entusiasmo. Esta causa creo encontrarla en el paralelo que muchos viajeros han querido establecer entre Palmira y Baalbeck.

Este modo de proceder, del cual es necesario usar con sobriedad, es sumamente peligroso cuando recae sobre dos términos azás diferentes entre si. Hé aquí lo que sucede; se parte de las colosales ruinas de Baalbeck para ir á Palmira, y se lleva consigo el recuerdo y la impresión de lo colosal con la expectación de algo

más grande aún; de donde resulta una primera decepción, que sirve, por más que se quiera prescindir de ella, de introducción para lo restante de la excursión.

No existe quizás un solo punto esencial sobre el cual se pueda con justicia basar este paralelo. ¿Qué es lo que vemos, en efecto, en Baalbeck? Su acrópolis, sus inmensos hipogeos, sus murallas prodigiosas y los dos templos que encierra. En Palmira, una ciudad *entera* olvidada durante siglos, vuelta á la luz con sus palacios, sus pórticos, sus basílicas, sus necrópolis y su Gran Templo.

Heliopolis está al lado de una pintoresca población de la Celesiria, en un valle risueño y fértil. Palmira sola y abandonada, en medio de la mas afligente esterilidad, perdida en medio de ardientes arenas, ostenta en el umbral del gran desierto sus largas columnatas, y su horizonte solo tiene por límites la inmensidad.

Ahora bien; que despues de haber juzgado aisladamente estos dos maravillosos restos de la civilización antigua, se prefiera uno á otro, nada más legítimo y racional, y todo depende del punto de vista en que nos coloquemos.

Sin incurrir en el reproche de parcialidad, y sin temor de la acusación de inconsecuencia, yá que en otra parte, juzgando solo por referencias, pues aún no había visto á Palmira, indiqué mis preferencias por Baalbeck, que había visitado en mi primer viaje á Oriente, declaro ahora mis preferencias por Palmira, dándole una superioridad de interés sobre su rival de

Siria, que he visitado, antes y después de haber contemplado á Tadmor.

Desconfiaría de mi opinión si no se tratase más que de lo pintoresco del conjunto y de la belleza del panorama, porque bajo este aspecto yo creo invulnerable el de Baalbeck; por eso no me detendré en discutirlo. Pero en cuanto á exigencias de la arquitectura y de la arqueología el paralelo es más discutible.

Es verdad, y lo he hecho observar, que existen trazas de mal gusto en varios edificios de Palmira, y he deplorado varias veces el sacrificio de las ideas á las formas; pero ¿es acaso necesario rememorar aquí el gran patio de Baalbeck y los nichos que la decoran?

No se encuentra en Palmira nada que sea tan pesado y exagerado, aunque menos colosal. Esto sería al menos un contrapeso muy valedero.

Pero si encaramos la cuestión bajo el aspecto arqueológico, la preeminencia me parece menos discutible en este terreno. He visto dos veces á Baalbeck, y por ser más reducida su acrópolis, la he considerado mejor.

Si eliminamos la interesante cuestión del origen de las famosas murallas Gíblitas ó ciclópeas, ¿qué resta á las investigaciones científicas é históricas? Muy poca cosa. Se puede afirmar que aquel es el único enigma de Baalbeck.

En Palmira, después de tantos documentos recogidos, hay mucho que esperar de las investigaciones de una nueva y seria expedición arqueológica. ¿Cuántas revelaciones importantes no deben esperarse de las inscripciones descubiertas y de las más numerosas

aún, sepultadas desde siglos, y que solo esperan nuevas exploraciones y un gobierno más ilustrado?

El mismo olvido en que yacían estas ruinas ha sido su salvación, y la situación apartada, los peligros que es necesario afrontar para visitarlas, las han colocado al abrigo de esas depredaciones y profanaciones que han deshonrado tantos monumentos de Grecia y Egipto.

Vamos á tocar el punto principal de los que más han deprimido á Palmira, « la ausencia de lo colosal. »

Es verdad, lo colosal es mucho en arquitectura, y ante esta arma terrible, la crítica severa y el buen gusto, se ven obligados con frecuencia á bajar la cabeza para dar lugar á la sorpresa y á la admiración. Pero ¿basta esto para resolver la cuestión artística y científica?

Los señores Irby y Mangles, para no citar otros, se quejan de no encontrar en vez de las inmensas columnas de Baalbeck, más que fustes de cincuenta piés de alto por un metro y medio apenas de diámetro.

Pero yo les preguntaría en qué arte han encontrado que la belleza se mida por metros. El *Partenon* de Atenas, según ese criterio, debería quedar quizás en el último rango de los monumentos más notables del mundo, á pesar de una admiración de veinte siglos y más, porque sus débiles columnas parecerían y son pigmeas á la sombra de las gigantescas de Siria.

Confieso que he sufrido algunas decepciones; pero como sucede en todas las cosas de este mundo, las exageraciones de lo desconocido son comunes.

Tomemos por ejemplo los espléndidos trabajos de MM. Wood y Dawkins; podría afirmar que dañan la reputación de Palmira, después de haberlos podido comparar con la realidad de la contemplación de sus ruinas *de visu*, con mis propios ojos.

Es, por cierto, muy difícil no exagerar algo en el dibujo, dando á ciertas cosas el relieve que no tienen.

La invención es un grave daño al cual han rendido tributo sin quererlo, puesto que podría citar ciertos dibujos en los cuales filas enteras de columnas deben al genio inventivo su existencia.

Termino este paralelo observando que como colosal nada existe semejante en el mundo á Baalbeck, ni siquiera en las ruinas gigantescas de Carnack ó de América precolombiana en Mitla y Palemke; pero tampoco nada hay más artístico en el mundo como el Partenon y demás monumentos de la acrópolis de Atenas, que son quizás los menos colosales del mundo.

PARALELO MONUMENTAL

El paralelo que acabamos de establecer entre Palmira y Baalbeck, nos lleva á extenderlo entre los principales monumentos del nuevo y antiguo mundo, aunque suprimimos la descripción particular, por haberla hecho en dos obras anteriores: *Memorias de un viaje por ambos mundos y América precolombiana*.

Como en la naturaleza nada posee una grandeza absoluta, y el entendimiento del hombre no juzga sino por medio de relaciones, sólo comparando objetos análogos podemos formarnos idea exacta de su extensión é importancia; por consiguiente vamos á ensayar una comparación ó paralelo entre los más notables del mundo.

Los monumentos griegos, propiamente dichos, contruidos bajo el gobierno de Pericles, cuando Atenas era libre y prosperaba, no pueden compararse en extensión con los de Egipto. El antiguo templo de Tesco, los edificios más estimados por los antiguos, como las Propileas y el Partenón, son poco extensos; el último está construido con corta diferencia según las mismas dimensiones que el gran templo de Carnack en Tebas de Egipto, teniendo ambos casi doble alto que ancho.

El templo de Minerva, entre los monumentos griegos propiamente dichos, tiene 214 piés de largo y 95 piés

de ancho; y las columnas del peristilo cuentan 5 piés y ocho pulgadas de diámetro, por 32 piés de elevación.

Los monumentos de la Magna Grecia, que parecen contruidos en aquellos buenos tiempos de la arquitectura, en que el gusto severo de los griegos no admitia ningun adorno superfluo, no son más comparables que los de Atenas, por lo que respecta á la extension, con las grandes construcciones de Egipto. El mayor templo de Pestum tiene 192 piés de largo y 86 de ancho.

En el buen siglo de la Grecia, los Atenienses construyeron templos de cortas dimensiones, que relevaban exquisito gusto; pero durante la dominación romana, Atenas vió elevarse con esplendor edificios que, al mérito de la pureza de la ejecución y de la armonía en odas las partes, unieron además colosales dimensiones, como se deduce de los restos del templo de Júpiter Olimpico, que seria uno de los monumentos que pudieran cotejarse mejor con los de los Egipcios, aunque quedaria muy atrás en cuanto á lo colosal y grandioso. Los palacios de los Faraones son imitaciones de los templos, como sus estatuas de las de los dioses. Sólo que las salas hipostilias son más vastas, y los aposentos interiores, destinados á la habitación, más variados y anchos.

En el palacio colosal de Carnack se suceden cuatro propileas, un hipostilo de 318 piés de largo y 159 de ancho con 134 columnas de las cuales las mayores tienen cerca de 23 metros; y allí hay estatuas monolíticas que miden 29 piés desde la cabaza hasta el extremo del asiento.

Las magnificas ruinas del templo de Carnack, vistas de lejos, semejan una salva de propileas, peristilos y obeliscos que elevan su cúspide sobre los céspedes de las palmeras.

El camino de las esfinges dispone el ánimo del viajero para contemplar el imponente aspecto del templo á donde guía. Al fin del sendero se extienden anchas propileas que conducen á crujías interiores, donde se ven inmensos colosos sentados á los lados de la puerta, á manera de gigantes encargados de custodiar la santa mansión. Y ¿quién es capaz de describir la impresión que se experimenta á la vista de aquella selva de columnas cubiertas de figuras y otros adornos desde la cima á la base, con los capiteles de forma graciosa, cuál es la del loto, y que agradan á pesar de su gigantesca mole? ¿á la vista de aquellos pilones, paredes, pedestales, arquitrabes, en fin, de todo el edificio, lleno de figuras simbólicas, grabadas ó esculpidas en bajo relieve y que representan procesiones, batallas, triunfos, ofrendas, fiestas y sacrificios, todas relativas á las costumbres, á los usos y á la historia del antiguo Egipto?

Si de Atenas y Carnack volvemos á Palmira y á Baalbeck, se encuentran ruinas de monumentos tan magníficos, que han podido considerarse como el último esfuerzo del poder humano antes de que la antigua capital del Egipto fuese mejor conocida.

¿Quién no se admira ante las maravillas que encierran aún estas ciudades, en tiempo tan florecientes y hoy tan desoladas? ¿Quién no se asombra al ver que en Palmira, situada en un lugar rodeado por todas

partes del desierto existen ruinas de tal magnificencia, que la imaginación puede apenas concebirlas, si no las ven los ojos?

Ya dijimos que el gran templo del sol de Palmira está comprendido en un recinto de 235 metros de ancho, cuyas grandes galerías y vastos pórticos sostienen 390 columnas de 4 piés de diámetro y 48 de altura. El templo presenta su esqueleto en una extensión de 60 metros de largo por 31,50 de ancho. El pórtico y el peristilo están formados de 41 columnas con más de 16 metros de altura.

Las dimensiones colosales de estos monumentos no es lo que excita más admiración, sino las excelentes esculturas que cubren los frisos, las cornizas y los artesonados y los ricos adornos que decoran las guarniciones de las ventanas y de las puertas. En cuanto al gusto, á la pureza del dibujo y á la elegancia de las proporciones, Tebas no tiene esculturas que oponer á las de Palmira y de Atenas; pero es muy superior, por la extensión de las superficies esculpidas en sus monumentos.

El palacio de Carnack, sin contar los accesorios que de él dependen inmediatamente, cuenta 358 metros de largo por 110 de ancho, excediendo por tanto con mucho al del templo del Sol. Y además ¡qué diferencia en el modo de llenar los espacios!

El templo del Sol está solo y como aislado en medio de su vasto recinto, y las paredes del palacio de Carnack encierrán una serie de edificios contiguos, que no dejan, por decirlo así, ningún desahogo en una inmensa superficie.

Palmira se hace admirar sobre todo por sus largas calles de columnas colocadas en cuatro órdenes, y las calles corresponden á las tres aberturas de un hermoso arco triunfal: estas ocupan en longitud 1.135 metros y van á parar á un magnífico sepulcro, formando vastos pórticos, adornados de gran cantidad de estatuas y de inscripciones monumentales además de que el menor número calculable de columnas es de 1.500 en la sola columnata del sol.

Carnack puede oponer á tan gran magnificencia sus muchas avenidas de esfinges, que ocuparían colocadas en fila 2.925 metros, y una sola tiene 2.000 metros de longitud; no comprendían menos de 1.000 espinges. Estos colosos contienen mucho más material, y requirieron un trabajo mucho mayor.

Es verdad que Palmira muestra aún otras ruinas imponentes y gran número de columnas, entre ellas algunos monolitos de granito; pero también Carnack, aunque no sea más que una parte de Tebas, comprende otros restos de templos, de magníficas puertas ó pilones y más de cuarenta estatuas monolitas y colosales. Palmira tiene dos columnas triunfales de 10 metros de altura, y las grandes columnas de Carnack cuentan 22 metros, y forman calles.

¡Cuánta más razón habría para conceder la superioridad á Tebas, si en lugar de no considerar sino una parte de aquella célebre ciudad, se hiciese la enumeración de los monumentos que encierra en toda su extensión!

No se cuentan allí menos de ocho obeliscos monolitos, cuatro de los cuales subsisten aun íntegros, y son

de prodigiosa altura; diez y siete atrios de colosal dimensión con 750 columnas, casi todas intactas; 77 estátuas monolitas, superiores al natural y muchas hasta de 18 metros de elevación. El circuito de las ruinas de Palmira cuenta 1.572 metros, esto es, casi lo mismo que el de las de Carnack, aunque el circuito total de Tebas puede haber contado de 14 á 15.000 metros.

En este paralelo no es posible olvidar á Baalbeck, rival, como hemos visto, de Palmira en grandeza y en magnificencia.

Baste recordar que encierra los restos de dos magníficos templos, los cuales reúnen á colosales dimensiones tanta ó más riqueza de esculturas que Palmira.

El menor y mejor conservado tiene 83 metros de largo y 37 de ancho, dimensiones que permiten compararlo á los grandes templos de la antigüedad; las columnas miden de altura, comprendiendo la base y los capiteles, más de 16 metros con el fuste.

El gran templo, que es el más arruinado, ocupa una longitud de 96 metros, aunque su altura no llega á la mitad. Estas dimensiones aunque considerables, distan mucho de las que tienen los grandes edificios de Tebas. Sin embargo el recinto que circunda el templo es notable por su extensión, contando 299 metros de largo y 136 de ancho; y merecen especial mención el vasto pórtico, el gran patio octógono y el segundo patio de forma rectangular, con galería.

El conjunto de todos estos edificios comprende una superficie igual á la del palacio de Luxor en Tebas.

Pero vense en sus murallas lo que en ninguna otra parte del mundo, piedras de colosal tamaño entre ellas algunas de 20 metros de largo con un volúmen de 600 metros cúbicos.

Y es asombroso ver piedras tan enormes colocadas á tan grande altura; pero ¿puede compararse la dificultad de ponerlas en el sitio que ocupan con el esfuerzo y el arte que se habrá necesitado para trasladar y elevar sobre sus bases los enormes obeliscos de Carnack, que presentan dimensiones mucho más considerables?

Ninguna ciudad del mundo ha sido hermoseedada quizá con más edificios ni más vastos que los que se admiraban en Roma; y todavía encierra los restos de muchos templos, entre los cuales pueden citarse el de Jupiter Estator, de Antonino y Faustina y el de la Paz mandado construir por Vespasiano; pero ninguno es comparable en extensión con el del sur de Carnack.

Además Roma comprende edificios de otro género, de dimensiones colosales, como el Panteón, el Coliseo, los Teatros; habiendo hecho resaltar particularmente en las Termas una magnificencia extraordinaria. Una sola sala de las Termas de Dioclesiano tiene 58,50 metros y 24 de ancho; y sin embargo está muy lejos de igualar las dimensiones de la sala del peristilo de Carnack que cuenta 102 metros de longitud y 57 de anchura.

Si se considera la moderna Roma, entre los muchos edificios que contiene, los sobrejuga á todos en grandeza y magnificencia la Basílica de S. Pedro, cuya cúpula mide 137 metros de altura, elevación que casi

iguala la de la gran piramide de Menfis, además del terraplen sobre el cual está fabricada. Tiene esta Basílica en su mayor extensión 218 metros y 155 de anchura. Una gran herradura y dos galerías, cuya dirección es algo oblicua con respecto á la fachada, sirven de entrada á aquel magestuoso edificio, el más gigantesco del mundo moderno, y aumentan considerablemente su extensión, que de este modo sube á 496 metros; sin embargo cuenta 36 menos que la distancia comprendida entre las esfinges que proceden á la entrada del Oeste del palacio de Carnack y á la puerta Oriental.

En Italia el palacio de Caserta mide 301 metros de largo y casi otro tanto de ancho, diferenciándose poco, según se vé, del palacio de Carnack.

El Escorial de España tiene de largo 287 metros y de ancho 261 hallándose todo lleno de paredes y edificios. El palacio de Versalles es en Francia el único edificio comparable á los de Carnack; pues desde la sala de la Opera hasta el invernáculo de los naranjos, cuenta 414 metros.

En altura nada hay superior á la Torre Eiffel en Paris de 300 metros, pero esa armazón de barras de hierro, ni siquiera vale lo que el más inferior de los obeliscos de Carnack.

II

Al entrar en el campo, para mí predilecto, de la arqueología monumental americana, debo empezar por advertir que el paralelo no puede ser tan exacto porque aún no han sido debida y acabadamente estudiados los monumentos prehistóricos de las tres grandes civilizaciones de Méjico, Centro-América y Perú. El americanismo es muy moderno y el empuje dado á la arqueología y etnología americanas por los Congresos de Americanistas recién empieza á producir sus efectos.

Las exploraciones científicas son muy raras y generalmente emprendidas por la iniciativa individual, sin el apoyo oficial de los Gobiernos europeos ó americanos. Sin embargo de las excursiones arqueológicas verificadas se deduce que existe un gran porvenir para el americanismo.

Los monumentos del Yucatan y de la América Central especialmente, excitan la sorpresa del viajero.

Las fortalezas, los templos ó teocalis y los palacios demuestran una civilización adelantada.

Los monumentos más antiguos revelan una civilización primitiva, que puede remontarse á unos miles de años.

Pero puede constatarse un progreso sensible en las ciudades de una edad media, como Chichen-Itzá; y en las ciudades mas modernas como Kabah ó Uxmal el

gusto exajerado de la ornamentación, se separa de las tradicciones más severas de Copan, Palemke y Tiahuanaco.

Por otra parte la construcción maciza de los monumentos, la amplitud de las bases, la ornamentación exterior, demuestran un arte adelantado de importación extranjera, muy probablemente.

Palemke con sus templos, Cuzco con sus palacios y fortalezas y muchas otras ruinas de Mitla y Tiahuanaco pueden compararse con los edificios del antiguo continente. Los bajo-relieves de Chichen-Itzá se asemejan á los de Babilonia y Ninive; la gran riqueza de la ornamentación recuerda la de los monumentos asirios.

Los meandros y grecas que adornan los frisos de Mitla y de Uxmal se refieren á la arquitectura europea, y se ha calculado del palacio de Uxmal, denominado la *Casa de las Monjas*, que las esculturas cubrian una superficie de 24.000 piés cuadrados. El pórtico de Kabah, el acueducto construido en el Rodadero en Cuzco, pueden ser dignos de Roma, así como los edificios de Chichen-Itzá semejan las *dagobas* de Ceylan.

La estatuaria que adorna estos edificios es tambien notable. Las escavaciones de Palemke han dado estátuas que revelan la escultura egipcia. La estátua de Chaac-Mol y la Quetzacoatl en la posición hierática atribuida á Budha emulan las del Asia clásica. La estátua encontrada en las ruinas de Copan es admirable por lo atrevido de la concepción, la riqueza de los detalles y la finura de la ejecución, y en fin, para no citar más ejemplos, los monolitos colosales de

Tiahuanaco y estátuas de Texcoco y Tula, recuerdan monumentos transportados de las riberas del Tiber ó del Nilo; mientras el palacio de Papantla rivaliza por la sobriedad y gracia de su arquitectura, con la mejor época de Grecia.

Y el número de las ruinas es más prodigioso quizás, en América que en el Antiguo mundo; no se encuentra alguna que otra ciudad, sino centenares de ciudades arruinadas, con monumentos soberbios; así es que Mitla, por ejemplo, entre otras ruinas, contiene las de seis palacios, y en el reducido territorio del Yucatan, solamente, se encuentran más ruinas de ciudades que en todo el antiguo continente: Uxmal, Acanceh, Tispeual, Tiscocøh, Ekmul, Akè, Izamal, Chichen-Itzá, con espléndidas ruinas; Kabah, el Usamacinta, Lorillard, Tayasal, el Peten, Tikal, Coban, Copan y Mitla; tambien con monumentos colosales.

No nos queremos comprometer con dimensiones comparativas porque la exploración completa de las grandes ruinas y monumentos de América aún no han sido exactamente determinadas, por ser actualmente un trabajo imposible para los exploradores, en virtud del cúmulo de los escombros ó de la vegetación tropical que cubre esas ruinas. Sería necesario que los gobiernos interviniesen oficialmente en auxilio de los arqueólogos.

Mas, á fuer de americano, y con el propósito de escitar el interés que merece el estudio de las antigüedades americanas, me voy á permitir algunas explicaciones más extensas sobre la América indigena, como quiera que constituye ese estudio una rama

especial de las investigaciones arqueológicas y prehistóricas de la ciencia moderna.

No se tomará á mal que, escribiendo esta memoria para americanos, me preocupe especialmente de la América prehistórica.



MONUMENTOS AMERICANOS

*Analogías arqueológicas de la América
precolombiana*

CON EL ANTIGUO MUNDO

Declaro que para mi pasión arqueológica el haber recorrido ambos mundos, por contemplar los monumentos de la antigüedad, ha constituido la más grande satisfacción de mi alma, pues de esta manera me parecía ver evocadas de su tumba las generaciones antiguas, la humanidad entera. Pero sobre todo, como americano encontré especial satisfacción en visitar un gran número de las antigüedades prehistóricas del Continente que llamamos relativamente Nuevo, por ignorar las grandezas arqueológicas de las civilizaciones que nos precedieron.

Voy á ocuparme de ellas, aunque de una manera somera, no solo para demostrar el interés preferente con que debieramos considerarlas los americanos, sino

para escitar positivamente el gusto por estos estudios, que debieran tener una cátedra obligatoria en todas las Universidades de América; como quiera que las antigüedades americanas rivalizan en importancia y grandor con los más célebres monumentos de Egipto, de Asiria, y áun de Grecia y Roma.

Las Pirámides de Egipto, las ciudades arruinadas, los templos, los palacios y las cisternas del Indostan, la gran muralla de la China, no testifican un estado de civilización más adelantado que las antigüedades descubiertas sobre los distintos puntos de América.

Pero mientras que los monumentos antiguos del viejo mundo han formado desde siglos uno de los temas favoritos de los viajeros, de los historiadores y de los anticuarios, los del nuevo mundo han sido descuidados áun por los amantes de la prehistoria y de la arqueología. Como dice M. E. Stephens descubridor de las gigantescas ruinas de la América Central, las inscripciones geroglíficas del Nuevo Mundo no han escitado la curiosidad de los sábios, y la sagacidad de los eruditos no se ha dedicado á descifrar esos vestigios con el ardor proporcionado á su importancia. Aunque afortunadamente en estos últimos tiempos comienzan á multiplicarse las obras que tratan de las antigüedades y de la etnología americanas y se debe esperar mucho de los eruditos trabajos de americanistas como M. Bancroft, Hyde Clarke, el abate Brasseur de Bourbourg, Le-Plongeon, Wiener y otros varios.

Desde luego los monumentos que cubren la América indígena, desde los lagos del Canadá hasta

las fronteras meridionales de Bolivia en una superficie de un millon de leguas cuadradas, se encuentran en gran abundancia, sobre todo en la parte occidental del continente, los restos de obras que atestiguan la existencia en América, en la mas remota antigüedad, de razas que habian llegado á un alto grado de civilización.

Estas obras monumentales y estas ruinas llegan á tal número que su simple descripción exigiría un volúmen, como lo atesta Baldwin. Son ciudades arruinadas, palacios, templos, caminos públicos, fortalezas, estátuas, pirámides, monolitos, rocas cubiertas de esculturas, inscripciones geroglíficas, ídolos, armas, utensilios, ornamentos y manuscritos.

Si Humboldt fué el primero en llamar la atención de los sábios sobre las antigüedades del nuevo Mundo tambien ha tenido el honor de ser imitado por hombres tales como Del Rio, Galindo, Dupaix, de Waldeck, Stephens, Catherwood, Norman, Squier, Davis, Prescott, Baily, Tylor, Bell, Baldwin, Le-Plongeon y otros. Semejantes trabajos son una grande esperanza para el americanismo.

No es, por tanto, de extrañar que ya puedan establecerse varias analogías arqueológicas entre las ruinas de ambos mundos. Dos divinidades en basalto y el busto de una sacerdotiza, de la misma materia, procedentes de la civilización azteca del Anahuac en Méjico, tienen una gran analogía de estilo y de trabajo con las figuras egipcias de Tentyris. Los vasos de granito encontrados en las

costas de Honduras revelan también el arte egipcio en su adorno de cabezas y meandros.

Los ladrillos crudos unidos con arcilla de la pirámide de Cholula, las piedras duras, talladas y pulidas, colocadas en hileras regulares sin cemento, los bloques gigantescos de varias ciudades, especialmente del Cuzco, Chichen-Itzá, Izamal y de Tiahuanaco, que miden 12 m. 38 de longitud, sobre 3 m. 80 de ancho y 1 m. 90 de alto, ¿no recuerda semejante estilo de construcción el de los edificios de la India y del Egipto?

Pruébanlo también las ruinas del palacio de Mitla en Oaxaca, con sus columnas de granito, sus grecas, sus puertas y los adornos que se notan en los muros exteriores de los edificios americanos.

El bajo relieve azteca, conocido con el nombre de piedra de los sacrificios, encontrado en la plaza de Méjico, revela el estilo asirio, y el calendario mejicano recuerda el de Egipto.

Esos bloques enormes de piedras pulidas, esas bóvedas y arcos, afectando la forma ogival, como existen en Kabah de Yucatan, las grandes construcciones del Cuzco, de Pachacamac, de Palemke, Mayapan, de Copan y Tiahuanaco, trabajos que evidentemente no han podido ejecutarse sin nociones científicas ¿no revelan un alto grado de civilización, no solamente por el corte y colocación de enormes monolitos graníticos, sino también por la fundición y empleo de metales, revelando al mismo tiempo el aspecto de varios edificios las

pagodas del Asia, como sucede en varios monumentos de Uxmal?

Soy un decidido americanista, no por lo erudito, sino por la afición á las antigüedades americanas, y desearía bajo un aspecto general segun puede deducirse de los monumentos y tradiciones de las razas americanas civilizadas, establecer las razones que autorizan á pensar que la civilización primitiva americana es de origen asiático y arian.

Procuraré ensayar con esta ocasión la determinación del origen de la civilización, cuya expresión representan los monumentos y antigüedades de América. A fin de proceder con claridad, estableceré desde luego la identidad de los monumentos mas antiguos, y por consiguiente la de los pueblos prehistóricos á los cuales debemos esos monumentos. En seguida estableceré el punto de partida de esta raza primitiva civilizada, y la via por la cual ha entrado en América con la probabilidad que es posible afirmarlo hoy dia.

¿No es verdad que son estos los dos puntos más interesantes de la arqueología americana en sus relaciones con la etnología y la prehistoria.

IDENTIDAD DE LOS MONUMENTOS

Y DE LOS PUEBLOS PREHISTÓRICOS QUE LOS ERIGIERON

Es evidente para la arqueología comparada con la historia, que las razas semi-civilizadas encontradas en posesión del suelo por los españoles, á saber; los Aztecas en Méjico, los Quichés en la América Central, los Quichuas en el Perú los Mayas en el Yucatán, y los Muyscas en Cundinamarca de Colombia, no eran los constructores de los monumentos ciclópeos más notables, sinó solamente los sucesores de esos constructores, de quienes se habían convertido en señores por la conquista; debiendo, por consiguiente, remontarse á una antigüedad superior para explicar esos monumentos, que es lo que procuramos demostrar al afirmar que existe una raza prehistórica constructora de los monumentos más antiguos de América.

En los valles y cuencas del Mississipi y del Ohio, en donde se han descubierto sorprendentes construcciones de montículos, fortalezas y recintos, obra de pueblos civilizados, los constructores habían desaparecido ya en el momento de la conquista por los españoles, todos, con excepción quizás de los Natchéz y los Mandanos.

No debemos, pues, juzgar ó emitir opinión sobre

los autores de los monumentos aún existentes en esas dos grandes cuencas, sinó consultando esos monumentos en sí mismos, así como ciertas tradiciones que se han conservado entre los Indios actuales; y será de los resultados de este doble examen que se deducirá el parentesco de estos constructores con las razas más antiguas de Méjico y del Perú.

En Méjico, á su vez, los Aztecas no se consideran como la raza aborigena, pues como confesaba Moctezuma á Cortés. « Segun nuestras tradiciones, habitamos un país que no es el nuestro; somos extranjeros venidos de lejos. »

Antes de los Aztecas, en efecto, los habitantes de Méjico eran los Toltecas; y como dice Prescott, « todo lo que en Méjico ha merecido el nombre de ciencia, proviene de ese origen; las ruinas de numerosos edificios de la Nueva España, que se les atribuye, demuestran que en arquitectura eran muy superiores á los pueblos que los reemplazaron en el país del Anahuac. »

Existen tambien dos categorías muy distintas de antigüedades en la América central, en donde inmensas ciudades inhabitadas y olvidadas ya en la época de la conquista, han sido descubiertas en este siglo por Waldeck, Stephens, Cathervood y otros arqueólogos.

En el Perú, las antigüedades se dividen tambien en dos clases perfectamente distintas; pre-incásicas é incásicas. Los monumentos de estilo más antiguo, son los mas sólidos en su construcción,

los mas artísticos en su ejecución y los más asiáticos en sus caracteres generales.

El solo hecho de que las antigüedades mas remotas son las más considerables y perfectas, parece demostrar que la civilización primitiva de América, en lugar de ser indígena, es al contrario exótica, como tan científicamente lo ha sostenido Tylor. Las maravillosas analogías que existen entre las antigüedades de la América del Norte, las de la América Central y las de la América del Sud bastan para establecer el origen comun de las razas civilizadas de estas diversas regiones. De manera que las investigaciones de los anticuarios, de los lingüistas, de los etnógrafos tienden á demostrar que una grande raza homogénea y civilizada ha introducido las artes y las ciencias en la América precolombiana.

He aquí los testimonios que demuestran que en Méjico, en la América Central y en el Perú existen al menos dos clases de monumentos.

Asi, empezando por el Perú, la obra de M. Hutchinson, que abunda en descripciones de las antigüedades peruanas, indica el carácter pre-incásico de muchas entre esas antigüedades, desmintiendo así á Garcilaso de la Vega, que siendo de sangre incásica, atribuyó á los Incas la introducción de los primeros elementos de la civilización en el Perú; á cuyo autor han seguido, sin embargo, muchos historiadores y arqueólogos.

Prescott, aunque influenciado por Garcilaso, nota esa diferencia entre los monumentos peruanos.

« Sobre los bordes del lago Titicaca, dice, se encuentran ruinas que los Peruanos reconocen ser anteriores á la pretendida llegada de los Incas y haber proporcionado á estos los modelos de sus construcciones. Nosotros podemos razonablemente deducir que ha existido en esta región una raza adelantada en civilización, muy anterior á los Incas, y que esta raza, conforme á una tradición casi constante, habitaba los alrededores del lago Titicaca.

En efecto, mientras que los monumentos Aymarás, que son los más antiguos, están construidos con piedras regulares y pulidas, cubiertas de inscripciones geroglíficas y han sido erigidas á una gran distancia de las canteras, lo que ha hecho necesario para el transporte de los materiales una suma de trabajo incalculable, los monumentos Quichuas, monumentos menos antiguos Inca peruanos, son en la generalidad de los casos construidos con *adobes* ó ladrillos crudos.

M. Bollaert, que á los Aymarás considera ser esa raza primitiva, describe de este modo los monumentos Aymarás: « La región que se estiende al Sud de Cuzco hasta la gran cuenca del lago Titicaca, está habitada por los Indios Quichuas; alrededor del lago, en sus islas y en las proximidades vive el pueblo Aymarás: al Sud y sobre una planicie cuya altura es de 13.000 piés, se encuentran las ruinas de una grande ciudad y de palacios. Un solo templo contiene 8.678 toneladas de material.... Sabemos que Mayta-Capac llegó al Sur partiendo del

Cuzco y que sometió á los Collas de las alturas, ó Aymarás; no fué, pues, él quien erigió estas vastas construcciones, sinó que las encontró de pié. »

No se puede dudar que Manco-Capac, reputado el primero de los Incas fuese de origen Aymará. Puede ser que las guerras hayan puesto fin á un antiguo imperio Aymará bajo el cual haya sido construida Tiahuanaco, y que Manco-Capac, obligado á huir de las orillas del Titicaca, se haya dirigido al Norte y civilizado á las Quichuas, quienes despues sometieron á sus comarcas meridionales.

M. Markam dice que los antepasados de los Aymarás actuales han creado una civilización de la cual no tenemos conocimiento sino por el testimonio silencioso de las ruinas ciclópeas de Tiahuanaco y de otros lugares, y concluye afirmando que la arquitectura, la escultura, la religión y el lenguaje de los Aymarás se han diferenciado siempre de los Incas.

En cuanto á la identidad de todas las ruinas peruanas más antiguas, que atestiguan la existencia de un antiguo imperio absolutamente homogéneo, M. Hutchinson se espresa así: « Los túmulos funerarios, las fortalezas y los palacios son del mismo estilo á lo largo de la costa que se estiende desde Arica á San José de Guatemala, cualesquiera que hayan sido sus constructores Chinchas, Juncas ó Chimuses.

Sucede lo mismo en el dominio del arte, porque no existe diferencia alguna entre la alfarería desde

Arica hasta San José, aunque estos puntos estén á más de un millar de millas de distancia. En fin, el cilindro de plata de Ica es completamente semejante al de Chan-Chan y sin embargo ambas localidades están tan distantes entre sí como las anteriores.

Es probable que los conquistadores Quichuas eran una raza del Norte, semi-bárbara y aliada á los Quichés de la América Central y á los Aztecas de Méjico. En efecto, en su historia de Quito, Velasco refiere que al llegar á este país, se sorprendieron los Incas de oír hablar un dialecto Quichua, cuando este idioma era absolutamente desconocido en la comarca que acababan de recorrer. Es posible que estos conquistadores llegasen al Perú por el mar, porque sus *balsas* á vela, eran las mejores embarcaciones de que se han servido los Indígenas americanos.

Los groseros *quippos* de que se servía este pueblo para conservar la memoria de los acontecimientos, se semejan en algo á los *Wampuns* empleados por los Indios de Norte América para redactar sus tratados, el cómputo del tiempo y de otros objetos.

Las razas peruanas más antiguas estaban aliadas probablemente á los Toltecas de México, porque existía una grande analogía entre las construcciones, los geroglíficos, las formas de culto y de gobierno entre ambos pueblos. Además el templo de Pacha-Camac de Lima, como el templo de Cholula en las llanuras de Méjico, es una especie de

montaña artificial ó vasta pirámide de ladrillos crudos con su respectivo terrazo.

La presencia de inscripciones geroglificas en las ruinas más antiguas, prueba la gran superioridad de la raza primitiva sobre la de los Quichuas, porque esta última ignoraba absolutamente el arte de escribir.

Existe entre las antiguas civilizaciones del Perú y de la América Central otra analogía muy notable, la existencia de las *Casas cerradas* en ambas regiones. De ellas dice Hutchinson: «Todas estas hermosas ruinas han sido rellenadas de materiales sólidos; cuando se las vacía, se encuentran hermosos aposentos, generalmente cubiertos de geroglíficos y de arabescos habiendo sido muradas todas las puertas. Es evidente que la obstrucción de estas casas ha sido artificial é intencional.»

Más ¿con qué fin y por quien ha sido hecho esto?

Se puede responder, ó que por este medio los aborígenes han querido impedir que los Incas-peruanos profanasen sus palacios y templos, ó que los mismos Incas-peruanos han querido impedir así á los aborígenes rendir culto á sus divinidades.

Como en la América central, las construcciones más antiguas abundan en representaciones de ídolos; ahora bien, los dioses así representados, no eran adorados por la raza inca-peruana. Por consiguiente podemos deducir razonablemente por estos caracteres idénticos que las razas primitivas y civilizadas de la América central y del Perú eran también idénticas; pero que fueron subyugadas por salvajes venidos del

Norte y que probablemente hubo identidad entre los Quichuas y los Quichés y quizás con los Aymarás.

Como quiera que sea las dos razas fueron disgregadas sin duda por la presión de las tribus del Norte, como sucedió en el antiguo mundo, porque encontramos en Nueva Granada otra raza civilizada, la de los *Muyscas*, cuyo calendario, al decir de Humboldt es más asiático y científicamente más exacto que el de los Aztecas. Este pueblo hacía uso de calendarios sobre piedra pulida; sus sacerdotes hacían observaciones lunares y dividían el año en *veinte* meses, como algunos pueblos asiáticos.

Los *Muyscas* son restos quizás del imperio Aymará, separados del tronco común por una irrupción de bárbaros setentrionales, porque las concepciones astronómicas de los Quichuas, eran soberanamente pueriles.

En Venezuela, en las proximidades de La Guayra y en distritos en donde no han habitado sino tribus semi-civilizadas, se encuentran vastas ciudades desiertas, llenas de figuras colosales de jaguares y cocodrilos, así como imágenes del sol y de la luna grabados en sienita y granito, habiendo sido descubierto en el Perú un calendario lunar completamente semejante.

II

El descubrimiento hecho por Stephens, Catherwood, Waldeck y Le-Plongeon en la América Central y en el Yucatan, de más de *cincuenta* ciudades en ruina, cuya existencia hasta ahora era casi completamente ignorada, ha constituido el gran acontecimiento arqueológico en América.

En ambas regiones se encuentran ciudades de una grande extensión con palacios, templos y pirámides de dimensiones enormes y de un trabajo perfecto, rocas cortadas en forma de hombres, mujeres y animales, colinas artificiales revestidas de construcciones de piedra, canales para aguas separadas de su curso y cantidad de inscripciones geroglíficas en todas partes. Prescott advierte con razón que estos restos prueban la existencia de una civilización más adelantada que la indicada por cuanto se ha encontrado en el continente americano.

Pero, por más magníficas que sean estas ruinas no escitan la admiración de los indígenas actuales del país, y en la historia de la conquista, nada se encuentra relativo á la grandeza y extensión de estas ciudades.

Los Indios de Méjico, que ornaron con flores la estatua del horrible dios de la guerra, exhumado en 1790, despues de dos siglos de sepelio, ni siquie-

ra tienen un nombre para designar las ruinas gigantescas de Palemke y de Copan. En cuanto á las *Casas de piedra* las refieren vagamente á los *Antiguos*.

Según observa Stephens, el conquistador Hernan Cortés debió haber pasado á unas siete ó diez leguas del lugar de Palemke. ¿No es cierto que si esa gran ciudad hubiera vivido entonces, el Conquistador hubiese oido hablar de ella y que hubiese ido á tomarla? Es por tanto justo suponer que en la época de la conquista, Palemke estaba yá en ruinas y que había caido en olvido. Y esto sucedió respecto de Copan, de Uxmal, de Mayapan y otras grandes ciudades arruinadas.

Aunque su perimetro sea inmenso, y generaciones de obreros y de millares de vidas hayan sido empleadas para levantar tan grandes monumentos del trabajo y de la perseverancia humanas, estas ciudades permanecen sin historia, como permanecieron Menfis, Tebas, Baalbeck y Pompeya, sin ser quizás más antiguas.

Y sin embargo ¿cuántas generaciones no se han sucedido antes que estas ciudades y palacios cayesen arruinados y quedasen sepultados en la espesa floresta y desde que su recuerdo ha desaparecido? Así yacen Ninive y Babilonia, así yacian ignoradas Baalbeck y Palmira para las hordas salvajes ó nómadas que cruzaban por aquellas colosales ruinas!

Es extraño, pues, que Stephens ponga en duda la gran antigüedad de las ruinas americanas.

Semejante opinión se basa en tres consideraciones que no resisten un serio exámen.

1.º Sobre el aspecto y estado de esas ruinas. Los materiales delesnables no resisten á la fecundidad del suelo y del clima. Ahora bien, con una exposición durante seis meses del año á un diluvio de lluvias tropicales, con el crecimiento de robustos árboles al través de las puertas de los edificios y sobre sus techos, parece imposible que despues de dos ó tres mil años un solo edificio pueda permanecer en pié; y sin embargo, se encuentran tirantes y vigas de madera en perfecto estado de conservación!

Respóndese á esta objección que no es necesario atribuir á estas ruinas una antigüedad de algunos millares de años. Clavigero ha calculado que los Toltecas no abandonaron el Anahuac para refugiarse en la América Central antes del año 1051 de J. C. esto es, *quinientos* años antes de la conquista.

Stephens cree que los edificios están en vías de una degradación absoluta y que dentro de pocos años no serán más que montones de ruinas; sin embargo no puede afirmarse que el clima haya sido siempre tan pernicioso para los edificios como lo es hoy día, como quiera que en épocas anteriores, la comarca no estaba tan llena de bosques y por consiguiente era menos húmeda. Además se ha encontrado en Egipto madera perfectamente sana después de 3.000 años de tallada y he visto en el Museo de Bulack una estatua de madera de la época de las primeras dinastías perfectamente conservada á pesar de haber permanecido entre es-

combros quien sabe cuantos siglos. ¿Porqué el mismo hecho no podría verificarse en el Yucatan, que es un país seco?

En Ocosingo en donde Stephens ha encontrado un dintel tan duro que tenía el sonido del metal, carecía de todo síntoma de putrefacción y las ruinas son evidentemente muy antiguas.

Hay maderas que resisten mucho á la humedad y al tiempo y que se endurecen y petrifican con la humedad. Es por tanto temerario generalizar sobre una base tan reducida, como de un dintel deteriorado de Palemke.

2.º Stephens aduce el testimonio de los cronistas españoles para demostrar que en el momento de la conquista los indígenas civilizados construían con piedra.

Es verdad, pero sus construcciones son incommensurablemente inferiores á las de las razas anteriores.

Además si las ciudades en ruina hubiesen sido construidas por los Indios de la época de la conquista ¿cómo se explica que ignorasen la existencia de las mismas?—Y ¿la diferencia de costumbres? Los antiguos Toltecas no tenían sacrificios humanos como los Aztecas.

3.º Stephens se apoya en la semejanza que existe entre los caracteres empleados en ciertos manuscritos mejicanos, como los de las bibliotecas de Dresde y del Vaticano, (1) y los caracteres grabados sobre los

(1) Debo advertir una vez por todas que no solo he visto estos documentos de la civilización americana existentes en los museos de Europa, sino tambien la mayor parte de las ruinas de América.

monumentos y las inscripciones de Palemke y de Copan, con el fin de establecer que la escritura de los Mejicanos de la conquista era igual á la de los pueblos de Palemke y de Copan.

Pero esta aseveración es insostenible desde que consta por estudios ulteriores que el código de Dresde difiere esencialmente de los manuscritos Aztecas que poseemos y parece pertenecer á la época de los Toltecas.

Stephens añade que la faz esculpida en el centro del célebre calendario de piedra de los Aztecas está reproducida en un altar de Palemke. Pero es sabido que los Aztecas deben todos sus conocimientos científicos y astronómicos á los Toltecas que les procedieron: el argumento por consiguiente es de ningún valor.

Hay más aún: Stephens sin quererlo ha corroborado la opinión de los que identifican los constructores de las ciudades de la América central, no con los Aztecas y los Quichés, sino con los Toltecas. Hablando de *Utatlan*, ó Santa Cruz del Quiché, que estaba habitado en la época de la conquista, se expresa en estos términos: «Hemos procurado descubrir alguna semejanza entre las ruinas de Copan y de Quirigua; pero no hemos encontrado en Utatlan ni estatuas, ni figuras esculpidas, ni geroglíficos, y nos hemos apercibido de que nada de esto había existido allí. Si hubiésemos encontrado pruebas de esta especie, hubiésemos podido considerar estas ruinas como la obra de pueblos de la misma raza; pero nada hemos encontrado y por

tanto debemos creer que Copan y Quirigua han sido ciudades de pueblos pertenecientes á razas diferentes y que han sido construidas en época muy anterior».

M. Boyle dice: «Un escritor contemporáneo de la conquista afirma, al hablar de Centro América, que la raza toteca ha sido allí la raza aborigena, que en un tiempo poseyó el país y toda su riqueza y que entonces las mugeres eran tratadas con un respeto extraordinario.»

Y añade en otra parte: «La conformidad general de las formas religiosas que, según todos los historiadores, ha prevalecido desde Méjico hasta Panamá constituye un hecho etnográfico muy curioso. Si se admite que una raza más civilizada que sus conquistadores, ha poseído toda la comarca en otra época, esta conformidad llegaría á ser incomprensible, y las diferencias particulares en las ceremonias que se notan entre las diversas tribus, tendería más bien á simplificar el problema; porque no es verosímil que varias hordas de salvajes arrojándose sobre una población relativamente civilizada, hayan recogido todas las tradiciones de esta última, sin alterarlas.

Stephens nota que los geroglíficos de Palemke son semejantes á los de Copan y de Utatlan, que los de Uxmal son idénticos á los de Copan y Palemke, y en fin que el carácter de los dibujos y bajos-relieves de Ocosingo difieren muy poco de las esculturas de Palemke.

M. Squier dice: «Los primeros habitantes de Nicaragua, y en general de la América central parecen

haber sido de pura raza tolteca. Los pacíficos, industriosos, inteligentes y dóciles Indios de los alrededores de León son de la más pura sangre tolteca; y por sus formas pequeñas y redondas, por sus facciones regulares, sus ojos claros y expresión graciosa, contrastan de una manera singular con los turbulentos y crueles Indios de los alrededores de la antigua Nicaragua. Estos son más grandes y corpulentos, sus rasgos son más agudos é irregulares, y su expresión es siempre la de reserva ó del mal humor.»

Sir Arturo Help en su interesante historia de la conquista de la América española, expresa la opinión de que los Toltecas estaban en posesión de Guatemala en la época de la invasión y que quizás el pueblo propiamente dicho y sus gobernadores pertenecían, como en el Perú, á razas diferentes, mientras que los Toltecas conservaban la posición de gefes y sacerdotes, merced á su ciencia superior. «El reino de Guatemala, dice, estaba entonces gobernado por una raza dominante llamada *Tolteca*. Estos Toltecas habían venido de Méjico, cuyo centro fué *Tula*, situado á doce leguas de Méjico. Se cree que su nombre significa; «arte de construir.» Su comarca originaria fué desolada por la peste, el hambre y la guerra.»

Torquemada narra bajo la fé de los autores contemporáneos que los Toltecas fueron atacados por los *Ulmies*, sus antiguos enemigos, y que estos salvajes pudieron subyugarles, y que los oprimieron cruelmente, sacrificando un gran número á sus dioses. Desesperados, se determinaron por consejo de sus sacerdotes á abandonar la comarca, lo cual realizaron

el año *beteclpat*, 959 de nuestra era, según el historiador azteca Ixtlixochitl.

La causa de la destrucción y de la emigración de esta raza civilizada, como la de la destrucción de las colonias en el valle del Mississipi y de los Aymarás en el Perú, ha sido la presión no interrumpida que ha ejercido sobre la región del Sud la llegada de nuevos inmigrantes por el estrecho de Behring ó por los archipiélagos de la Polinesia.

Los Quichés y los Quichuas vinieron del Norte, y su civilización ha sido igualmente alterada por las costumbres bárbaras de las tribus setentrionales.

Es posible, según cree Brasseur de Bourbourg que los Mayas del Yucatan sean los descendientes directos, aunque degenerados de los monumentos toltecas, como quiera que en Yucatan el Maya es la única lengua hablada. El Yucatan ha sido evidentemente el último refugio de la raza civilizada al ser perseguida por las tribus bárbaras: por lo demás el carácter de sus mismas ruinas parece demostrarlo; en efecto, si el plan general de los monumentos es el mismo que el de Palemke, los materiales son de cualidad inferior. La ausencia de inscripciones geroglíficas, acusa igualmente la decadencia de los constructores é indica que estas construcciones han sido el último esfuerzo de una raza decadente.

Algunos años antes de la conquista de los españoles, los monarcas mejicanos habían llevado sus conquistas hasta la América Central; pero M. Help cree que si los Guatemaltecos han sido some-

tidos á los Aztecas, no lo han sido sino en los últimos veinte años del imperio mejicano. Son la vanguardia del movimiento hacia el Sud, que parece haber arrojado de sus moradas á los habitantes de estas ciudades, con tal precipitación que estas permanecieron intactas hasta el punto de que los bloques de piedra fueron abandonados en el camino de las canteras de donde habían sido extraídos.

Los Quichés, que nos interesan principalmente porque forman un anillo de unión entre Méjico y el Perú, era un pueblo poderoso en la época de la conquista. *Tecum-Unam*, su rey, contemporaneo de Moctezuma, combatió contra Alvarado á la cabeza de 230,000 guerreros, aunque en vano. La ciudad de Utatlan, su capital, con la ciudadela de Atalary de cuatro pisos, el castillo del Resguardo, de cinco pisos; y el Alcazar ó palacio real, rivalizaban con las ciudades más famosas de Méjico y del Perú.

Francisco Vazquez, historiador de la órden de S. Francisco, dá el relato siguiente: « Los Toltecas bajo la dirección de *Tanub* pasaron del uno al otro Continente y fundaron la ciudad de *Tula*. *Tanub* fué el padre de los reyes de Tula, de los reyes de Quiché y del primer monarca Tolteca.....»

Los reyes de Méjico y de los Quichés conocían las relaciones que los ligaban: así Moctezuma despues de haber sido hecho prisionero, envió secretamente un mensajero á Hicah-Tanub, para informarle que los hombres blancos habían llegado á sus Estados, y que se preparase para resistir la

invasión del reino de los Quichés. Hicah-Tanub murió de cólera y de ansiedad, pero su hijo Tecum-Unam, vigésimo descendiente de Tanub, que había conducido los Toltecas á América, cayó bajo la espada de Alvarado.

Max Müller dice que por el estudio de obras como las de Ixtlixochitl es por donde debe comenzar la filología americana. Estas obras son para el estudio de la antigüedad americana lo que han sido Manethon para el estudio de los geroglíficos egipcios y Beroso para las inscripciones cuneiformes. Estan escritas en dialectos de tres siglos de antigüedad solamente, y hablados aun hoy dia por los naturales, con las modificaciones que sufre toda lengua en el curso del tiempo.

El eminente americanista abate Brasseur de Bourbourg ha visitado seis veces la América central para estudiar sus lenguas y descifrar sus inscripciones, y cree haber podido descubrir con el auxilio del Maya, del Quiché, del Katchiquel, del Azteca y otros idiomas, al menos los nombres de la lengua perdida que han sido conservados en los muros de las ciudades de la América Central.

Parece que tales inscripciones no son inferiores á las inscripciones romanas é infinitamente menos complicadas que las inscripciones egipcias y aryanas. Hay, pues, grandes esperanzas para poder restablecer la antigua lengua y con ella la historia de esos pueblos desaparecidos.

Asimismo M. Hyde Clarke ha declarado que en sus investigaciones ha encontrado grandes analogías

entre el Asia y América en lo relativo al estilo de la arquitectura y á los geroglíficos. Pero de este punto trataráse más completamente en la segunda parte.

III

En el centro y norte de Méjico, esto es, en las comarcas en donde los Toltecas moraron después de su llegada á América, se encuentran restos gigantescos de obras elevadas por esta raza, á la que Humboldt ha dado el nombre de Pelasgos del Nuevo Mundo. Los templos-pirámides de Teotihuacan, de Papantla y de Cholula, la colina-ciudadela de Xochicalco y muchos otros restos ciclópeos testifican la maravillosa habilidad de esta antigua raza, cuya historia no puede ser restablecida sino con el auxilio de las tradiciones de sus sucesores, los Aztecas. Un historiador del país, contemporáneo de la conquista, narra que estos Toltecas vinieron de regiones apartadas situadas al otro lado de los mares y de las tierras; que entraron á Méjico por el N. O. y se fijaron en el Nuevo Méjico hácia el año 300 antes de J. C.; que conquistaron el país de la raza de los Chichimecos y establecieron una monarquía absoluta y paternal como la de los Incas del Perú.

Después de haber gobernado á Méjico durante cuatro siglos, los Toltecas desaparecieron de la historia. Según Prescott eran muy versados en la

agricultura y en la mayor parte de las artes mecánicas, trabajaban los metales con habilidad, inventaron el calendario tan complicado, adoptado después por los Aztecas, y fueron los verdaderos fundadores de la civilización que distinguió esta parte del continente, en los últimos tiempos.

Según la tradición los Aztecas abandonaron su país de *Aztlan* (país del agua) hácia el año 1280 de J. C. y llegaron al Anahuac á principios del siguiente siglo. Encontraron en las comarcas de Méjico vastos monumentos ciclópeos que se limitaron á imitar. Hicieron progresos en las artes mecánicas, más que en las ciencias, y su religión degeneró en una creencia sanguinaria con sacrificios humanos, mientras que los Toltecas habian practicado el sabeismo.

Cuando el imperio Tolteca fué destruido, es probable que las tribus civilizadas conservaron su independencia, al Norte en los desiertos del Nuevo-Méjico, y al Sud en las florestas de la América Central. Según lo indica M. Bell es muy probable que las tribus civilizadas vinieron del Sud en el Nuevo Méjico y el Arizona. La tradición indica que los Toltecas y los Aztecas entraron á Méjico por el N. O.; pero siguiendo á M. Bell se produjo posteriormente un movimiento parcial y retrógrado del cual existen pruebas incontestables.

Vamos á dar una breve noción de otra de las ramas de la raza civilizada que ha ocupado en una época prehistórica los valles del Mississipi y del Ohio, así como los Estados del Oeste, para apreciar el grandor y la importancia de sus antigüedades.

Desde los bordes del Lago Superior hasta el Golfo de México, una raza numerosa y civilizada ha dejado rastros innumerables. En el extremo Norte existen minas de cobre que han sido explotadas, sin duda los meses de verano, por la raza civilizada del Sud, y que parecen haber sido abandonadas de repente, porque se han encontrado allí útiles y masas de minerales preparadas para la extracción: encuéntranse grandes extensiones que fueron cultivadas artificialmente, sobre las cuales hoy existen florestas inmensas, terromonteros figurando animales curiosos y representaciones de hombres y animales ejecutados en cóncavo ó en relieve.

Estos monumentos se encuentran principalmente en Yowa, Wisconsin y Michigan. Ellos indican que las razas civilizadas estaban rodeadas de tribus semi-civilizadas, que cultivaban los cereales para venderlos á sus vecinos, é inhumaban sus muertos en los otros ó terromonteros. Sus vecinos civilizados en mayor grado, eran los Indios-Pueblos, autores de las *casas grandes*.

Más al Sud, los monumentos se asemejan más á los de Méjico y Perú. Las pirámides truncadas de Cahokia (Illinois) que contienen 20 millones de piés cúbicos de tierra; las de Miamisburg (Ohio), Selsertown (Mississippi) y muchas otras se asemejan particularmente al tipo meridional.

M. Morgan ha explicado el origen de la mayor parte de estos terromonteros rectangulares ó circulares del valle del Ohio como construidos para

¡ibrarse de las inundaciones, formando esas alturas artificiales el primer piso, sobre el cual edificaban sus cabañas los indígenas.

En los estados del Sud las construcciones piramidales abundan y los habitantes parecen haber vivido en ciudades abiertas por no temer las invasiones de las tribus salvajes del Norte. A unas 18 millas al O. de Menfis (Tennessee) entre el Yazoo y el Mississippi, se han encontrado restos de grandes trabajos hidrográficos y de irrigación.

Existen allí *Aguadas*, canales, diques, fosos, terraplenes, nilómetros y restos de puentes. Desde Cairo á Baton-Rouge se notan rastros de trabajos que reproducen en las inmediaciones del Mississippi la industria y el arte de los antiguos Egipcios, pues parece practicaban los mismos modos de agricultura.

Los Natchez que se encuentran en esas inmediaciones parecen ser un resto de ese antiguo pueblo civilizado y agrícola. «La pequeña tribu de los Natchez, dice Squier, tenía más que ninguna otra nación del continente nociones civiles, políticas y religiosas y costumbres análogas á las de los Peruanos.»

Innumerables obras han sido emprendidas por el pueblo de que nos ocupamos, con un propósito defensivo, y cuya ejecución revela una grande habilidad. « Todo el espacio que separa los Alleghanes de las Montañas Rocosas está cubierto de una sucesión de vastos campos atrincherados y de colosales fortificaciones construidas con tierra y

piedra. Cada eminencia está defendida, y lo mismo sucede con cada delta formado por la conjunción de dos corrientes de agua. Reductos, parapetos, reparos, circunvalaciones, atalayas y casamatas, son otras tantas pruebas de la inteligencia y adelanto de este pueblo.»

Parece que la guerra ha desolado el Ohio, porque las ruinas de las plazas fuertes son gigantescas; allí se encuentran sistemas de fortalezas, profundos pozos, pasajes secretos por debajo de los rios, garitas sobre las alturas, depósitos de agua para las guarniciones y el ganado, muros concéntricos para defender las puertas y otras obras. Todas las plazas fuertes están próximas á corrientes de agua, construidas en los lugares más estratégicos, fabricadas generalmente con piedras ó con materiales traídos de lejos.

El arte de construir era conocido por este pueblo, porque los campos están siempre exactamente orientados, y las circunferencias así como los cuadrados, son siempre regulares por más que estos trabajos sean de muchas millas.

En ninguna parte del mundo existen trabajos militares tan numerosos y complicados; y son mucho más raros hácia el Sud.

¿Qué causa fatal ha podido destruir esta civilización, exclama Lubbock, ¿porqué estas ciudades están convertidas en ruinas y han sido abandonadas sus fortalezas? ¿Cómo las populosas naciones que habitaban antiguamente los ricos valles de

América han quedado reducidas á las miserables tribus salvajes, encontradas por los Europeos?

Una comparación diligente del testimonio presentado por las ruinas y las tradiciones de las tribus indígenas nos permitirá responder con alguna probabilidad á estas cuestiones.

El estado actual de las ruinas y los árboles colosales que bajo la influencia de un clima templado han nacido, crecido y perecido sobre esas ruinas despues de abandonadas, nos revelan que una raza civilizada ha poblado los fértiles valles del Mississipi y del Ohio cerca de mil años antes de la llegada de los Europeos.

Los caracteres dominantes de estas ruinas nos hacen pensar que esa raza estaba aliada con los Indios-Pueblos de las *casas grandes* del Nuevo Méjico, así como con los constructores de monumentos de Méjico, de la América central, del Perú y Cundinamarca en Colombia.

Se puede juzgar de la extensión de las comunicaciones interiores en América por estos hechos: se encuentran en los túmulos del Mississipi, cobre nativo proveniente del Lago Superior, mica de los Alleghanes, conchas del Golfo, obsidiana y pórfido de Méjico y utensilios propios del Perú.

La multiplicación en la región del Norte de fortificaciones y de ciudades fortificadas indican azás claramente que la raza civilizada fué paulatinamente vencida y exterminada por las tribus salvajes.

« Cuando los Europeos llegaron á América, dice

M. Squier, constataron la existencia de una corriente de emigración dirigida del N. O. hacia Nueva Inglaterra y los Estados del centro. Al Este del Mississippi, una segunda corriente partía desde Texas y Nuevo Méjico hacia los Estados del Sud. En fin las tendencias constantes de las tribus del Oregon hacia el Sud era notable, según lo atestiguaron los misioneros.

Veamos ahora las tradiciones de los indios pieles-rojas.

Desde luego su tradición unánime era que los monumentos en cuestión no habían sido construidos por sus antepasados; sino que los habían encontrado erigidos yá al venir del Oeste á conquistar el país.

Los Alleghanes-Lennapes contaban que sus antepasados venidos del Oeste se habían apoderado de la comarca que se extiende desde el Missouri hasta el Atlántico, después de haber expulsado á los indígenas. Durante esta lucha que se prolongó por varios años, los Mingos ó Iroqueses, siguieron una línea paralela y acabaron por establecerse sobre las orillas del San Lorenzo y de los grandes lagos que le dan origen.

Los Lenni-Lennapes conservan la tradición de que al haber emigrado al Este se encontraron con un pueblo civilizado. Los Iroqueses tienen leyendas semejantes; puede, por tanto, suponerse que los Indios pieles-rojas, autorizados para establecerse en las inmediaciones de esas comarcas á título de aliados, fueron empujados hacia ade-

lante por tribus venidas del Asia y conquistaron las ricas llanuras del Mississippi y del Ohio. Pero á pesar de estas y otras invasiones de tribus bárbaras que subyugaron á ese pueblo antiguo civilizado, es cierto que este dió una prueba de grande habilidad militar escogiendo el Kentucky, el Tennessee y los Alleghanes para su línea de defensa contra los enemigos del Norte. Esta línea es la única en que podía apoyarse, y es solo rompiéndola que Scherman triunfó de la Confederación del Sur.

Existe cerca de S. Luis en el Ohio, un enorme terrazo en el cual alternan hileras de ladrillos con las capas de arcilla y esta construcción de tiempos prehistóricos sirve hoy día de cantera. Los Indios cuentan que antiguamente una raza industriosa habitó el valle del Mississippi, en donde erigió grandes ciudades.

Segun otra tradición, los hombres de esta raza habían ofendido al Grande Espiritu con el objeto de escalar el cielo y por cuya razón fueron exterminados. La misma tradición corre con respecto á Cholula; cuyo recuerdo pudo ser traído de Mesopotamia.

De todo lo que precede, aunque muy someramente expuesto, aparece que la tragedia, cuyo desenlace fué la caída del imperio romano en el antiguo mundo, se repitió en el nuevo; que los Hunos, los Vándalos y los Godos de la América lograron destruir una civilización que podría rivalizar con la de Roma, de Ninive, del Egipto y de la India.

RELACIONES DE LAS RAZAS CIVILIZADAS

DE AMERICA

CON LAS DEL SUD--ESTE DE ASIA

Hemos resumido las informaciones que conocemos respecto de las razas prehistóricas civilizadas á cuya industria esas antigüedades son debidas. Ahora procedemos á determinar el origen de la civilización americana primitiva proveniente, al parecer, de las naciones del Asia sud-oriental.

No tengo necesidad de advertir que, aún cuando como turista he visitado las ruinas principales de América desde el Norte hasta Bolivia, en esta memoria he tomado los datos principales de las últimas publicaciones de los Congresos de Americanistas y de varios arqueólogos y filólogos que han estudiado las antigüedades americanas, aunque en muchas ocasiones he tenido razones de vista y presencia para rectificarlas ó ratificarlas. Sin embargo advierto que las conclusiones que establezco en esta memoria me parecen constituir la única solución probable del problema del origen y desarrollo de la civilización americana. (1)

(1) Cúmpleme declarar de nuevo que si me he determinado á hacer este breve resumen sobre la América indígena ó precolombiana, no he tenido las pretensiones de aparecer como un profundo americanista, sino despertar entre los americanos el gusto por los estudios sobre los antepasados de nuestra América.

Un autor distinguido criticando la obra de M. Bancroft, se ha expresado así: «Piense como M. Bancroft que sería temerario pretender determinar con precisión la manera con que el hombre ha hecho su aparición en América; pero creo firmemente con relación á los antepasados de las tribus que sus tradiciones tienen toda la claridad que puede desearse en semejantes materias. La unidad de la especie humana y la descendencia de todos los hombres de una pareja, son para mí hechos indiscutibles. Así, pues, cuando veo que los rasgos principales comunes á las razas americanas, con excepción de los Esquimales, son precisamente los observados entre los Polinesios, los Japoneses y los Samoyedos, admito sin dificultad la conclusión deducida por Humboldt, Prescott, Tschudi y Wilson, á saber que los Americanos son de extracción asiática.»

Desde 1872, según los cálculos de M. Brookes, 41 barcas japonesas vinieron á parar á la costa americana, y 28 de estos naufragios han tenido lugar posteriormente al año 1850. Ocho de estas barcas han llegado vacías, y los hombres que se encontraron en las otras permanecieron en la comarca en donde habían tomado tierra. Conviene añadir que estos 41 naufragios son simplemente aquellos de que se ha tomado nota.

Estas barcas habían atravesado el Pacífico bajo la acción de la gran corriente que se dirige desde los mares del Japon hácia la costa americana, con una velocidad de doce millas por hora.

Es legítimo suponer que los hechos que se verifican

en nuestros días, se han producido también en el pasado, y que por consiguiente, en épocas muy lejanas, naciones enteras cediendo á una grande impulsión, han podido emigrar del antiguo al nuevo Mundo, por la ruta que siguen aun hoy día los arrastradores. (1)

M. Hyde Clarke considera las lenguas Egipcia, China, Tibetana, Accadiana y Peguan como estrechamente unidas á las lenguas de Méjico y del Perú, y asigna á todas estas lenguas un centro común en la Alta Asia, cuna de la humanidad primitiva. A esta lengua original y al pueblo que la ha hablado le dá el nombre de *Sumeriano*, como que es el usado por los Accadianos, del país de Accad (Babilonia) en sus monumentos *Sumer* ó *Sumiri*. M. Hyde Clarke divide los Sumerianos en dos grupos, que han emigrado de un centro común; el primero comprende los Accades, los Mons, los Cambodgianos, los Aymarás, los Mayas (y los Toltecas?); y el segundo los Georgianos, los Etruscos, los Siameses, los Quichuas y los Aztecas.

Aparte de estas especulaciones filológicas, el carácter propio de las antigüedades americanas demuestra suficientemente su verdadero origen y afinidades.

Desde luego un gran número de construcciones del Nuevo Mundo eran tumbas ó monumentos funerarios; y por tanto puede enumerarse el pue-

(1) Esto no obstante sostengo las apreciaciones que sobre la existencia de la antigua *Atlántida* he indicado en la *América Precolombiana*.

blo primitivo americano entre las razas de constructores de tumbas, la de los Sumerianos de América, como quiera que las analogías entre la arquitectura de los Mejicanos y Peruanos por una parte y la de los Egipcios y Pelasgos por otra, son innumerables.

Es de notarse además que todos los constructores de edificios ciclópeos han sido Turanianos.

Puede también constatarse la existencia de rasgos esencialmente turanianos en las razas civilizadas de América, por el gobierno paternal y despótico de los antiguos americanos; por su fé profunda en la magia; en el respeto á la mujer y en la influencia considerable que esta ejercía, y en la habilidad en extraer y trabajar los metales.

Existen además otras analogías, en el despotismo completamente chino de los Incas del Perú; en la *pluralidad* de los reyes Quichés que recuerda la de los Siameses; en el uso en el Perú como en la China y Babilonia del parasol, como signo de dignidad; en la costumbre peruana de mascar la coca con cenizas, semejante á la costumbre asiática de mascar una mezcla de cal y nuez de betel; en el hecho de que el calendario estaba dispuesto en forma de rueda en el Yucatan y en forma de cruz en Siam; en la identidad substancial del calendario de los Aztecas y los Mongeles; en el empleo de los *quippos* ó cuerdas anudadas en el Perú, Hawai y la China; en la construcción de pirámides truncadas y de edifi-

cios sobre terromonteros y de los *mounds*, como en Babilonia y en Egipto; y otras varias analogías que sería prolijo enumerar.

Consideradas aisladamente estas semejanzas son poca cosa; pero reunidas dan un gran valor á la opinión de los que creen que la civilización americana ha tenido origen en el S. E. de Asia.

Siendo, pues probable que los antiguos americanos constructores de monumentos, pertenecían á la familia turaniana, falta determinar si pertenecían á la rama setentrional ó á la meridional.

Además de las razones filológicas aducidas por Max Müller, existen varias consideraciones en favor de la rama meridional.

1.º Parece difícil admitir que inmigrantes todavía bárbaros, pudiesen abrirse camino por la región ártica, mientras tenían por delante tribus feroces y salvajes.

2.º El éxodo hácia América por la vía de los archipiélagos polinesios, parece más fácil y natural para las densas poblaciones del Asia, que por la larga vuelta por las regiones inhospitalarias del Norte.

3.º Los Peruanos y los Toltecas parecen haber conservado tradicionalmente el recuerdo de una llegada por mar; en todo caso no habían conservado memoria de los hielos del Norte. Sin embargo los Quichés, inmigrantes venidos probablemente del Norte en compañía de los Aztecas, conservaban el recuerdo de los fenómenos polares, y los Aztecas poseían mapas en los cuales señalaban su llegada á

América por la vía del estrecho de Behring. Puede admitirse, pues, esta excepción.

La introducción del algodón y del maíz, atribuido á los Toltecas, se aduce también como una prueba de que los primeros inmigrantes vinieron por la vía del Trópico, desde las comarcas situadas al Sud.

En general, no se sabe cuan fácil es la travesía del Océano que separa el S. E. del Asia de la costa americana, aún en embarcaciones pobres. El capitán Blyth, después de una revuelta á bordo del *Bounty*, hizo con felicidad, con diez y seis marineros, en una embarcación sin puente la travesía, desde la isla de Pitcairn en la Polinesia oriental (á algunos centenares de millas solamente de la América del Sud) á la isla de Timor. Y eso que la distancia era de 1300 millas!

Sir Carlos Dilke ha constatado que los vientos y corrientes que dominan en esta parte del Océano Pacífico en la Polinesia, llevaría á la costa sud-americana una canoa que saliera de la isla de Pascua, célebre por las antigüedades ciclópeas que contiene semejantes á las de América. Ha constatado igualmente la existencia de una corriente que se dirige desde California á la América central.

Ahora bien, es de notar que la tradición hace proceder á los Toltecas de la California, y que ellos mismos habían conservado el recuerdo de un desembarque de sus antepasados sobre la costa occidental de Méjico, al internarse por mar en el continente americano.

Además cuando se reflexiona que las grandes

ruinas de estructura prehistórica, cuyo carácter se asemeja más que á ningun otro, al tipo americano, están diseminadas á través de las tupidas florestas del Indostan, de Ceylan y de la Indo-China, que se prolongan al través de la Isla de Java, y que se unen visiblemente á una cadena no interrumpida de gigantescas construcciones en piedra: altares, pirámides, murallas, fortalezas, templos, palacios y estátuas, descubiertas al través de la Polinesia en las Islas de los Ladrones, en Taití, en las Islas Sandwich y en la Isla de Pascua, tan cerca de la costa americana frente á Méjico y Cuzco, no puede uno dejar de deducir que se ha seguido el rastro dejado durante el periodo prehistórico, por el paso de una gran raza de constructores, la turaniana, emigrando del Antiguo al Nuevo Mundo; emigración cuya memoria parecen conservar las tradiciones del Asia sud-oriental.

Además, ninguna duda es yá posible después que M. Hyde Clarke, americanista tan laborioso y distinguido, comparadas las lenguas americanas con las del antiguo continente, ha descubierto que las afinidades más estrechas unen los idiomas de la Indo-China, particularmente del Mon del Pegú, al Aymará y al Maya; por cuya razón no titubeo en afirmar el origen turaniano de las razas americanas civilizadas.

II

En cuanto á la época en que tuvo lugar la inmigración turaniana, parece haberse realizado un concierto entre todas las autoridades de americanistas. Según la notable «Revista de Edimburgo» es necesario admitir para explicar las divergencias lingüísticas constatadas, que la América ha sido habitada desde muy antiguo. El contacto de la América con el Asia debió tener lugar durante el periodo caracterizado en el progreso humano por el empleo del bronce, al mismo tiempo que por la ignorancia del uso del hierro.

Los emigrantes no han debido abandonar el Asia posteriormente á la edad del bronce.

De la evidente identidad de las hachas de piedra pulida encontradas en ambos mundos se puede deducir que la inmigración principal se verificó en el momento en que el Asia no había aún pasado el periodo neolítico.» (1)

El escritor americanista de la Revista citada, resume así su opinión: «La impresión general que me ha dejado el estudio del problema etnológico americano me lleva á las siguientes conclusiones:

1.º Los Americanos son, exceptuando los Esquima

(1) En la «América Precolombiana» he examinado el valor cronológico que puede atribuirse á estas edades de piedra, bronce y hierro.

les, de raza mongólica, y han habitado la América durante un largo tiempo, para poder desarrollar las diversas lenguas, así como una civilización particular.

2.º Por intervalos más ó menos largos, nuevas bandadas de inmigrantes han venido del Asia probablemente por mar, trayendo consigo el conocimiento de las artes y de las ciencias que constituían la civilización de los pueblos de esa parte del mundo.

3.º La corriente de las emigraciones se ha dirigido generalmente del Asia á América; y en esta parte del mundo, la marcha de las tribus se ha efectuado frecuentemente del Norte hácia el Sud.

4.º No existen pruebas para demostrar que las tres civilizaciones de Méjico, de la América central y del Perú hayan estado en contacto con la civilización del antiguo continente posteriormente á la edad del bronce.»

En cuanto á las diferencias que existen entre las civilizaciones de Méjico, Perú y Centro-América, el escritor de la «Revista de Edimburgo» se inclina á encontrar la causa en la llegada sucesiva y en diferentes épocas de varias inmigraciones. «En resumen, dice, he llegado á creer que estas tres grandes civilizaciones se han formado independientemente ó si su punto de partida ha sido común, se encuentra á tal distancia en el pasado, que practicamente pueden considerarse como de distinto origen.»

En cuanto á la línea de emigración M. Hyde Clarke piensa que las razas civilizadas de América han seguido dos vías: M. Park Harrison, dice, sostiene enérgi-

camente que la civilización ha debido pasar del antiguo continente al Perú, por la isla de Pascua.

El fenómeno de la distribución de las poblaciones en la América del Sud favorece esta manera de pensar. Sin embargo teniendo en cuenta las condiciones geográficas, es probable que los inmigrantes hayan tomado dos rutas, pasando, una por las corrientes é islas del Norte, y la otra por las corrientes é islas del Sud. Así se explicaría la posición tomada por las diversas poblaciones del continente Sud-Americano.

A su partida de la India, se dirigieron probablemente hácia la Indo-China, desde donde pasaron á América por Australasia.

Se puede inferir que los primeros inmigrantes, los de la raza caraibe pasaron por el estrecho de Behring y que los últimos los Sumerianos, pasaron por el Pacífico y la isla de Pascua».

El mismo autor ha intentado establecer, por aproximación, la cronología de las inmigraciones en América. «Hace tres mil años que la raza sumeriana chocó en Asia con la raza semítica, que debía quedar victoriosa. Setecientos años más tarde, el encuentro debió tener lugar contra la raza aryaná... Aunque los Sumerianos han sido atacados hace tres mil años por los Semitas, hace cuatrocientos años solamente que fueron sometidos por los Españoles, y en la hora presente son aún los dominadores en la Indo-China.

La cuestión consiste, pues, en saber, no el tiempo

durante el cual su lengua ha sido cultivada, sino más bien qué duración ha exigido su desarrollo.

« Si el establecimiento de los Sumerianos en Babilonia remonta á cuatro mil años, su establecimiento en la India sería de la misma época, en el supuesto de que las dos emigraciones hayan tenido el mismo punto de partida en la Alta-Asia, lo que parece indicar la división de Sumerianos-orientales y occidentales. La ocupación de la Indo-China habrá sucedido en seguida y á continuación la de Java y demás islas de la Polinesia.

En fin, es muy probable que el Perú haya sido invadido hace unos tres mil años; pues debe notarse que la ocupación de la Astralasia por los Maleses debió tener por efecto cortar á los Sumerianos toda comunicación con la América; ahora bien, este hecho tiene su importancia, porque si los Sumerianos hubiesen podido comunicar con el Nuevo Mundo, posteriormente al empleo de navios de un fuerte tonelaje por los Fenicios, los Chinos, los Griegos y los Romanos, los animales vacunos y los caballos hubiesen sido transportados al otro lado del Pacífico, y por consiguiente la civilización americana se hubiese desarrollado en otras condiciones. Además, si las relaciones de la América del Sud con la Indo-China hubiesen sido recientes, los navegantes árabes hubiesen tenido conocimiento de ello. »

En fin, he aquí su conclusión: « El conjunto del fenómeno humano en América, dá la idea, con relación á lo que ha pasado en Europa y en Asia, de una civilización detenida en su desarrollo; pero

bastante adelantada para comprender los dos períodos de los grandes monumentos construidos en piedra y de los palacios con inscripciones, épocas que corresponden á la primera religión espiritualista, la del culto de la luz y que nos trasladan á millares de años atrás, como quiera que vemos que hoy día los adoradores del fuego están reducidos á un pequeño número de Parsis, que habitan la ciudad de Bombay. »

Al terminar este pobre, pero interesante ensayo, sobre la América indígena debo añadir una palabra. Creo que nos encontramos en vías de descubrimientos importantes en el campo de la arqueología americana, que harán efectiva la reconstitución de la historia de las antiguas y grandes civilizaciones que, según los rastros monumentales, han existido en América. La arqueología prehistórica es una ciencia muy moderna, sobre todo en sus relaciones con el Nuevo Mundo; pero sus comienzos han sido espléndidos, y hoy cuenta con el ardor y ciencia de muchos arqueólogos distinguidos. Los trabajos de sabios y de viajeros como Humboldt, Waldeck, Brasseur de Bourbourg, Stephens, Wilson, Schoolcraft, Becamps, Allen y Le-Plongeon con otros varios, no han sido estériles: las investigaciones de filólogos como Latham, Gallatin, Max-Müller y Clarke tampoco han sido sin resultado. Y sobre todo los Congresos de Americanistas, que se suceden con loable frecuencia, han dado un impulso y un interés especial al estudio é investigaciones científicas sobre la América precolombiana.

Todo anuncia un gran porvenir para la arqueología americana, que al realizar hermosas conquistas, nos revelará grandes é importantes secretos acerca de las grandes civilizaciones prehistóricas de América.

Lo único que desconsuela á nuestro americanismo es la especie de fría indiferencia que los americanos, con raras excepciones, muestran respecto á estos importantes estudios é investigaciones sobre la América indígena. La mayoría de las personas ilustradas de nuestras ciudades, hasta ignoran la existencia de las interesantes cuestiones que se han suscitado entre los sabios europeos acerca de nuestros antepasados; y es vergonzoso contemplar que en los Congresos de Americanistas, son muy raros los americanos, especialmente de raza latina.

Sin embargo, es muy probable que el problema de los orígenes de la civilización americana quedará resuelto en breves años, aunque el mérito corresponderá á los sabios del otro lado del Atlántico, no solo porque demuestran más interés respecto de esos estudios; sino tambien, porque la exhumación é interpretación de las inscripciones accadianas, el estudio de las lenguas Indochinas y de la península dravidiana, la exploración metódica de las antigüedades de la Indo-China y de las de la isla de Pascua, son otros tantos preliminares, sin los cuales no se puede llegar á formarse una opinión consistente sobre el origen de las razas americanas primitivas y sobre su misteriosa civilización. El país de Aonio

(Norte-América), el Anahuac, el Yucatan, el Peten, Centro-América, el Perú y Cundinamarca contienen monumentos que la arqueología y etnología americanas llegarán á demostrar ser tan importantes para la filosofía histórica de la humanidad, como los más celebrados de Egipto, Nivive, Babilonia, Etruria, Grecia y Roma. Más de doscientas ciudades, cuyas ruinas son gigantescas, cubren el suelo americano! Los pueblos que los habitaron eran grandes y civilizados, y llegará el día en que evocados de su tumba, reclamen un lugar distinguido entre las naciones de la tierra. Palemke, Mitla, Copan, Papantla, Mayapan, Cuzco, Pachacamac, Tiahuanaco, Tenotkilan, Uxmal, Chichen-Itzá y otras ciudades prehistóricas de América indígena emularán las glorias de Nivive, Babilonia, Susa, Persépolis, Baalbeck, Palmira, Tebas, Menfis, Atenas y Roma. Tiempo al tiempo!

He terminado la excursión arqueológica profana, que me propuse escribir al consagrar un recuerdo á las ruinas de Palmira, por indicaciones de mi compatriota D. Demetrio Piñeyro del Campo. Puedo afirmar que he recorrido el mundo entero en algo más de tres años, con excepción del extremo-Oriente; y la satisfacción que ha experimentado mi alma al realizar esa excursión, podrá ser adivinada, pero es indescriptible. Estoy satisfecho por haber conocido á la humanidad en sus ruinas, en sus monumentos y en sus progresos actuales; pero ¿porqué no he de confesar también que después de haber con-

templado tantas grandezas, mi corazón siente aún un vacío, el de la inmortalidad de ultratumba, en cuyo parangón son efímeras y vanas las grandezas de este mundo? Tenía la ambición de ver y he visto; y quizás como pocos; pues en varias partes se me indicó que era yo el único y primer uruguayo que los había visitado, especialmente al tratarse de América.

Quizás conservo con exagerada satisfacción el recuerdo de mis viajes por ambos mundos; pero la satisfacción moral y científica que se experimenta al contemplar las ruinas colosales que han dejado á su paso las sociedades humanas, es muy grande, es imborrable, en tan alto grado como es indescriptible. «Aquí vivió un gran pueblo.» y decirlo ante sus ruinas, es conmovedor; es más aún, es sublime! En verdad que pisar las tumbas de las generaciones que fueron, agiganta el alma y el corazón, aunque sean de un pigmeo como yo.

La humanidad es grande, porque al través de los siglos marcha hácia la inmortalidad.

¡Hasta el castigo providencial de los grandes imperios y de las grandes razas en su caída, son la glorificación de la Providencia y una lección augusta para las generaciones que se suceden! Dios y el hombre: hé aquí los factores del progreso y de la civilización de los pueblos. He visto á Dios en todas partes y al hombre en ambos mundos. Estoy satisfecho. Esa era mi aspiración!



LAS RUINAS PROFÉTICAS

Además de las demostraciones de la filosofía de la historia, existe una prueba extraordinaria de la intervención de la Providencia en los destinos de la humanidad, constatada en lo que denomino *Ruinas Proféticas*, designando bajo este título las que han sido predichas por los Profetas de Israel. Y esto constituirá la parte que llamo *excursión arqueológico-sagrada* comparada con la profana, y que espero llamará la atención de los lectores; pues vamos á describir esas ruinas comparándolas con las profecías respectivas, vaticinadas muchos siglos antes, y se contemplará ó evidenciará una conformidad admirable en el cumplimiento de los *oráculos*, al decir de Volney, despues de confrontar el texto de las profecías con el relato de la historia.

Todo el mundo conoce la profecía de Daniel acerca de la suerte de los cuatro grandes imperios que se han sucedido en el mundo al través de las edades, empezando por el de Babilonia y concluyendo por el de Roma.

Pero como esta profecía tiene un carácter general, para hacer más interesante esta relación, escogerémos en especial las profecías que tratan de la suerte de las grandes ciudades y de las grandes familias de la tierra.

Tratarémos en primer lugar lo concerniente á los Árabes, después al Egipto, la Filistea, Moab y el Haûran, Idumea, Tiro, Babilonia, Ninive, Caldea, y compararémos el relato de los profetas con la suerte histórica y la descripción de las ruinas consumadas.

Serémos más escrupulosos en las citas de los autores y lugares, porque así lo exige la naturaleza de un paralelo profano-sagrado; y si harè citas de autores y viajeros, especialmente de entre los incrédulos, no es siempre porque haya dejado de contemplar de vista y presencia lo que narro, sino para dar más eficacia al relato y evitar toda sospecha de parcialidad.

Sin embargo debo advertir que no todo lo he visto, como por ejemplo, las ruinas de Babilonia, pues solo he llegado en el desierto hasta las ruinas de Baalbeck y Palmira.

Creemos que nuestros lectores experimentarán una impresión sublime y reverente al contemplar la mano del Dios justo sobre las ruinas de los castigos profetizados.

¡Oid, pueblos, y aprended, naciones!

. I

PROFECÍA SOBRE LOS ÁRABES

Vamos á empezar por el más antiguo de los historiadores sagrados, por Moisés.

El anuncia á la esclava Agar que tendrá un hijo, á quien llamará Ismael, de donde provienen los Arabes ó Agarenos.

«Este, dice, será un *hombre libre y salvaje*, su mano se levantará contra todos y todos se levantarán contra él, y *armará sus tiendas á la vista de todos sus hermanos*. (1)

Tales son los hijos de Ismael, hombres feroces é indómitos.

Ellos levantaron las manos contra todos, y todos levantaron las suyas contra ellos, y nadie pudo someter su independencia. Si he empezado á hablar de ellos en este paralelo, es porque los hemos contemplado en hordas errantes al través de la Siria en nuestro viaje por el desierto á Baalbeck y á Palmira.

En efecto; el señor de los reyes, Sesóstris, nada pudo contra ellos. (2)

Zara, el etiope, no los hizo esclavos. (3)

(1) Genesis, cap. xvi. v. 12.

(2) Diodoro Siculo, hist. L. I. P. 35

(3) Paralipomenos, cap. xiv. v. 12

Sches-chonk no los contó entre los pueblos que formaban sus ejércitos.

Bajo los persas, ni aún bajo el mismo Ciro, el vencedor de las naciones, ellos no reconocieron señor alguno.

Su patrimonio no fué la herencia de algún sátrapa. «El hijo de Histaspes se declaró rey, dice Heródoto, y todos los pueblos del Asia se sometieron á su mando, *excepto los árabes*.... La primera satrapía comprendía todos los países situados entre la ciudad de Posideo, edificada en las montañas de Cilicia y Siria, y el Egipto, exceptuando los territorios de los árabes, exentos de todo tributo.»

Alejandro el Grande, después que destruyó la monarquía persa, y llevó más allá del Ganges sus conquistas, resolvió domar á los árabes. La muerte le detuvo. (1) Sus sucesores no pudieron llevar adelante este presuntuoso designio.

Sin fruto intentaron los romanos subyugarlos.

En tiempo de Saladino, de Gengis-Khan, de Tamerlan, como en el de Godofredo, conservaron sus rudos y desairados modales.

Después de cuatro mil años está indispueta la raza de Ismael con la familia de Isaac.

El árabe se quedó lo que era, *hombre libre y salvaje*; acampado en el límite de las tres grandes antiguas regiones del viejo mundo.

El arma sus tiendas á vista de todos sus herma-

(1) STRAB., lib. XVI;—ARRIAN., 161.

nos, legando á sus hijos por patrimonio el desierto, y por mieses las caravanas.

Comparémos esta predicción de independencia eterna con la profecía de perpétua esclavitud, según las palabras pronunciadas contra el Egipto.

II

PROFECÍAS SOBRE EGIPTO

Hé aquí lo que dice Ezequiel en nombre del Señor.

«El Señor, Dios de Israel, ha dicho :

«Faraón, la espada del rey de Babilonia viene sobre tí. Cuando yo hubiere desolado el Egipto, cuando sus riquezas se hubieren desvanecido, y cuando sus habitantes hubieren sido heridos, entonces sabrán que yo soy el Señor.

«Este es el cántico lúgubre que haréis resonar: las hijas de las naciones le repetirán; tal es el luto del Egipto y de todo su pueblo, dice el Señor tu Dios.»

«En el día quince del año quince me habló el Señor aún, y me dijo :

«Hijo del hombre, comienza el canto del luto sobre el pueblo del Egipto: le precipitaré á lo profundo de la tierra con los hijos de las naciones poderosas, con los que bajaron al abismo. ¿En qué, pueblo egipcio, excedes tú á los pueblos? Baja, vé á dormir con

los incircuncisos. Morirán todos pasados á cuchillo, confundidos entre los muertos. La espada pasó á sus enemigos. El Egipto y su pueblo innumerable caerán en el abismo. Oiráse la voz de los incircuncisos, que fueron arrojados al fondo con sus aliados, y durmieron degollados por la espada. »

« Allí está Asur, Ninive, cercada de los sepulcros de su pueblo; ellos perecieron al golpe de la cortadora espada, rodaron al fondo del abismo, ellos, y los que habían difundido el espanto por la tierra de los vivos. Allí está Elam y su pueblo, con sus sepulcros. Allí está la Idumea. Allí están los príncipes del aquilón, y sus conquistadores que duermen confundidos con los mismos á quienes ellos mataron: su vergüenza bajó con ellos al abismo. Faraón los ha visto con todo su ejército. Yo esparcí mi terror entre los vivos, y Faraón durmió entre los incircuncisos con aquellos á quienes segó la espada, él, y la multitud de su pueblo, ha dicho el Eterno, el Señor. (1)

« Quiero dar á Nabucodonosor, rey de Babilonia, el país del Egipto; él tomará todo el pueblo; le hará su botín, y partirá sus despojos. De este modo recibirá su ejército la recompensa.

« Hé aquí lo que dice el Señor: Aniquilaré esta multitud de hombres que hay en el Egipto, por mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia. Haré que venga él y su pueblo, ellos los más poderosos entre las naciones, á dar fin del Egipto; vendrán, le atacarán con espada en mano, y cubrirán la tierra de muertos.

(1) EZECH., cap. xxxii, v. 11, 32.

« Secaré hasta el fondo sus canales, y entregaré sus campos á los peores de entre todos los hombres.

« Esto es lo que dice el Señor Dios: No habrá ya en adelante príncipes del país del Egipto. » (1)

Cada una de estas amenazas se cumplió rigurosamente.

II

¿Quién hubiera creído que este soberbio valle del Egipto, alimento de los pueblos, apenas bastaría hoy para la subsistencia de sus infelices habitantes?

¿Quién había de creer que el Egipto, depositario de las ciencias, maestro de las naciones, privado para siempre de un rey de raza nativa, inclinaría eternamente la cabeza bajo un cetro extranjero?

Subyugado el Egipto por Nabucodonosor, jefe babilonio, según la palabra del Altísimo, y acometido después en tiempo de Cambises, vino también á ser presa de Alejandro de Macedonia.

Los griegos le dominaron.

Los romanos le impusieron yugo.

Los sarracenos le despojaron.

Los turcos le apalearon.

Los mamelucos, sin compadecerse de su vejez, acabaron de estrujarle, si algún zumo le quedaba.

(1) EZECH., cap. xxix, v. 9; xxx, v. 12, 13.

Si; se cumplió cruelmente la profecía. «Secaré hasta el fondo sus canales, y entregaré sus campos á los peores de entre todos los hombres.»

Cinco de las siete embocaduras del Nilo no son ya conocidas ó están obstruidas, y las dos que restan, atascadas por las arenas, forman una barra, el Boghaz muy peligrosa para la navegación. ¿En qué vinieron á parar los canales tan famosos? El lago de Meris, destinado á ser receptáculo que supliera la olas del Nilo en los años de sequedad, ¿para qué sirve hoy?

Léase el testimonio mismo de los incrédulos del Instituto de Egipto, ciegos voluntarios que desechan con desden las profecías, al paso mismo que nos traen las pruebas de su cumplimiento.

«La negligencia que hay acerca de la conservación de los canales ha quitado á la agricultura la mitad de las tierras de labor. Las tierras abandonadas se han cubierto poco á poco de arena, y la parte occidental de Fayoum, (el nomo Arsinoita,) está hoy trasformado enteramente en un desierto.... El lago no puede servir ya para el riego, porque se halla elevado el suelo de Fayoum como el de todo el Egipto (1).» Este es el aspecto que presenta hoy el país de que hablaba Estrabon y decía: «Esta prefectura excede á todas las otras por su vida, fertilidad y cultura; es la única que produce la vid, la rosa, la oliva, etc. (2).»

(1) *Description de l'Égypte* (sur le lac Mœris). Véase la sabia disertación de M. Jomard.

(2) STRAB., *Geogr.*, lib. XVII, p. 809.

«No habrá ya en adelante príncipes del país del Egipto,» dice el profeta. En efecto, comenzó el cumplimiento de la profecía cuando murió Nectanebo, último rey de la raza egipcia, acontecimiento sucedido tres siglos y medio antes de nuestra era, y desde una época de mas de dos mil años se perpetúa en presencia de la historia.

«No es posible imaginar, dice Gibbon, una constitución más absurda, y más injusta, no siendo la que condena y reduce á los naturales de un país á una esclavitud eterna, bajo la dominación arbitraria de los extranjeros y esclavos; los sultanes más ilustres de las dinastías Baharita y Borguita fueron extraídos de las hordas de tártaros y circasianos, y los veinte y cuatro beys, ó jefes militares, han tenido por sucesores, no á sus hijos, sino á sus criados. (1)»

El impío Volney dice: «Este es el estado del Egipto. Arrebatado hace ya veinte y tres siglos á sus propietarios naturales, ha visto establecerse sucesivamente en su seno persas, macedonios, romanos, griegos, árabes, georgianos, en fin esa raza de tártaros, conocidos con el nombre de turcos otomanos.» (2)

Desde entonces han humillado al Egipto dos dominadores más; fué uno de ellos un general francés, cuya gloria se deja ver donde quiera que van los hombres. Mora su memoria en lo alto de las pirámides, los caballeros del Nilo

(1) GIBBON'S *Hist. of the decline and fall of the Roman Empire*, tom. I.

(2) *Voyage en Syrie et en Égypte*, tom. I, cap. VI.

releen sus maravillas en las noches estrelladas, y sus caballos corredores relinchan cuando le oyen nombrar (1). Es el otro, Mehemet-Alí, fiero sátrapa por cuyas venas circulaba sangre asiática, y cuya alma llena de un ardor europeo, que debilitó su pecho á fuerza de soplar, con el intento de encender el hacha de la civilización egipcia, para siempre apagada. Ha muerto tambien!

III

PROFECÍA SOBRE LA FILISTEA

El profeta Amos, arrebatado de repente por el espíritu del Señor, exclama:

«En vista de los crímenes de Gaza, tres y cuatro veces reiterados, no mudaré mi decreto contra sus habitantes; en viaré fuego sobre los muros de Gaza que devore sus edificios; exterminaré al habitante de Asdod y al príncipe de Ascalon, y despues cargaré mi brazo sobre Hekron, y los restos de los filisteos parecerán, dice el Señor (2)»

Jeremías tambien levanta la voz.

(1) El baron Taylor ha observado este mismo hecho en Egipto. Los beduinos han habituado sus yeguas á relinchar al nombre de *Bounaberdí*, el sultan del fuego.

(2) AMOS I. 6. 8.

«Va el Eterno á destruir á los filisteos; Gaza se rebela, Ascalon y el resto del valle guardan profundo silencio.

— «¡O espada del Señor! ¿no descansarás tú jamás? Entra en la vaina, refréscate y calla!

— «¿Cómo descansará, si el Señor le manda embestir á Ascalon, y á todo el país de la costa del mar, y cuando le ha ordenado lo que debe hacer (1)? »

Ezequiel añade tambien estas advertencias.

«Hé aquí lo que dice el Señor Dios: Extenderé mi mano sobre los filisteos, y destruiré lo que resta de sus puertos de mar (2) »

¿En qué vinieron á parar estas ciudades tan envanecidas con su poder?

Pregúntese á los viajeros.

Los escombros, los fragmentos de mármol que hallaron junto á Gaza, pueden dar una idea del antiguo lujo de sus edificios; pero esta ciudad, en otro tiempo capital de la Palestina, y que sostuvo un sitio de dos meses, no es ya más que una miserable aldea, siempre á la merced del primero que llega.

Se trocaron sus palacios en establos!

Puédese creer á Volney sin sospechar tenga ideas demasiado religiosas.

«Hay de trecho en trecho, en la llanura que se halla entre Rambé y Gaza, algunas aldeas de tierra, mal construidas, y que todas tienen la marca de pobreza y miseria que tambien llevan consigo sus habitantes.

(1) JEREM., cap. XLVII, v. 5, 6, 7.

(2) EZECH., cap. XXV, v. 16

Las casas miradas de cerca son chozas, aisladas las unas, y enfiladas las otras, á modo de celdas, y cercadas de unas paredes de tierra que forman un patio ó corral. En el invierno habitan en una pieza los hombres y las bestias.

Desde Yabné se hallan sucesivamente varias ruinas, y es la más considerable la de Ezdoud, Asdod, ahora célebre por los escorpiones que cria....

A tres leguas de Ezdoud, existe una aldea llamada Elmagdal; á la derecha está Ascualan, Ascalon, cuyas ruinas desiertas se alejan día por día del mar, que antiguamente las bañaba.

Toda esta costa se llena diariamente de arena, en términos que la mayor parte de los parajes antes puertos de mar, se hallan ahora retirados cuatrocientos á quinientos pasos en tierra. Gaza es un ejemplo que se puede citar.» (1)

¿No se deja ver allí el dedo de Dios? ¿No hay allí señales visibles de la espada del Señor? ¿No parece oirse la súplica del profeta y la voz misteriosa que recuerda el decreto fatal?—«¡ O espada del Señor! ¿no descansarás tú jamás?—¡ Entra en la vaina, refréscate y calla!—¿ Cómo descansará, si el Señor le manda embestir á Ascalon y á todo el país de la costa del mar, y cuando le ha ordenado lo que debe hacer? »

(1) VOLNEY, *Voyage en Syrie et en Égypte*, tom. II., 198, 199.

VI

PALABRAS CONTRA MOAB

« La muralla de Moab dió por tierra durante la noche; no se habla más de ella.

« Hesebon y Elealé darán grandes gritos, y sus voces se oirán hasta Josa.

« Oiránse los gritos de Moab hasta sus confines. Llegarán sus quejas hasta Galim, y sus alaridos resonarán aun en los pozos de Elim.

« Las aguas de Dibon se llenarán de sangre, porque aumentará el dolor en Dibon. Si hay algunos en Moab que piensen salvarse huyendo, yo enviaré un leon, Nabucodonosor, contra ellos y el resto de la tierra.

« Y entónces las hijas de Moab estarán en el paso de Arnon como pájaro espantado, y como los pajarillos que se vuelan del nido.

« Hemos visto la soberbia de Moab, es demasiado soberbio: su altivez, insolencia y furor son mayor que su poder.

« Por lo tanto Moab chocará contra Moab; su gemido será unánime. Anunciadles á esos que se ensoberbecen con sus murallas de ladrillo, las llagas de que se verán cubiertos.

« Porque el campo de Hesebon está desierto, los

principes de las naciones han arruinado la viña, la provincia, de Sabama. Sus ramas llegaron hasta Jazer; han recorrido el desierto; lo que restaba de su retoño pasó más allá del mar. Mezclaré sus llantos con los lamentos de Jazer por la viña de Sabama. Hesebón y Elealé, yo os rociaré con vuestras lágrimas, porque desde el medio de vuestras viñas y de vuestras mieses se levantó la voz del enemigo que las destruye.

« Por esto desaparecerán el gozo y alegría de las más fértiles campiñas, los cantares de regocijo y fiesta no resonarán ya entre los pámpanos; no se estrujarán más los racimos en la prensa. Haré que enmudezcan las voces de los vendimiadores.

« Aroer está del todo abandonado; harán en él los animales sus cavernas sin que nadie se lo impida.

« Caerán, ¡ó Moab, tus murallas soberbias! el Señor las demolerá, y él las hará polvos.

« Estas son las palabras que mucho tiempo ha dirigió el Señor á Moab, por boca de Amos.

« Más he aquí lo que dice el Señor: En tres años que se contarán como los días de un jornalero, se destruirá la gloria de Moab, así como su numerosa población; le quedarán muy pocos hombres, y este resto será muy débil. » (1)

Pasemos la vista por el relato de los que han explorado este país.

El país de Moab, situado al este del Jordan y del lago Asfáltite, presenta el aspecto más triste.

(1) ISAIAS, cap. xv, xvi.

El suelo está muchas veces descubierto, casi siempre árido. Únicamente algunos matorrales de higueras espinosas ofrecen alguna sombra. La tierra árida, pero fuerte y vigorosa, justifica todavía lo que decía el profeta en cuanto á la feracidad de Hesebon.

Los capitanes Irby y Mangles dicen que un grano de trigo de Hesebon pesa más que dos de Europa, que la espiga contiene más del doble de granos.

¡Y por un destino singular esta tierra tan fértil fallece despreciada, se halla sin cultura!

Es notoria la riqueza antigua de tal país, según lo manifiestan las ruinas esparcidas. En ninguna parte se hallan vestigios de tantas moradas.

Un solo viajero, Burckardt ha contado hasta cincuenta sitios de ciudades destruidas. Seetzen y los más sábios geógrafos están de acuerdo sobre el cálculo aproximado que se forma de su población.

La degradación violenta ó casual de estas ciudades toma en razón de su multitud un carácter especial, y Volney, por esto mismo, confirió á esta región el título de *ciudades arruinadas*.

No debemos olvidar sobre todo que conservando estas ciudades sus antiguos nombres, permanecen como pruebas evidentes de la verdad de las profecías hechas sobre cada una de ellas.

Los vestigios de Medaba cubren un circuito de casi dos millas.

Se conservan en Hesban Hesebon fragmentos de los templos, columnas mutiladas, los abrevaderos, y las piedras de muchos pozos, abiertos en la roca.

Rabba, en otro tiempo residencia de los reyes

de Moab, oculta bajo sus escombros una área cuya extensión indica lo que fué su pasada gloria. « ¡Las ruinas de Elealé, de Hesebon, Metron, Medaba, Dibon y Aroer, dice Burckardt, están allí aún, para hacer resaltar la verdad de la historia de los hijos de Israel! »

Algunas familias árabes habitan las alturas inmediatas; temerosas de las hordas enemigas, se han huido y viven en lo alto de las rocas, según aquellas palabras del Señor: « Y entonces las hijas de Moab estarán en el paso de Arnon como pájaro espantado, y como los pajarillos que se vuelan del nido. »

Son poco numerosas y miserables, porque se dijo: « Se destruirá la gloria de Moab, así como su numerosa población; le quedarán muy pocos hombres, y este resto será muy débil. »

V

PROFECÍA SOBRE IDUMEA

« Toda empapada en sangre, está mi espada en lo alto del cielo. Descenderá sobre Idumea y el pueblo que ha de trasformarse en monumento de mi justicia.

« Subsistirá su desolación de raza en raza, y nadie pasará por ella en la serie de los venideros siglos.

Abandonarla han al pelicano y al erizo; será la morada de los cuervos y mochuelos. Extenderá Dios el cordel sobre ella para destruirla; sus ruinas quedarán niveladas.

« Jamás habrá en Idumea príncipes, nunca se restablecerá un reino; todos sus jefes acabarán.

« Los espiños y ortigas crecerán en sus palacios hasta cubrirlos, crecerán en sus ciudadelas los zarzales; se verán allí rastrear serpientes, oírse cantar á la zumaya.

« Los buitres y las hienas se reclamarán unos á otros; se retirarán allí, y descansarán en paz las aves nocturnas.

« Allí hará su cueva el erizo y alimentará sus hijos; crecerán á la sombra de su caverna; los milanos se reunirán á bandadas (1)

¡ Infeliz región! Jeremías se levanta estremecido.

« A la Idumea. Esto es lo que dice el Señor de los ejércitos: Huid; salvaos del furor de vuestros enemigos, decended á las grutas más profundas de la tierra, moradores de Dedan, porque yo hice viniera sobre Esaú el día de su destrucción, el tiempo de su juicio...

« Porque juré por mi mismo, dice el Señor, que Bosra quedará desierta, y vendrá á ser el blanco de los insultos y maldiciones de los hombres, y que se verán reducidas todas sus ciudades á soledad eterna...

« Vuestra insolencia y soberbia os ha seducido,

(1) ISAIAS, cap. XXXIV, v. 5.-15

á vosotros los que habitais en los huecos de las peñas, y que procurais subir á las cimas de las montañas: aunque levantarais vuestro nido más alto que el de las águilas, no por eso dejaré yo de tiraros abajo.

« Y quedará desierta la Idumea, y el que atravesase sus tierras se llenará de admiración, y silbará viendo el estado de sus llagas.

« Será destruida como lo han sido Sodoma y Górra con las ciudades vecinas, dice el Señor; y no habrá nadie que se quede en ella; ni hombres para morarla. » (1)

La floreciente Idumea está sin remedio condenada; llegó su hora fatal; el último de los profetas suscitados en Israel, Malaquías, vuelve también la mano contra Edon.

« Yo reduje á una soledad las montañas de Esaú, y yo abandoné su herencia á las serpientes del desierto. En el caso de que diga Edom: Hemos nosotros sido destruidos, pero á nuestra vuelta nosotros volveremos á edificar lo destruido; hé aquí lo que dice el Señor de los ejércitos: Ellos edificarán y yo demoleré, y se llamará su país, tierra de impiedad (2). »

Nunca tal vez se vió tan cumplida una profecía, como claramente lo demuestra este país singular. Se ha verificado cada circunstancia de por sí en

(1) JEREM., cap. XLIX, v. 7, 8, 13, 16, 17, 18.

(2) MALACH., 1, 3, 4.

el acontecimiento, se confirmó por la historia, y la certificaron los mismos incrédulos.

La corta porción de idumeos que habían escapado de la matanza que hizo Nabucodonosor, se extendió insensiblemente por el mediodía de la Judea; de modo que los judíos, á la vuelta de su cautiverio, los hallaron hechos dueños de casi toda la región meridional de Judá, desde el Hebron hácia la Arabia.

Escitó su prosperidad floreciente la envidia de los israelitas, que se acordaron de las amenazas hechas á ésta nación.

Entonces fué cuando respondió el Señor por boca de Malaquías: « Yo reduje á soledad las montañas de Esaú, y yo abandoné su herencia á las serpientes del desierto. »

Aunque les preservó la vida Antíoco Epifanes, cuando maltrató á los judíos, nunca, en efecto, pudieron llegar á ser libres ni proclamar un rey de su nación.

Siempre se vieron dominados por los reyes de Egipto y Siria; en fin, para que mejor se cumplieran las antiguas profecias, cayeron bajo la dominación judía.

Judas Macabeo los atacó y batió en mas de un encuentro. Juan Hircano acabó de subyugarlos, forzándolos á circuncidarse despues de haberlos obligado á someterse, y quedaron bajo su dependencia nada menos que hasta la ruina y la dispersión judía. Josefo refiere que corrieron á las armas en el último sitio de Jerusalem para defender esta

ciudad, considerada por ellos como la metrópoli de toda la descendencia de Abrahan (1).

Oigamos por ahora lo que dice Volney, viajero de quien ya hemos hablado.

«Ningún viajero, dice, visitó este país, aunque merece serlo. Según lo que oí decir á los árabes de Bahir y á las gentes de Gaza, hay al sudeste del lago Asfáltite, en un espacio como de tres jornadas, mas de TREINTA CIUDADES arruinadas, absolutamente desiertas, y de las que los árabes se sirven para encerrar sus ganados, aunque muchas veces se guardan de hacerlo por los enormes escorpiones de que abundan estos parajes.»

La venganza del Señor ha marcado este país con un castigo eterno. Reinan allí la despoblación, la ruina, el peligro y el espanto. El demonio meridiano se burla sobre ruinas ignoradas, se complace al ver los escombros á trechos teñidos de sangre del extranjero, del peregrino, y donde los feroces hijos de Esaú entierran su botín, se dividen los despojos.

Desgraciado del que se meta en la región maldita; el suelo que pisa le hace traición; la pisada del camello estampada en la arena hace venir por el rastro leopardos con rostro humano. Ningún rescate puede ofrecerse por él, ni misericordia que implorar, porque se halla en una tierra que «se llamará tierra de impiedad.»

Por esto mismo los de á pié y á caballo, los pobres

(1) JOSEPH., *Antiquit.*, lib. XIII, cap. 17.—*De Bell. Jud.*, cap. VI, p. 877.

y ricos se apartan de sus términos como de los bordes de un volcan.—Por esto sin duda decía el profeta: «Los arroyos de Edom se convierten en lava, el polvo en azufre, y la tierra en betun ardiente.»—Por esto, según observa Volney, «ningún viajero visitó este país, aunque merece serlo.»

Alí Agá y los guerreros belemitas que escoltaban á M. de Chateaubriand en su viaje al mar Muerto rehusaron acompañarle hácia la parte limitrofe con los términos de Arabia Idumea; se incomodaban por lo que se retardaba, le daban prisa para partir, temiendo sin cesar ser vistos y atacados. Las tentativas para penetrar en estas soledades siempre fueron desgraciadas ó inútiles.

Los capitanes Irby y Mangles, aunque protegidos por un jefe de tribu de las más temibles, y acompañados de una comitiva numerosa, luego que con mucha dificultad llegaron á Petra, se vieron obligados á desandar lo andado.

Los más animosos exploradores pagaron su noble curiosidad con la vida. Burckhardt, tan intrépido como instruido, emprendió visitar la Idumea, disfrazado de árabe; los foragidos del desierto se precipitaron sobre él, y habiéndole tratado del modo más bárbaro, se lo robaron todo, le dejaron en cueros, quitándole hasta los trapos que tenía en los piés por que se le habían lastimado.

Si; «su país se llamará tierra de impiedad.»

Todos y cada uno de los sucesos se han verificado al pié de la letra. M. Leon de la Borde reconoció en su viaje, los restos de estos edificios, construidos en

los flancos ó en la cima de las montañas, cortados en las rocas, y que inspiraban un orgullo tan grande á los príncipes de Edom.

Son pisos de mármol ó de granito sobrepuestos con intrepidez en filas de columnas; su apariencia gigantesca pasma por su carácter de audacia y fiereza; las magníficas ruinas de Palmira, los pilonos y propileos del Egipto, á pesar de su fama, nada son en comparación del golpe de vista que presentan estos sitios. Entonces es cuando se sabe el origen que tiene la energía del estilo profético al pintar esta imagen. Ella proviene de la realidad.

Estos magníficos vestigios presentan todavía el aire arrogante de los hombres que se creían más que hombres, porque habitaban palacios inexpugnables, y dominaban los valles: se pensaban demasiado elevados para que pudiese alcanzarles la mano del Señor.

Su mudo testimonio explica estas amenazas: «Vuestra insolencia y soberbia os han seducido, á vosotros los que habitáis en los huecos de las peñas, y que procuráis subir á las cimas de las montañas; aunque levantarais vuestro nido más alto que el de las águilas, no por eso dejaré yo de tiraros abajo, dice el Señor.»

Con efecto el fuerte donde la soberbia raza de Esaú se había establecido en lo escarpado de las montañas, está ya vacío, desierto y desolado; sus habitantes fueron arrancados de tales parajes; allí moran el quebrantahuesos y el buitre, sin que nadie venga para incomodarlos.

Los nómadas de aquel país, además de sus instrumentos de muerte y asesinato, llevan uno singular, que ha venido á formar en algún modo entre ellos parte de su traje; y son unas espinzas para sacar las espinas de las yerbas pinosas tan comunes en aquellos parajes: «Crecerán en sus edificios espinas y ortigas; los cardos brotarán en sus fortalezas. (1)

Júntase al inconveniente de las plantas espinosas el peligro de las sabandijas ponzoñosas. El doctor Shaw dice que hay allí una prodigiosa cantidad de víboras. «Ella será la guarida de las serpientes y el pasto de los avestruces. (2)

Rugieron los leones y sus cachorros por la Idu-mea; reuniéronse con los demás animales. «La misma voluntad del Señor es la que los ha reunido (3).» El emperador Decio hizo traer del Africa, á las fronteras de «la tierra de impiedad,» con el intento de inquietar á los sarracenos, bestias feroces para que se multiplicasen é infestasen el país.

De este modo vino á servirse el Altísimo de la mano del hombre para ejecutar el castigo pronunciado contra el hombre.

Esto es admirable; pero, si á pesar de pruebas tan incontestables como las ya dadas, todavía se atreviese á dudar del carácter divino de esta predicción una obstinación incrédula, óigase la sobrehumana advertencia que hace al acabar el profeta, y que

(1) ISAIAS, cap. XXXIV, v. 13.

(2) Id., *ibid.*

(3) Id., cap. XXXIV, v. 16.

dirige á los siglos, y cuidese de meditarla como se debe.—«; Registrad con cuidado en el libro del Señor y leed! Vosotros veréis que nada de lo que yo he anunciado faltará; ninguna de mis palabras será vana, porque cuanto ha salido de mis labios, fué él quien me lo inspiró (1)!»

VI

PALABRAS CONTRA TIRO

Dejemos que hable el autor de *las Ruinas* :

«Bastante conocido es el poder de Tiro en el Mediterráneo y en el Occidente; son sus pruebas Cartago, Utica, Cádiz, monumentos célebres. Sábese que esta ciudad extendía su navegación hasta el océano, y la llevaba por el norte más allá de Inglaterra, y al sur más allá de las Canarias.

Sus relaciones en Oriente, aunque menos conocidas, no eran menos considerables; las islas de Tiro y Arado (hoy Bahrrin) en el golfo Pérsico, las ciudades de Faran y *Phœnicum oppidum* sobre el mar Bermejo, arruinadas ya en tiempo de los griegos, prueban que los tirios frecuentaban largo tiempo había los parajes de la Arabia y del mar de la

(1) ISAIAS, cap. XXXIV, v. 16.

India; pero existe un fragmento histórico que contiene sobre esto fragmentos tanto mas preciosos, cuanto que presentan, en los siglos remotos, un cuadro de movimientos análogos á lo que pasa en nuestros dias (1).

« He aquí el *fragmento histórico*; la profesía.

« La palabra del Señor se me ha revelado :

« Hijo del hombre, llora amargamente por la ruina de Tiro.

« Y dirás á Tiro, que habita á la orilla de los mares, y cuyas armadas llegan á las islas lejanas : Tiro, el Señor habló; tú dices en tu corazón: Yo brillo por mi belleza, y si extiende mi imperio más allá de los mares. Los que levantaron tus muros tuvieron gusto en hacerte bella. Tus navios están contruidos con el abeto de Sanir, los cedros del Libano formaron tus mástiles, los álamos de Basan tus remos; tus marineros descansan en el boj de Cipra, adornado de marfil; el lino del Egipto es el tejido de tus velas y pabellones, tus vestidos están teñidos con el jacinto y la púrpura del Helesponto.

Aruad y Sidon te proveen de remeros; tus sábios, ¡ó Tiro! han venido á ser tus pilotos; Djabal te dió su ingenieros; todos los marineros y navios del mar están empleados en tu comercio; ves en tus ejércitos al persa; al lidio y al egipcio; colgaron de tus muros sus corazas y escudos, ornamento magnífico. Los hijos de Aruad coro-

(1) VOLNEY, *Voyage en Syrie et en Égypte*, t. II, p. 105 y 106.

nan tus muros, djemedeos guardan las torres donde brillan sus carcajes. Todos los países de la tierra se apresuran á realzar el resplandor que te rodea.

Tarsis llena tus mercados de plata, hierro, estaño y plomo; la Jonia, Tubal y Mosoch, te traen esclavos y vasos de metal; la Armenia te envía mulas, caballos y caballeros; la Arabia de Dedan transporta tus mercancías; islas numerosas cambian contigo el marfil y el ébano; el arameo recibe las obras de tus manos, y te da en cambio rubíes, púrpura, tapicería, lino, coral, y el jaspe.

Judá é Israel te traen trigo, bálsamo, mirra, miel, resina, aceite, y Damasco, el vino de Nelbaun y los blanquísimos vellones; Dan, Jaban y Meuzal te venden el hierro pulido, la canela la caña aromática, y Dedan los ricos tapices; los habitantes del desierto y los príncipes de Cedar te ofrecen sus corderos y sus cabritos por tus mercancías; los arabes del Yemen te enriquecen con sus aromas, con sus piedras preciosas y su oro; los habitantes de Haran, de Kalané y Adana, que trafican para el árabe de Cheba, exponen en tus plazas las capas, los velos, los metales preciosos, la plata, los mástiles, los cables y los cedros; los navios de Tarsis sirven á tus correrías de mar.

¡O Tiro, por tanta gloria y riquezas altanera! tus navegantes han tocado todas las orillas: hé aquí que las olas del mar van á levantarse contra ti; un viento impetuoso te precipitará en medio del abismo. Tus riquezas, tu comercio, tus ne-

gociantes, tus marineros, tus pilotos, tus hombres de guerra, y esas poblaciones inmensas que llenan tus asambleas, todos caerán contigo el día de tu ruina.

Cubrirse han de asombro tus marineros al rumor de tus exclamaciones; descenderán de los navios todos los que tienen el remo; se sentarán, los ojos fijos en tierra, todos esos altivos conquistadores de los mares; gemirán al verte, se lamentarán en su dolor, cubrirán de ceniza sus cabezas, y se revolcarán en el polvo; se cortarán el cabello, y se pondrán de luto; llenos de amargura por tanta pesadumbre, rasados los ojos de agua, despedirán ayes doloridos por tí: ¿Quién, dirán, se vió jamás como Tiro, que se ha vuelto muda en medio de las aguas?

Salian de sus puertos sus navios para llevar el sustento á todas las naciones; había enriquecido su comercio á todos los reyes de la tierra; y ahora ya Tiro, sus riquezas, su inmensa población, todo se precipitó al fondo del mar; las islas se llenaron de pavor y espanto, y los reyes sintieron erizarse sus cabellos; los navegantes extranjeros insultaron á Tiro en sus ruinas, diciendo: Tú difundías antes el terror por do quiera; pero ese tiempo ya pasó, acabaste de dar miedo.»

Las revoluciones de la suerte, dice Volney, ó más bien la barbarie de los griegos del Bajo-imperio, así como de los musulmanes, han cumplido este ORÁCULO. En lugar de aquella circulación antigua tan activa y vasta, Súr, Tiro transformado en una miserable

aldea, tiene por junto en todo su comercio la exportación de algunos sacos de granos, algodón ó lana, y por total de negociantes un factor griego al servicio de los franceses de Saida, que apenas gana para mantener su familia. » (1) Volney, á vista de tan palpables hechos, suelta la prenda diciendo que se ha cumplido el ORÁCULO; más el incrédulo que no quiere admitir en Dios el derecho de intervenir en los negocios humanos, obligado á declarar el cumplimiento de la profecía, no quiere con todo atribuir su causa sino á las revoluciones de la *suerte*. ¡ La suerte! ¿ Qué es, ó cómo debe llamarse esa desconocida autortad, ese inflexible poder eterno que se somete á la palabra de un hombre? ¿ No estaría escondido aquí, bajo el nombre *suerte*, el de Providencia?

Temiendo el filósofo verse tan apróximado á lo que no quiere admitir, añade al momento inmediato, después de haber dicho *suerte*, « ó más bien la barbarie de los griegos del Bajo-Imperio, así como de los musulmanes, han cumplido este ORÁCULO. »

¡Bellísima invención por cierto!

La divina voluntad que es la suprema, no hace papel ninguno en este caso; todo ha sucedido por sí mismo y de buena voluntad. ¡ Los griegos y los musulmanes han acordado como amigos dar cumplimiento al ORÁCULO! Nosotros lo reconocemos también.

Sí; han cumplido el ORÁCULO, como el cincel cumple la intención del escultor, como la pluma sirve al pen-

(1) *Voyage en Syrie et en Égypte*, t. II, p. 109.

samiento del que la mueve. ¿ Quién osaría decir que la Magdalena de Cánova y el Espartaco de Foyatier son el producto de un trozo de hierro cilíndrico llamado cincel, y de otro que se llama mazo? ¿ Quién sería capaz de sostener que las angélicas armonías de Lamartine son obra de una pluma mojada en un licor negro?

Como estas y otras tales son sin embargo las inducciones de la filosofía materialista.

Este desgraciado sistema propende constantemente á tomar los medios por el fin, las causas por los efectos, en suposición de que no admite principio alguno superior.

Volvamos á la profecía.

« Pasé, dice M. de Chateaubriand, parte de la noche en contemplar este mar de Tiro, llamado por la Escritura Mar grande, por donde navegaron las flotas del rey profeta, cuando iban á buscar cedros del Líbano y la púrpura de Sidon; este mar, donde Leviatan deja rastros como de abismos; este mar á quien el Señor puso barreras y compuertas; este mar espantado que huyó al ver á Dios, no era ni el océano salvaje del Canadá, ni las olas risueñas de la Grecia.

Hácia el mediodía se alargaba el Egipto, donde había entrado el Señor en la nube leve, para secar los canales del Nilo, y derribar los ídolos; hácia el norte se veía elevarse aquella reina de las ciudades, cuyos comerciantes eran príncipes.

Chocad, navíos del mar, porque se destruyó vuestra fuerza. . . Abatióse la ciudad de las vanidades. Las casas todas están cerradas, y nadie trata ya de

entrar en ellas. . . . El resto de los hombres será como las aceitunas y racimos de rebusca. . . . Ni aún era esto todo, porque el mar que yo contemplaba corría por mi derecha junto á las montañas de Galilea, y por la izquierda, sobre las llanuras de Ascalón. En aquellas hallaba las tradiciones patriarcales, y las del nacimiento del Salvador; en las segundas, los recuerdos de las cruzadas, y las sombras de los héroes que se dejaron ver en Jerusalem.

La población toda de Tour se compone de cincuenta ó sesenta familias pobres, que pasan una vida oscura, sembrando algún grano y pescando.

No son ya las casas que ocupan, como las del tiempo de Estrabón, edificios de tres ó cuatro pisos, sino chozas que amenazan ruina (1). »

Considerando dos literatos franceses, en otro tiempo, la playa desierta, y los escombros de la reina de los mares, se les ocurrieron los recuerdos de la magnificencia de Tiro.

Figurábaseles oír todavía las amenazas de Ezequiel: «Ellos destruirán los muros de Tiro, demolerán sus torres; yo los haré polvos y la dejaré como una piedra luciente y pelada. »

«Quedaré en medio del mar trasformada en un sitio para secar las redes. » A este mismo tiempo los pescadores extendían sus redes mojadas en la piedra luciente y pelada, y entonces comprendieron los dos viajeros el cumplimiento de la visión profética. Manifestóse á sus propios ojos toda la predicción con todo el fondo de su amargura sublime.

(1) *État politique de la Syrie*, t. II, p. 98.

VII

SOBRE BABILONIA

¡Narraciones increíbles, si no fuesen divinas!
He aquí la tragedia de Babilonia.

El profeta.—«Veo salir del desierto ejércitos que avanzan contra Babilonia, parecidos á los remolinos que arroja el viento africano. Se me ha presentado una visión espantosa. El impío se mantiene impío y obra como tal, el que destruía no cesa de destruir. Persa, sube, sube, pues, contra Babilonia; Medo, comienza el asalto: yo he resuelto contener los ayes de los oprimidos. »

Baltasar.—«Mis entrañas están penetradas de dolor, siento devorarme interiormente como mujer en el apuro del parto; me llena de temor lo que oigo, y lo que veo me asusta.—Cae mi corazón desfallecido; mi alma se cubre de asombro y de tinieblas. Esta Babilonia, que era mis delicias, es ya para mí un espanto. »

Los cortesanos.—«Cubrid la mesa, ¡ó rey! continuad en hacer que sirvan el banquete; observad desde la garita lo que pasa en el campo enemigo, para poder entregarnos sin temor á los placeres, »

El profeta.—«Príncipes, levantaos, tomad el bro-

quel; poneos en defensa, y no penseis en los delitos: porque me dijo el Señor: Vé, pon un centinela que te anuncie todo lo que vea.

« Y el centinela vió un carro guiado por dos caballeros, el uno montado en un asno, y el otro en un caballo, y los observó con grande atención, y (habiendo reconocido que los dos hombres eran Darío y Ciro conduciendo los ejércitos contra Babilonia) exclamó como un león: Yo hago centinela en servicio del Señor, y me quedo allí todo el día, hago la guardia y paso allí las noches enteras.

« Habiéndose acercado los dos hombres que guiaban el carro, oí lo que decía una voz: Cayó Babilonia, y todas las imágenes de sus dioses se hicieron pedazos contra el suelo.» (1)

Acabada la misión de Isaías, principia la de Jeremías. Él desenvolverá la idea de la ruina, manifestará por qué medios debe cumplirse. Estos detalles, con respecto á la historia, son del más alto interés.

« Veo un pueblo que viene del aquilón; una nación temible y reyes grandes se levantan de las extremidades de la tierra.

« Ellos toman el arco y el escudo; son crueles y de nada se compadecen; el estrépido de sus tropas resuena como el del mar; y suben en sus caballos y vienen contra tí, hija de Babilonia, como un guerrero pronto para entrar en el combate.

(1) ISAIAS, cap. XXI, v. 1, 2, 3, 9.

« El rey de Babilonia tuvo noticias de la fama de tales reyes, y desfallecieron sus manos, y el miedo conturbó su alma.

« El enemigo viene como el león que sale de las soberbias riberas del Jordan y que dirige el paso hácia redil fortificado. Yo le soltaré de pronto contra Babilonia.

« Aguzad las flechas, llenad el carcaj; el Señor ha suscitado (contra vosotros, ó Babilonia,) el valor del rey de los medos; él ha resuelto perder á Babilonia, porque llegó el tiempo de la venganza divina.....

« Tú, pués, que moras sobre las grandes aguas (del Eufrates), tú que estás tan repleta de tesoros; llegó tú fin, ya estás en tu destrucción total.

« ¡O Babilonia, tú eres el martillo con que romperé las armas de mis enemigos; valiéndome de tí, destrozaré las naciones; sirviéndome de tí, destruiré los reinos... Acabaré por tu medio con el pastor y el ganado, el labrador y los bueyes, los jefes y los magistrados.

« Y después de todo esto daré yo en retorno á Babilonia y á todos los habitantes de la Caldea todo el mal que hicieron ellos en Sión á vista de los hombres, dice el Señor.

« Levantad el estandarte sobre la tierra, tocad la trompeta, excitad contra ella las naciones de entre los pueblos, llamad á los reyes de Ararat, de Menni, de Ascenez: reunid contra ella Taspar, traed sus cabellos erizados de puntas como las orugas.

« Los valientes de Babilonia se han retirado del

combate; se quedaron en las plazas de guerra; aniquilóse toda su fuerza; parece que se han vuelto mujeres; se quemaron sus casas; rompiéronse todas las barreras.

« Los correos irán unos tras otros, y los mensajeros tras los mensajeros para dar parte al rey de Babilonia haber sido tomada su ciudad de alto á bajo.

« Qué se apoderó el enemigo de los vados del rio, que prendió fuego á los cañaverales de las lagunas secas, y que se acobardaron y llenaron de terror los guerreros que debían defenderse. . . . Óyense grandes gritos en Babilonia, y en el país de los caldeos resuena un estrépito ruinoso. . . .

« Esto es lo que dice el Señor de los ejércitos: estos gruesos baluartes de Babilonia serán derribados por los cimientos y vendrán á tierra; sus puertas tan altas serán quemadas, y quedarán reducidos á la nada los trabajos de tantos pueblos y naciones diferentes, consumidos por las llamas, y perecerán eternamente. » (1)

Recordemos aquí las palabras de Isaías sobre la muerte de Baltasar el soberbio.

« Todos los reyes de la tierra fueron sepultados con honor, cada uno en su sepulcro: en cuanto á tí, tú fuiste arrojado muy lejos de tu sepulcro, cual inútil tronco; y estando cubierto con tu sangre propia, quedaste confundido entre los de la multitud, que fueron pasados á cuchillo, y que fueron á toda prisa sepultados como el cadáver corrompido. . . . » (2)

(1) JEREMIAS, cap. I, v. 41; y cap. LI, v. 11-58.
(2) JEREMIAS, cap. LI, v. 58.

« Destruida será como Sodoma y Gomorra esta soberbia Babilonia, que se decía la gloria de los reinos, el orgullo de los caldeos.

« No se verá jamás habitada ni reedificada en el porvenir de los siglos y las generaciones. No se atreverá el árabe á plantar en ella su tienda, y los pastores no se atreverán á dejar que reposen allí sus ganados.

« Será la guarida de bestias feroces, llenaránse sus palacios de serpientes; pájaros de mal agüero causarán espanto con sus gritos; saltarán los machos cabrios; las sirenas se instalarán en este palacio de delicias » (1)

¿Qué puede decirse después de haber leído estas admirables predicciones, y de haber verificado con la historia, la geografía y los viajeros su perfecto cumplimiento?

¿Qué se debe pensar del profeta que á Ciro le llama por su nombre, más de dos siglos antes de su nacimiento; que designa también por sus nombres á los dos pueblos bajo quienes debe caer la reina de las metrópolis; que da las señas y circunstancias de su sitio, de su ocupación, pública la huida y cobardía de la guarnición, la irresolución y asombro del rey, su fin, el estado de su cuerpo desfigurado, la suerte de Babilonia, la demolición de sus baluartes, el destino de sus vestigios, y en fin que desaparecerán cubiertos por las aguas de las lagunas, como para sepultar bajo un fango

(1) ISAIAS, cap. XII, v. 22.

eterno la ciudad de las impurezas y abominación?

¿Cómo explicar naturalmente el destino de esta capital?

Porqué, según la profética expresión, la Providencia se sirvió de ella como de martillo para quebrantar la insolencia de los pueblos, y esta Providencia misma la destruye también después, dando con su castigo á los pueblos un ejemplo inaudito tal vez en los anales de los imperios? Esto es admirable.

¿No es una cosa singular que la ciudad más poderosa del universo, colocada como en medio de la cuna de la familia humana, después de haber oprimido ó asombrado al mundo entero con su fama, se haya borrado y desaparecido de sobre la faz de la tierra, de modo que apenas haya sido posible indicar el área donde fué situada? Consideremos también el papel tan extraño que hizo Nabucodonosor entre los hombres; cual su gloria, cuales sus hazañas, hasta donde llegaron sus conquistas, y cual el resultado de su ruido.

Fué el primero que fundó un grande imperio sobre los escombros de otros ciento: marchó así á la cabeza de los Ciro, los Alejandro y los Césares, de todos estos héroes elogiados por el orgullo de las naciones y el estragado gusto de los retóricos. Siempre fué victorioso; no tuvo más que abrir la boca, y los pueblos se postraron á sus piés.

Subyugó igualmente la sabiduría del Egipto, las riquezas del Asia, el fausto de los fenicios, la vida vagamunda de los nómadas africanos, la

feliz sencillez de los moradores de la Bética en España, y en fin, para que á su gloria y grandeza nada faltara, levantó una ciudad inmensa, donde se presentaba para excitar admiración. La vasta extensión de sus palacios y su magnificencia, la elevación y solidez de sus muros, las calles grandes tiradas á cordel, los puentes y soberbios muelles que dominaban el río; ciudad pasmosa, que por su fuerza, riquezas, y numerosos habitantes, parecía capaz de asegurar para siempre la duración del imperio babilonio.

Mas, con todo eso, antes de cinco lustros, ya no existirá este imperio; Babilonia será la presa de un pueblo despreciado por bárbaro, y que no presentando ya ni fausto ni riquezas, no inspirará el mas pequeño interes á las miras ambiciosas del conquistador (1).

(1) COURT DE GEBELIN, *Essai d'histoire orientale*.

VII

CUMPLIMIENTO PROGRESIVO

SOBRE LA PROFECIA DE BABILONIA

Cumplióse la profecía por grados. Teniendo á menos su conquista el vencedor Ciro, no quiso fijar en ella su trono imperial. Con el intento de abatir el orgullo de sus habitantes, afectaba no pasar en ella mas que una parte del año (1).

Los atractivos de Suza, de Persépolis, de Ecbatana encantaron y arrebataron enteramente á los herederos de su cetro, y abandonaron á Babilonia. Corrida por este desprecio, trató de rebelarse al principio del reinado de Darío, hijo de Histaspes pero sometida por el joven rey, fué dejada entre las manos de la tropa furiosa horriblemente saqueada, padeció un castigo aflictivo é infamante por la reducción de sus empinadas murallas. (2) Después de la conquista de los macedonios, haciendo edificar el príncipe Seleuco sobre el Tigris una ciudad á que llamó Seleucia, fueron todos los ciudadanos de Babilonia trasladados á la nueva

(1) *Cyroped.*, lib. VII, p. 193.

(2) *HERODOT.*, lib. III, p. 159.

ciudad en virtud de orden suya. No dejó en ella más que los muros, el templo de Belo, y por exención algunos caldeos, á quienes concedió el privilegio de morar cerca del monumento, como guardianes de aquellas soledades. (1)

—En tiempo de Plinio no habia nada en pie sino el famoso templo, rodeado de algunos despojos de los muros. (2)— Hacia el medio del segundo de la era cristiana, en tiempo de Pausanias, todavía se distinguia el recinto de las murallas.

—Cuando vivia san Jerónimo, los reyes de Persia se servian de este sitio como de parque para cazar bestias feroces.—En 1037, quedaron estas ruinas enteramente demolidas; en el día de hoy nadie puede señalar el paraje donde las vieron sus habitantes, y se piensa están cubiertas por las aguas, que formaron charcos con las avenidas del rio.

¿No estaban estos acontecimientos fuera del humano alcance? La magnificencia de los palacios, cuyos jardines parecian suspensos en los aires, las riquezas, la fuerza de la población y de los baluartes: ¿no parecia que todo ello prometia la inmortalidad de Babilonia; tal como ella la esperaba? A pesar de todo y en medio del prestigio de esta grandeza: vieron Isaías y Jeremías la toma, la caída de aquella capital, y el profundo abatimiento que se le tenia reservado.

(3) *STRAB.*, lib. XV, p. 508

(2) *PLIN.*, lib. VI, p. 30.

« Ellos conocieron á sus vencedores, dice el venerable M. de Pampignan. No los designó al principio Jeremías si no por su situación hácia el norte; muy poco despues los nombra, y dice claramente como Isaías que los reyes medos armarán sus súbditos contra Babilonia, y sus aliados. Esta predicción es exacta. Los persas, inferiores en número á los medos, no eran más que auxiliares en el ejército; y Ciro, á quien Ciaxaro, su tio, habia entregado el mando, parecía obrar con dependencia de sus autoridades; y sin embargo no ignoró Isaías esta circunstancia de la unión de medos y persas, y apenas anuncia la triste nueva que lleva contra Babilonia, cuando ya exclama: «Marcha, principe de los alamitas (asi se llaman los persas), y tú, medo, comienza el sitio.»

El centinela que debía observarlo todo, descubre al momento en que fué tomada Babilonia, dos caballeros montados, el uno en un caballo y el otro en un asno. Por lo que se acaba de oír, es fácil de comprender en estos dos caballeros, montados de modo tan diferente, la nación de los medos, poderosa y magnífica, y la de los persas, pueblo de poco nombre hasta entónces, habituado á una vida lavoriosa y frugal.

Parece que habian asistido los profetas en espíritu al soberbio banquete de Baltasar que se dió en su palacio, la noche misma en que se verificó la toma de Babilonia.

Vió Jeremías á todos los grandes de la Caldea sumergidos en la embriaguez, y que no vuelven de

este letargo, sino para comenzar el sueño de la muerte; y, á fin de que no se tomen sus expresiones en el sentido metafórico de sorpresa y aturdimiento, Isaías deja escuchar las mismas palabras que se le dijeron á Baltasar en medio del festin para tranquilizarle.

Se turbó el regocijo á vista de una mano que se dejó ver á lo mejor de la fiesta, escribiendo en la pared de la sala del festin unas palabras que no habian podido leer ni explicar los mayos más instruidos. La interpretación de Daniel redobló el espanto; pero se tardó poco en desterrar estas lúgubres ideas.

Lisonjeóse el rey con los cortesanos de que, ó la profecía no pasaba de amenaza susceptible de suavizarse, ó de que su cumplimiento estaba muy distante.

Mandad, dijeron á Baltasar, que vuelvan á servir la cena, y que se ponga en lo alto una garita desde donde se vea todo lo que pasa: comamos y bebamos como antes. Se trata de agradarle, disipándole. Por lo tanto este rey tan impío, como le llamó Jenofonte, se precipitó por sí mismo al peligro, de que se le hubo advertido antes; pero su perdición estaba ya resuelta, y la ceguera que debía precederla también pronosticada.

« Supieron los profetas que no se tomaría Babilonia por asalto, ni rendida por capitulación, sino por sorpresa.

« Ellos aseguraron se secaría el rio que atravesaba á Babilonia (el Eufrates,) y que por esta parte sin agua entrarían los enemigos en la ciudad por las dos extremidades; que el rey encerrado en su palacio recibiría por los correos, que vendrian unos después de otros,

noticia de haberse perdido todo. Isaías y Jeremías hablan de esta sequedad del Eufrates; pero el segundo está más circunstanciado y terminante en cuanto á la profecía que cito: esto es decir palabra por palabra lo que la historia nos enseña acerca del modo como se tomó Babilonia.

Ciro, con el designio de volver el giro del Eufrates, había hecho abrir canales por la parte superior é inferior de la ciudad. Cuando llegó el tiempo de poner en ejecución su proyecto, instruido de que los babilonios celebraban una fiesta en que se abandonaban á todos los excesos de la intemperancia y el desorden, hizo entrar las aguas del Eufrates en los canales que les tenía preparados, y la madre del rio presentó á sus tropas un paso seguro y fácil. Quemaron las junqueras que les impiden el paso, y entran sin ser vistos en una ciudad que no les ofrece resistencia alguna.

Los mismos profetas pronosticaron además, según el testimonio de la historia, el horrible carnaje que hicieron los persas y medos en Babilonia. El mismo rey fué muerto en medio de sus oficiales y guardias, quedando confundido su cadáver entre todos los demás muertos.

« Profetizaron los profetas el estado de anonadamiento á que se reduciría Babilonia, anunciando sería destruida hasta los cimientos; que nunca sería restablecida, y que solo serviría de asilo á las aves nocturnas, bestias feroces y animales ponzoñosos. Todo se verificó punto por punto; y hasta los rastros de esta desdichada ciudad han desaparecido de tal

modo, que ni los más hábiles geógrafos saben determinar el terreno donde se halló situada. »

Brilla en esta predicción la presencia de un espíritu más que humano. La intuición del profeta, sin reconocer los límites legales del espacio y el tiempo, toma en lo contemporáneo absoluto los hechos mismos que anuncia; pero cuando deben realizarse, se desenvuelven según las leyes terrestres, por el orden natural de sucesión, y no se determina lo que deben durar los intervalos entre cada uno de los sucesos.

Así pues se toma la ciudad y quedan desmantelados los baluartes; y ya no estaban en disposición de servir, no siendo para guarida de bestias feroces.

Luego viene todo por tierra.

Las bestias feroces están ya reemplazadas por otros habitantes de nueva casta, reptiles, insectos venenosos.

Los viajes de Texeira y de Ranvolf nos enseñan había ya muchos siglos que nadie se atrevía á llegar á semejantes parajes por miedo de los peligrosos huéspedes. « No se atreverá el árabe á plantar en ella su tienda, y los pastores no se atreverán á dejar que reposen allí sus ganados. » (ISAÍAS, cap. XIII, v. 20.)

Desde tal tiempo desaparecieron las ruinas.

Después de haber hecho la Providencia ostentación de ellas, exponiéndolas á la contemplación del hombre, las quitó de la vista cubriéndolas con unas aguas cenagosas y sin nombre. ¡Terrible lección!

Aquella Babilonia que, sentada con arrogancia en las llanuras del Oriente, vana y orgullosa, viéndose

ceñida de baluartes, llevaba por joyas columnatas de pórvido, templos de jaspe y plata, cimborios guarnecidos de piedras, levantaba su diadema de torres hasta las nubes, embriagándose con la fragancia que despedían sus prodigiosos jardines; aquella que cual idolo pretendía las adoraciones de los pueblos; aquella Babilonia fué por fin abatida.

Yace por tierra como el gigante mal herido en la frente, tendida sobre el polvo; fueron sus sabios magos y sátrapas los tigres y panteras, los leopardos sus ejércitos, los erizos y los mochuelos su pueblo bajo.

Entregada después á los escorpiones y serpientes, acabó reduciéndose á cloaca. La *sirena* (reptil anfibio con doble aparato respiratorio) se instaló en sus ruinas. Entonces se vió verificado el último dicho del profeta: « Y habitarán las *sirenas* sus palacios deliciosos. » (ISAÍAS, cap. XIII, v. 22.)

Faltaba, para el total cumplimiento, que se extendiera una gran laguna como espeso y fúnebre velo por todo el terreno que antes ocupaba Babilonia.

Hasta entonces no estaba concluida la obra profética, aún faltaba cierta cosa.

Lejos de ser contradictorios tales hechos diferentes, se testifican y apoyan mutuamente, con la condición de que no se puede violentar la historia, presentando como simultáneos, sucesos necesariamente progresivos, pues que los unos con frecuencia son producciones de los otros. ¡Qué ignorancia de la naturaleza no hay en el fondo de las chanzas sobre las *sirenas* de tierra firme,

infelices por no haber algún Ulises á quien tentar en las sirtes del desierto, por donde jamás pasará *nadie!* ¡Cuán miserables son todas estas bufonas en presencia del exámen practicado por la ciencia!

Estos hechos llevan en sí enseñanza, y hacen supérfluo todo comentario. Aun tendríamos bastantes verdades que declarar, profecías que recordar, en cuanto al Salvador y á la doctrina de los judios; aun nos faltaría demostrar, como dice la *Revista de Paris*, « aquella inaudita predicción de Ciro (que nuestra razon puede muy bien no admitir, pero la que aun no han podido convenecer de interpelación todos los esfuerzos mas legítimos de la crítica), de Ciro, designado por su propio nombre mas de doscientos años antes de venir al mundo; de aquí lo que dice el Señor á Ciro que es su Cristo, á quien tomará por la mano para rendirle todas las naciones.... A causa de Jacob, que es mi siervo, y de Israel, que es mi escogido, os hice yo llamar por vuestro propio nombre, os he marcado con títulos honoríficos, y no me habeis conocido. » (Cap. XVI, V. 4.) Pero ¿ qué nueva confirmación podrían traer estos hechos, si los que preceden no fuesen ya suficientes? » (1)

(1) *Revista de Paris*, art. ISAÍAS, por M. A. Roulin.

VIII

DISCUSIÓN SOBRE LAS PROFECÍAS

Las profecías se han realizado. Forzados los incrédulos por la evidencia, se ven precisados á declarar que las revoluciones de la *suerte*.... han dado cumplimiento al ORACULO. (1)

Porfirio, en su libro XII contra Daniel, no pudiendo contestar el cumplimiento de las profecías, pretende hacer ver que se han fabricado posteriormente á los hechos. Nuestros sofistas no dejan de adoptar este mismo medio, tan cómodo para eludir una concluyente autoridad. Por poco que se les atienda, indicarán el lugar y el día de la falsificación, tal vez los falsarios mismos, la calle y número de sus casas en Babilonia ó en Jerusalem; porqué ¿cuál será la cosa que un enciclopedista no esté dispuesto á probar?

Pasó ya el tiempo en que se juraba sobre la palabra del maestro; en el que alcanzamos, se pierde todo el tiempo y el crédito sin una demostración racional, aunque se llamára uno Voltaire ó Juan Jacobo Rousseau. ¿En que datos históricos se han fundado para sostener que fueron redactadas las

(1) VOLNEY, *Voyage en Syrie et en Égypte*.

profecías despues de verificados los acontecimientos?

El único testimonio presentado estriba en la acusación del pagano Porfirio. Él dice que se compusieron las profecías de Daniel después del acontecimiento, por un autor que vivía en tiempo de Antioco Epifanes. ¿Qué prueba da él de todo esto?—Ninguna.—¿Quién es ese autor?—No lo sabe.—Citemos su aserto mismo para que por él pueda formarse juicio. «La obra de este profeta no es del que se dice y nombra, sinó de alguno que vivía en Judea en tiempo de Antioco Epifanes. Este desconocido ha contado mas bien cosas pasadas, que ha descrito acontecimientos futuros; por fin todo lo que ha dicho anterior á Antioco es verdaderamente histórico: pero se ha adelantado más allá, y en esto ha mentido, porque no conocia el porvenir.» (1) Al momento quedó reducida esta imputación miserable á la nada refutándola Metodi, Apolinario y Eusebio.

Porfirio fundaba su argumento principal, como lo hacían Espinosa y Voltaire, combatiendo la autenticidad de los escritos del profeta, en esta suposición absurda que Dios no puede revelar á los hombres el porvenir, y sobre todo que la profecía de Daniel está tan precisa, que parece haber visto los acontecimientos que vaticina (2).»

Por ahora no se alegan oscuridad ni contradicciones, y si probamos ser la profecía de Daniel anterior al tiempo de Antioco Epifanes, todo está concluido.

(1) PORPHYR., *Ap. Hieronym. prefat. in Daniel*.

(2) VOLTAIRE, *Biblia explicada*.

Daniel es verdadero profeta.

Importa sentar este punto; porque este mago es soberano de la ciencia sagrada y humana. Él ha pronosticado la venida del Redentor á la tierra; él ha determinado la época y el año de la inmolación de la víctima celeste, y ha confirmado su palabra, tomando á los astros por testigos, y haciendo la indicación admirable del CICLO PERFECTO.

Declaramos el libro de Daniel tres siglos anterior á la persecución de Antioco Epifanes, y desafiamos á los volterianos para que nos desmientan.

Veamos las pruebas.

El profeta Ezequiel, que murió hace dos mil y doscientos años, ha hecho mención en sus escritos dos veces de Daniel. Habla de su santidad, de su ciencia prodigiosa que penetraba las cosas ocultas al resto de los hombres: con que en esta época Daniel era ya famoso (1).

La historia de las antigüedades judaicas, refiriendo la entrada de Alejandro el Grande en Jerusalem, la visita que hizo al templo, donde sacrificó, dice que el sumo sacerdote Jaddo le hizo ver el libro de las profecías de Daniel, que anunciaba que un griego destruiría el imperio de los persas; que Alejandro se reconoció designado, y que se alegró mucho de ello (2). Esta fué sin duda la causa de la munificencia del vencedor para con los sacerdotes de Israel.

El viejo Matatias, tomando las armas contra Antio-

(1) EZECH., cap. xv, v. 14-20.—Cap. xxviii, v. 3.

(2) FLAV. JOSEPH., *Antiq. jud.*, lib. XI, cap. viii.

co, recordaba á sus hijos, para infundirles ánimo en defensa de la causa sagrada, que la fe en los socorros de Dios había librado del fuego del horno á Ananías, Azarías y Misael, y que la boca de los leones se cerró ante la inocencia de Daniel (1)

Es evidente que estos dos parajes de los anales judios no se hallan sino en el libro de Daniel: con que antes de la persecución que pronosticaba él, estaba ya conocido y en veneración este libro.

También se puede leer en un libro publicado por un judío célebre, cerca de diez y ocho siglos ha: «Todas las desgracias cayeron sobre nuestra nación en el reinado de Antioco, como *Daniel lo tenía pronosticado largo tiempo antes*. Ha tratado también del poder de los romanos y de su imperio, y ha previsto los males con que debían de afligir á nuestra nación. Todos los escritos que nos ha dejado Daniel se leen todavia hoy en nuestras asambleas, etc. (2)» ¿No es bastante precisa esta afirmación?

Una constante tradición de la sinagoga moderna y antigua honró y honra las profecías de Daniel; el mismo Cristo las ha testificado, recordando su advertencia, y nombrando por su nombre al autor en presencia de los que estaban al rededor de él. Ha citado al *profeta Daniel*, como que tenía una autoridad reconocida y vulgar en Israel. (3) Se abstuvo de toda explicación porque

(1) *Lib. Machab.*, I, cap. ii, v. 59.

(2) FLAV. JOSEPH., *Antiq. jud.*, lib. X, cap. xii.

(3) MPTTH., cap. xx v, v. 15.

su libro famoso era demasiado antiguo, demasiado célebre, para que tuviese necesidad de dar alguna. Estos son hechos; refútense.

IX

EVIDENCIA HISTÓRICA DE LAS PROFECÍAS

M. Court de Gebelin ha formado una cronología exacta de la profecía de Daniel; las observaciones de este sábio muestran, en todos los puntos, la conformidad de la narración sagrada con el relato de la historia profana. (1) Se sabe que se reunieron y acordaron los testimonios de Eusebio, de Diodoro Siculo, de Tucídides, de Caron de Lamp-saco con los de Esdras y de Nehemías para fijar la época del reinado de Artajerjes de la olimpiada setenta y seis: que esta época viene al año 4240 del periodo juliano; que por consecuencia es el año veinte del reinado de Artejerjes, correspondiente al año 4260, que es la fecha de la profecía de Daniel, sobre la venida del Mesías.

Daniel anuncia la venida del Salvador dentro de sesenta y nueve semanas de años. Este espacio que comprende 483 años, se halla trascurrido en

(1) *Disert. sobre la Hist. orient.*, p. 34, etc.

el mes de marzo (*Nisan*) de 4743, año que coincide exactamente con el año 30 de nuestra era, tiempo en que comenzó la predicación del Salvador. El cálculo astronómico y las observaciones de Flegon, historiador de las Olimpiadas, se concuerdan aún en poner la muerte de Jesucristo en el año 4746 del periodo juliano, 33 del nuestro y en atestiguar el cumplimiento de las profecías de Daniel.

M. Loys de Cheseaux ha compuesto sobre Daniel notas astronómicas que establecen la ciencia superior y trascendental del profeta en el mecanismo celeste. No podemos ponerlas aquí por entero además de que no todos serían jueces competentes en esta materia; bastará por tanto exponer la opinión de los hombres más notables en astronomía.

Escribía el ilustre Mairan á M. de Cheseaux: « No hay medio para no convenir en las verdades y descubiertas probadas en vuestra disertación; pero yo no puedo comprender cómo y por qué se hallan también realmente contenidas en la santa Escritura.» Él no lo negó, lo admiró.

Cassini declara haber hallado todos sus métodos para el cálculo de los movimientos del sol y de la luna, *deducidos del ciclo de Daniel*, y de la llegada de los equinoccios y del solsticio en el meridiano de *Jerusalen* muy demostrados, y enteramente conformes á la más exacta astronomía.— Bonnet, en sus indagaciones filosóficas, habla del jóven sábio cuyas descubiertas « habían pasmado á los dos astrónomos MM. Mairan y Cassini.... ¿ Se

hubieran sospechado, añadía él, que el estudio de un profeta enriqueciera la astronomía transcendental y que nos valdría, en cuanto á ciertos puntos difíciles de esta bella ciencia, un grado de precisión muy superior al que nos había dado el cálculo hasta el presente? (1)

Al acabar M. de Cheseaux su demostración del CICLO PERFECTO, que se ha buscado sin fruto por tantos siglos, y se halla dispuesto en algún modo en Daniel dos mil trescientos años ha, hace esta observación: «Entre muchos millares de años diferentes, el designado por el profeta, y escogido por el Criador para el cumplimiento de los divinos oráculos, abraza entre un número infinito de períodos y de intervalos de años, los dos solos números redondos, que fuesen cíclicos, ¡y que lo fuesen de modo que su diferencia misma fuese un CICLO PERFECTO!»

Vamos ahora á continuar con la prueba esencial de la integridad y de la data del libro de Daniel, que es corta, pero decisiva.

El libro de Daniel siempre ha sido uno de los comprendidos en el cánón de los judíos, y la conclusión del cánón judío fué anterior á la llegada de Alejandro el Grande á Jerusalem.

Las tradiciones de los doctores hebreos están acordes en este punto. Josefo lo reconoce escribiendo contra Apion. (2) La veneración de los

(1) *Rech. phil. sur les preuves du Christ.*, p. 334, éd. 177.

(2) FLAV. JOSEPH., *Contra Apion*,

sacerdotes para con los escritos introducidos en el cánón, su respeto al asunto juzgado, eran tan grandes, que jamás fueron admitidos como canónicos [el libro de los Macabeos ni el del Eclesiástico, á pesar de lo santo de su inspiración.—¿No son prenda de la inviolabilidad de los libros sagrados lo constante de esta prohibición y su inflexible inmutabilidad? Cuando se rehusaba el admitir el libro de los Macabeos y el Eclesiástico hubiérase admitido la de autores sin nombre? ¿No es insensata semejante suposición?

Reconocemos el interés del filosofismo en sostener la falsificación de la profecía de Daniel: en suposición de ser, como efectivamente es, el sentido y al mismo tiempo la explicación de las profecías precedentes. Pero, ¿se reflexionó como era debido, al hacer semejante acusación, en el enlace y correspondencia tan admirable con que se une la sagrada tradición? ¿Habiase considerado no ser fácil desmembrarla impunemente, y que tocando una sola de sus verdades debían resentirse todas las demás? Esta es la consecuencia inevitable á donde se debe llegar. Si la profecía de Daniel es de data más antigua, también debe serlo la de Ezequiel que hace mención de ella, y lo mismo deberá decirse de las demás, pues que casi todas se apoyan mutuamente. Póngase atención en esta prueba importante.

Lejos sin embargo de cejar el filosofismo á vista de tal inducción, no vacila, la concede con el mayor gusto. « Todos los libros, dice él, los han

compuesto por connivencia algunos anónimos. Si se ha de dar crédito á Voltaire, en Alejandria ó Jerusalem fué donde los judíos, *sumergidos por todos los tiempos en la más profunda ignorancia, comenzaron á escribir.*

Pero ¿se nos puede persuadir que por ensayo y por la primera vez *estos ignorantes* pudieron escribir el Pentateuco, los cantos de David, las profecías de Isaías, de Jeremias? ¡Este es un modo de principiar á escribir tan singular, que se aventaja con mucho á toda la literatura de aquel tiempo, y un modo de escribir al que ningún esfuerzo del ingenio del hombre pudo llegar todavía! En cuanto á esto, lo absurdo y gratuito del caso nos excusa de la refutación.

¿Quién en nuestros días osaría comparar el estilo de la *Sabiduria* con el del *Génesis*, confundir el caldeismo tan frecuente de Daniel con el hebraismo griego de Filon, haciendo así á Vico contemporáneo de Virgilio, y asemejar á Esquines ó á Isócrates con los retóricos Emporio, ó Eucébolo el bizantino? Pero, suponiendo no haya entre los diferentes autores sagrados de cada época alguna marca distintiva del lenguaje, ¿cómo se hace adoptar la impostura? ¿Qué interés tenían los sacerdotes para introducir en el cánon escritos en que sus faltas fuesen rigurosamente censuradas, en que se anunciase que la ciudad y santuario serían saqueados, los sacrificios y oblaciones abolidos? ¿No debían estas promesas afflictivas excitar naturalmente la inquietud y el enojo de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos del pueblo, y

de toda la nación judía, tan orgullosa, tan aferrada á sus ideas de dominación universal?

Por otra parte, era el fin general de las profecías la venida del gran Reparador; los falsarios que hubiesen pronosticado tales circunstancias de su misión y suplicio, cualquiera que por otra parte fuese su nombre, serían realmente profetas.

Admitase que la profecía de Daniel está escrita después de Antioco, aun precedía con mas de siglo y medio al nacimiento de Cristo, y no dejaría por eso de ser menos milagrosa, puesto que su cumplimiento es positivo.

Asimismo es preciso limitarse al tiempo en que las profecías estaban ya cumplidas, á fin de poder falsificarlas, es decir, bajo Tito, después del saqueo de Jerusalem; porque hasta entonces no puede menos de haber inspiración divina.

Luego en esta misma época, era imposible la falsificación.

La famosa traducción de los libros hebreos en griego, su depósito en la biblioteca de Alejandria, de donde los sabios extranjeros habían sacado copias; la división y multitud de sinagogas del Asia menor, de Italia, Grecia y Egipto, se oponían á la ejecución de tal idea.

Estaban además siempre á la vista las tres grandes sectas rivales de los esenios, fariseos y saduceos, cuya disidencia presentaba un obstáculo insuperable á las mas mínimas alteraciones de la letra, cuando hacían de ella un estudio continuo.

Después de Cristo era mayor el impedimento.

Las profecías se habían multiplicado por las copias cuya exactitud reconocían los mismos judíos; los cristianos también por su parte, prevenidos con estas profecías, hacían ver á los doctores de Israel que era el Salvador esperado con tanto ardor el hombre mismo á quien ellos habían perseguido y ejecutado; con lo que los confundían ó los invitaban á la nueva fé. Si los sacrificadores, los fariseos tan orgullosos, hubieran podido negar la fecha que los acusaba, convencer de falsas las predicciones que se les oponían ¿no hubieran refutado á sus adversarios victoriosamente? ¿Y lo hicieron?

No; porque los cristianos no eran los inventores de tales profecías, sinó que las tomaron de los judíos tal y como las tenían ellos en su cánón.

Los judíos y solo los judíos pudieran haberlas adulterado, es decir, haberlas comunicado según que ellas nos han venido hace dos mil años.

Pero lo repetimos, era imposible hubiese falsificación antes de Cristo. Todo y cualquier acontecimiento futuro que se cumple es una verdadera profecía, un efecto sobrenatural.

La imposibilidad de forjar profecías, después de la muerte de Cristo, está protegida y asegurada por el interés pecuniario y moral de las rentas, de la autoridad y del porvenir de los sacerdotes y de los antiguos; además que también está demostrada por la publicidad anterior. ¿Cómo y para qué hubieran compuesto pasajes, ó permitido se interpolasen siendo estos mismos una sentencia fulminada contra ellos de interdicción del anuncio de una nueva era,

la ruina del templo, y por consecuencia la supresión de sus beneficios? Si mañana algún anónimo dirigiese á Roma una predicción forjada en las Galias y atribuida á san Hilario ó san Ireneo, que fijara un cierto número de años después de cuyo tiempo ya no habría ciudad eterna (Roma), ni sacrificio eucarístico, ni menos Iglesia de Cristo, ¿es creíble cuidara luego el sacro colegio de poner un tal escrito á continuación de las epístolas de san Pablo y san Juan, como si fuera una verdadera profecía? ¡Imagínese! si es posible, que las familias sacerdotales hubieran acogido benignos presagios parecidos á los de Isaías y Daniel! Sin embargo los hemos hallado en su cánón. ¿No es este un hecho superior á lo que puede concebir el espíritu humano? ¿No es la conservación de las profecías realizada por los mismos judíos en ellas condenados, una maravilla tan grande ó mayor que las profecías en sí mismas?

Resumamos.

Las profecías no se han fabricado antes del nacimiento del Salvador, ni en su totalidad ni en parte por alguno ó por algunos hombres falsarios, como quiera que no es posible citar racionalmente una época en que tal hecho haya podido llevarse á efecto;—puesto que se hallan profecías en Moisés, y que no se podría, sin llegar al extremo de la locura, persuadir que un libro como el Pentateuco, reconocido científicamente por la obra más ANTIGUA y más digna de admiración, fuese compuesto en tiempo de Octavio Augusto;—puesto que ya en tiempo anterior á Augusto estaba cerrado el cánón judío;—puesto

que habiéndose verificado los hechos anunciados, las profecías serían siempre reales, independientes del nombre de su autor.

No hacen más que aumentarse las dificultades después de la venida del Mesías, y vienen á ser innumerables; nadie se atreve seriamente á imputar á los cristianos haber imaginado semejantes predicciones, y mucho menos á los judíos, cuando ellas mismas los condenan; de modo que con algo de buena fé, para explicar lo que ninguna inteligencia humana puede resolver, se vé uno precisado á decir: « No puede menos de haber en esto una causa superior.»

Confieso que he aprovechado de esta excursión arqueológica profana para demostrar la verdad de las profecías, porque son ellas los títulos auténticos de la filiación divina del cristianismo, porque su íntimo enlace comprende en su misma unidad todos los siglos pasados desde que apareció el hombre sobre la tierra, y también para demostrar que el cristianismo no teme el mentis de ninguna ciencia, ni siquiera el de la arqueología; antes bien todas las ciencias tienden con sus conquistas verdaderas á probar la verdad de nuestra sublime y santa religión. Por eso siempre será verdad que el progreso de las ciencias es la mejor apología del cristianismo.

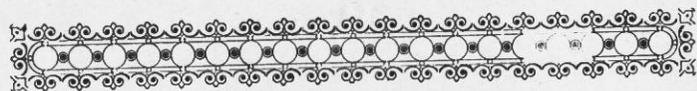
Hasta la arqueología americana contribuye á un triunfo del cristianismo, cual es constatar la unidad de la especie humana, yá que no faltaron autores que pretendieron deducir de la existencia

aislada de los pueblos del Nuevo Mundo, una prueba de la existencia de una raza independiente de Adán ó *autotona*. Y ¿se dirá aún que el catolicismo teme el progreso de las ciencias?

Lo bendice ¡porqué en él está su más espléndido triunfo!

Así, pues, la presente memoria será, al mismo tiempo que la consagración de un recuerdo á mi excursión arqueológica por ambos mundos, un homenaje de mi fé á la divinidad de nuestra santa religión, que es la gloria de la humanidad y el honor de la civilización.





LAS MARAVILLAS DEL MUNDO

Como la presente memoria es arqueológica, no se extrañará por los lectores que les dé una idea de aquellas antigüedades monumentales que han merecido el nombre de *maravillas del mundo*, añadiendo los españoles la del Escorial, que es una maravilla moderna. Satisfaré así también mi pasión arqueológica y la curiosidad de todos por saber en qué consistían esas maravillas de la antigüedad. De algunas solo he visto los rastros, porque no queda otra cosa, como las del templo de Salomon, el templo de Diana y el faro de Alejandria. Visité á Rodas por ver las bases del coloso; contemplé las Pirámides de Egipto y he visitado el Escorial; del Mausoleo de Caria solo quedan los recuerdos. Seré, pues sumamente lacónico.

I.

El Templo de Jerusalem

Unos 1000 años antes de Jesucristo, Salomón hizo construir un Templo sobre el monte Moria, en el mismo sitio en donde David había visto el Ángel ejecutor de la Justicia Divina con la espada levantada, y en donde el profeta Gad le advirtió de parte de Dios que elevase un altar para ofrecer en él los sacrificios. Mas de 25,000 hombres se emplearon en la construcción de este famoso Templo, que se concluyó después de siete años de trabajo, haciéndose entónces su solemne dedicación. Se dividía en cuatro partes, circuidas todas por un mismo muro, á saber; el vestíbulo de los gentiles, el de los judíos, el santuario ó vestíbulo de los sacerdotes, y el *Sancta Sanctorum*.

El vestíbulo de los gentiles tenía 500 pasos de circuito, y alrededor una alta galería, sostenida por muchas columnas de mármol, con cuatro puertas hácia los cuatro puntos cardinales del mundo.

El vestíbulo de los judíos se comunicaba con el anterior: era muy suntuoso, y estaba rodeado de primorosas galerías; su pávimento era de mármoles de varios colores, los muros estaban cubiertos

de oro finísimo, y las puertas de plancha de latón.

El santuario, ó vestíbulo de los sacerdotes, tenía 40 codos de largo y 20 de ancho: el pavimento era de pórfido, y las paredes estaban revestidas de láminas de oro. En su centro estaba el altar de los holocaustos, todo de bronce, de 10 codos de altura; y á sus dos costados había diez copas ó vasos grandes de bronce, adornados de figuras de querubines, leones, bueyes y palmas, donde se guardaba el agua que servía para lavar las víctimas; al lado derecho había otro gran vaso del propio metal, sostenido por doce bueyes de lo mismo, que se llamaba *Mar*, á causa de la prodigiosa cantidad de agua que contenía, y servía para que los sacerdotes y los levitas se lavasen las manos y los piés antes de empezar los sacrificios.

Desde aquí se iba al pórtico, que tenía 20 codos de largo y 10 de ancho, donde se veían dos grandes columnas de bronce, de las que pendían doscientas granadas de lo mismo. Del pórtico se entraba en el Templo sin techumbre, de 60 codos de largo y 20 de ancho, en donde había un altar todo cubierto de oro, sobre el cual no se ofrecían más que inciensos y perfumes preciosos: á los dos lados había diez grandes candelabros de siete brazos, otras tantas lámparas que ardían continuamente, y diez mesas de oro.

Desde este templo se pasaba al *Sancta Sanctorum*, que tenía de largo y ancho 20 codos, y la misma altura, cuya mitad estaba cubierta de oro, y la otra mitad del mismo metal y de piedras preciosas. Aquí era donde se custodiaba el Arca de la Alianza, cubierta de dos querubines de oro.

Josefo, haciendo la enumeración de las riquezas de este Templo dice, que había en él 10 candelabros de oro, una mesa muy grande de lo mismo, y otras 10 cubiertas de dicho metal; 20 copas de oro, y 160 de plata; 100 redomas de oro y 200 de plata; 20 incensarios grandes de oro, y otros 50 más pequeños; 1000 ornamentos pontificales guarnecidos de piedras preciosas, y otras inmensas riquezas, que sería molesto enumerar. Tal era el templo de Jerusalem en tiempo de Salomon.

II

El Mausoleo

Era el sepulcro que Artemisa, reina de Caria, hizo erigir al rey Mausolo, su esposo, en la ciudad de Alicarnaso, más de 350 años antes de nuestra era. Su extensión era de 63 piés de N. á S., los costados no tan largos, con 411 piés de circuito, 25 codos de alto, y 36 columnas en su circunsferencia. Lo construyeron cuatro célebres arquitectos, que fueron: Scopas la parte de Oriente, Timoteo la del Mediodia; Leocarres la del Occidente, y Brixias la del Norte; á los que se agregó Pithio, que levantó una pirá mide sobre el Mausoleo, colocando en su extremo final un carro de mármol tirado por cuatro caballos.

Artemisa, no pudiendo sobrevivir á la pérdida de su esposo, murió sin ver concluida esta soberbia obra. El amor que le tenía era tan escesivo, que es fama mandó recoger sus cenizas para mezclarlas en los líquidos que tomaba, con el fin de darle sepultura en su mismo pecho.

Al ver el filósofo Anaxágoras de Clazomenes este sepulcro, reputado como unã de las maravillas del mundo, dijo friamente: *he aquí un gran tesoro de plata transformado en piedra.*

De aquí viene el llamar *Mausoleos* los sepulcros ostentosos.

III

El templo de Diana

Este célebre Templo fué construido en Éfeso por el arquitecto Ctesiphon, que lo principió: pero se emplearon 220 años en concluirlo y perfeccionarlo, contribuyendo toda el Asia Menor para los gastos que ocurrieron. Tenia 425 piés de largo, 220 de ancho, y estaba sostenido por 127 columnas de 60 piés de alto, adornadas de esculturas, y dadas por otros tantos reyes: el maderage era de cedro y las puertas de ciprés. Este magnífico templo, adornado con estátuas, cuadros de un valor ines-

timable, y otras inmensas riquezas, fué incendiado por Eróstrato, que quiso inmortalizar su nombre por tan bárbaro medio, la misma noche en que nació Alejandro el Grande, 356 años antes de Jesucristo. Es digno de observarse que este templo fué quemado y reedificado hasta siete veces; y que Alejandro ofreció á los efesios cuanto quisiesen si le permitian poner su nombre en la inscripción del frontispicio, lo que reusaron políticamente. En mis *Memorias de un viaje por ambos mundos* he hablado de las exploraciones de M. Wood, sobre las ruinas de este famoso templo.

IV

Las Murallas de Babilonia

Mucho contribuyeron á la celebridad de Babilonia el famoso templo de Belo, el palacio real con los jardines artificiales construidos sobre bóvedas, los diques y muros del rio, el lago, los canales y otras magnificencias; pero sobre todo, las murallas eran las más maravillosas.

Su grueso era de 32 piés, su altura de 50 codos y su extensión de 480 estadios, que hacen 60 millas; formaban un cuadrado perfecto de 15 millas por fachada, y en cada una había veinte

y cinco puertas de bronce macizo, que en todas hacían ciento.

Por esto, cuando Dios prometió á Ciro la conquista de Babilonia, le dijo por boca de Isaías: *Romperé las puertas de bronce.*

V

Júpiter Olímpico

La ciudad de Olimpia, en el Peloponeso, se hizo célebre por un templo dedicado á Júpiter, llamado Olímpico, en donde se habían acumulado riquezas inmensas, á causa de los oráculos que en él se hacían y de los juegos olímpicos que se celebraban en sus inmediaciones en honor de aquel. Lo que más se admiraba en él era la estatua de Júpiter, de 60 piés de alto y el grueso proporcionado, hecha por Fidias, célebre escultor de Atenas.

Había representado á aquel dios sentado en un trono de oro y marfil, de cuya materia era también la estatua; en la cabeza tenía una corona que parecía de hoja de olivo, en la mano derecha una victoria de marfil con una corona de oro, y en la izquierda un cetro hecho de varios metales, que remataba en una águila.

El calzado de Júpiter era de oro, y sobre el ropaje, también de este precioso metal, había diferentes animales y flores.

El trono estaba guarnecido de marfil, ébano, oro, pedrería y muchas figuras de bajo relieve: en lo más alto había á un lado las Gracias, y al otro las Horas, todas hijas de Júpiter. A los cuatro pies del trono se veían cuatro victorias, y dos á los de la estatua: y al rededor había varias figuras, algunas de oro, que representaban ciertos pasages mitológicos. El sitio en que estaba este magnífico trono, se hallaba decorado con pinturas, que representaban los principales combates de Hercules, y otros muchos sucesos célebres de la historia fabulosa.

VI

El Coloso de Rodas

Este consistía en una estatua de bronce que representaba á Apolo, y se había colocado en el puerto de Rodas en honor del Sol. Tenía 105 piés de altura, y apoyaba sus enormes piés sobre dos rocas que daban entrada á dicho puerto, de manera que los navíos pasaban por entre sus piernas. Cares de Lidia inmortalizó su nombre con la construcción de este coloso, en la que empleó doce años. Unos sesenta subsistió en

pié y sin daño alguno, hasta que fué derribado por un temblor de tierra, que causó muchos estragos en Oriente, más de dos siglos antes de la era cristiana. Esta desgracia ocasionó una cuestua general en favor de los rodíos, los cuales escribieron á todas partes, y recibieron infinitos donativos. Los reyes de Asia, las naciones griegas y los príncipes de Europa, acreditaron su generosidad, enviándoles con la mayor abundancia trigo, dinero, tablas, vigas, resina, plomo, hierro, etc. No hubo jamás cuesta más abundante, dice Anquetil, porque el pretexto era restablecer el coloso, y este acto de religión animó la liberalidad; pero los rodíos dejaron al ídolo en tierra, y se aplicaron las ofrendas. Cuando Moavía, califica de los sarracenos, se apoderó de Rodas el año 667 de nuestra era, vendió el Coloso á un mercader judío, que hizo cargar 900 camellos con el metal de que estaba hecho; y evaluando el peso por la carga regular de un camello, sube á 720 mil libras.

VII

Las pirámides de Egipto

A distancia de dos millas del Cairo se encuentran varias pirámides, separadas unas de otras como unos doscientos pasos: las principales son tres, y

la mayor de todas ellas, la de Cheops, situada en la parte del Norte, tiene la pasmosa elevación de 500 piés, con 682 de anchura en cuadro en su base, y tiene 1160 pasos de circuito. La altura de las piedras es de tres piés, y su anchura de cinco á seis: los lados que se descubren están rectos, y no labrados en declive; cada hilada se interna de 9 á 10 pulgadas, y así llega á finalizar en punta, sirviendo estas entradas para subir hasta la cúspide. Para entrar en esta famosa pirámide hay una tronera casi cuadrada, de unos 4 piés de alto: dicese que en otros tiempos había una gran piedra labrada espresamente para cerrarla. Las otras pirámides no son tan altas ni tan gruesas.

Trescientos sesenta mil obreros se ocuparon en su construcción durante 23 años, y se ignora de donde se sacaron tantas y tan grandes piedras. Los gastos fueron tan exorbitantes que, según Plinio, solamente en legumbres para los trabajadores, se gastaron más de diez millones, lo que no parece verosímil.

No soy más extenso por haberme ocupado de la gran pirámide detenidamente en mis «Memorias de un viaje por ambos mundos.»

VIII

El Faro de Alejandria

Esta admirable torre tomó el nombre de *Faro* de la pequeña isla en que se edificó, y distaba por mar de la ciudad de Alejandria una milla, y tres por tierra, hallándose bañada de la mar por la parte del Norte: fué construida por los Ptolomeos, reyes de Egipto, sucesores de Alejandro, y concluida 283 años antes de la era cristiana: era de figura cuadrada y construida con unas piedras durísimas y muy blancas, las que estaban tan bien enlazadas y unidas entre sí con plomo derretido, que la hacían de una fortaleza y solidéz estremada: su prodigiosa altura era de 600 pies y hasta cerca de las dos terceras partes era recta é igual, subiéndose á ella por escaleras anchas y espaciosas, con habitaciones interiores bajo de aquellas. En el último tercio se estrechaba siguiendo la propia figura cuadrada hasta su cumbre, con escaleras ya más angostas, y con ventanas á los lados. En su extremo superior estaba por la noche siempre encendido el fuego para guiar á los navegantes que se dirijian á Alejandria, cuyas inmediaciones, llenas de bajíos y escollos, eran muy peligrosas; y la luz de esta

torre se veía á doce leguas. Su estructura era magnífica, y nombrada, por el mismo César, maravillosa: fué obra de Sostrato el Cnido, á quien Ptolomeo Filadelfo, que se supone fué el que la concluyó, le permitió inscribir en ella su nombre. Costó este edificio 800 talentos, que equivalen á menos de un millón de pesos; corta cantidad para el tiempo presente, pero muy crecida seguramente para aquel. No se sabe la extensión de la base de ese asombroso edificio, ni cuando, ni cómo cayó; y se presume que algun terremoto le derribaría: lo cierto es que de esta famosa torre tomaron el nombre de *Faros* los edificios de los fanales, como el faro de Mesina y otros.

IX

El Monasterio del Escorial

Felipe II, rey de España, fundó este monasterio, dándole el título de *San Lorenzo Real de la Victoria*, por particular devoción, y en memoria de la victoria que alcanzó en su día contra las armas francesas en la famosa batalla de *San Quintin*. Encargó que en él se rogara á Dios por su alma y las de los reyes antecesores y sucesores suyos, y por la prosperidad del Estado, é hizo dar sepul-

tura decorosa á los cadáveres de su padre, el emperador Carlos V, y de su madre la emperatriz, cumpliendo lo que el primero le dejó encomendado por su codicilo.

La construcción de este edificio se hizo bajo los planes y dirección de los célebres arquitectos Juan Bautista de Toledo, y Juan de Herrera, ambos españoles. Su planta representa la figura de unas parrillas, cuyo mango toma parte considerable del terreno que ocupan la habitación del rey, la de la Real Familia y servidumbre; y lo restante el monasterio, su iglesia, un colegio de religiosos, y un seminario de jóvenes seglares. Los techos estan cubiertos de pizarra y plomo, y hay repartidas ocho torres por todo el edificio, ademas de la cúpula ó cimborio que tiene 295 piés de circuito por la parte exterior, y 330 de altura desde el suelo del templo hasta la cruz: estos y otros cuerpos que sobresalen en esta fábrica, forman un conjunto verdaderamente grandioso.

La fachada principal y de mayor adorno es la que mira al Oeste, donde está la entrada general para todos. Tiene 744 pies de largo, por 62 de alto hasta la corniza, que dá vuelta á todo el edificio, y en las esquinas hay dos torres de mas de 200 pies de elevación. La fachada de Oriente tiene los mismos 744 pies de torre á torre por línea recta, sin contar tres resaltos que se hacen en la fábrica. El lienzo que mira al Mediodia tiene de torre á torre 580 pies, y es el que más agrada á la vista por la continuación de cuatro órde-

nes de ventanas, sin estar interrumpidas por cosa alguna, y un pedestal ó estribo que corre por lo bajo de este lienzo, y el de Oriente con otro orden de ventanas cuadradas. La fachada del N. es paralela á la anterior con los mismos 580 pies de largo, y en ella hay tres puertas grandes de 10 pies de ancho por 20 de alto. La circunferencia de todo el edificio es de 3002 pies, su elevación proporcionada y grande, la materia de piedra berroqueña ó de granito, y su forma en la mayor parte el orden dórico.

Esta gran fábrica se divide en tres partes principales: la primera ocupa todo el diámetro del cuadro de O. á E., y en ella se comprende la entrada principal, que es un magnífico pórtico de tres arcos, el suntuoso patio de los Reyes, y el templo con todo lo que le pertenece. La segunda es todo el costado del edificio al lado que mira al S., dividida en cuatro claustros pequeños, con una torre en medio, y otro grande que ocupa tanto como aquellos: en toda esta extensión estan las habitaciones de los monges conventuales. La tercera es el otro costado que corresponde en el lado del N. donde hay otros cinco patios que guardan proporción con los del convento: en los cuatro pequeños de esta parte están el colegio y el seminario, y en el grande el palacio, del cual se pasa al claustro y habitación del Rey, que figura el mango de la parrilla.

El panteón, que es el sitio destinado para sepultura de los católicos Reyes de España, está

situado debajo del altar mayor, de modo que el celebrante pone los pies sobre la clave de su bóveda. Bájase á él por una preciosa escalera de granito y mármol pardo hasta la bóveda, en cuya portada hay una reja de bronce de bellísima forma, la cual ofrece entrada para la escalera principal del panteón. Este consiste en una pieza ochavada de 36 pies de diámetro por 38 de alto, toda de jaspes y mármoles de gran pulimento, llenos de adornos de bronce dorado. Al rededor hay 26 nichos, donde están colocadas otras tantas urnas sepulcrales, todas de una misma medida, materia y forma.

No es posible, hacer una exacta esplicación de las infinitas preciosidades que encierra este soberbio monasterio. El suntuoso altar mayor, el precioso tabernáculo, el coro, las numerosas pinturas de todas clases, ejecutadas por los mas célebres pintores; las estatuas colosales y demás esculturas, los primorosos pavimentos, la multitud de reliquias, preciosos libros y raros manuscritos; todo en fin, es magnífico, y deja absortos y llenos de admiración á los mas sabios é inteligentes en las bellas artes.

Para concluir la diminuta descripción que acabo de hacer de este edificio, baste decir, que hay en todo 12 claustros, mas de 80 escaleras, 73 estatuas de bronce y otras materias, 4 de mármol, algo mayores del natural, 6 colosales de piedra berroqueña, y una de 15 pies en lo exterior del edificio; asi como tambien una

infinidad de bajos relieves de diferentes materias. Se cuentan 207 libros de coro, 2 bibliotecas, 13 oratorios, 8 órganos, 16 patios, 5 refectorios, 9 torres, 14 zaguanes, y mas de 10.000 ventanas.

Duró la construcción de la fábrica principal cerca de 21 años; esto es, desde 23 de abril de 1563, en que se sentó la primera piedra, hasta el 13 de setiembre de 1584, en que se puso la última. La obra del panteon duró 9 años, habiéndola empezado Felipe III; y acabado despues su hijo Felipe IV en 1654.

Sin embargo debo advertir que si puede contarse el Escorial, orgullo monumental de España, entre las maravillas del mundo, con mayor razón debe serlo la Basilica de San Pedro en Roma, como creo haberlo demostrado en la descripción que de la misma he dado en otra obra.

Por fin, como complemento al *paralelo monumental*, vamos á añadir el siguiente capitulo.



ALGUNOS EDIFICIOS FAMOSOS

POR SU ESTRUCTURA O ELEVACION

	PIES
El antiguo <i>Faro</i> de Alejandria tenia	600
La mayor de las pirámides de Egipto tiene de altura oblicua 700 piés y de perpendicular.	500
La torre de la iglesia de Amberes	516
La torre de Strasburgo	509
La de san Esteban de Viena	495
La cúpula de San Pedro de Roma	473
La torre de san Miguel de Hamburgo	466
La de san Pedro de idem	426
La torre de san Pablo de Londres	394
La cúpula de la catedral de Milan	391
La torre de Asinelli de Bolonia	383
La giralda de Sevilla termina en una estatua de bronce que representa la Fé, y con el globo en que estriba pesa 160 arrobas: su elevación es	364
La famosa torre de porcelana de Nankin tiene nueve pisos, y es de tal elevación que para llegar á su cumbre es preciso subir 884 escalones; tiene por remate una piña de oro macizo.	

A Pekin la rodea un muro de 50 codos de alto, y

de tal espesor, que las centinelas se pasean á caballo por encima de él.

La gran muralla que separa la China de la Tartaria se estiende por montañas, valles y precipicios á la distancia de 420 leguas, teniendo 30 piés de alto y 20 de ancho; se construyó hace más de 2000 años, y aún subsiste.

Entre los soberbios puentes de la China se cuenta el de Saffrani de un solo arco: tiene 400 codos de largo, 500 de alto, y une dos montañas.

En Siam está la famosa pirámide de *Choé Madú*, que tiene en su cúspide un parasol de 50 piés de circunsferencia, con columnas doradas.

Cerca de Segovia está el gran acueducto de Trajano sostenido por 159 arcos.

En Mérida se admira el soberbio puente de 50 arcos, y de unas 1000 varas de largo.

La catedral de Córdoba, que antiguamente sirvió de mezquita, se principió en tiempo de Abderramen I: tiene 620 piés de largo y 440 de ancho; consta de 29 naves á lo largo y de 19 á lo ancho, sostenidas por más de 400 columnas de varios mármoles y jaspes, y se cuentan 17 puertas.

En Medina de Arabia está el famoso sepulcro de Mahoma, colocado en una soberbia mezquita sostenida por 400 columnas, é iluminada por 300 lámparas.

En la Meka, patria del mismo, hay otra mezquita riquísima, techada en parte con láminas de oro, con 100 puertas de maderas finas, y colgada de exquisitas tapicerías.

El faro de *Cordouan* en Francia, situado en

a islita de este nombre, es la torre que se considera de mas elegante y hermosa estructura: su figura es circular, y consta de cuatro cuerpos adornados esteriormente con columnas de los cuatro órdenes dórico, jónico, corintio y compuesto; siendo su altura de 200 piés.

El fanal de *Eddistone*, que se halla frente al puerto de Plimouth, se considera como una de las artificiales maravillas de Inglaterra, no solo por la dificultad de su construcción casi en medio de las olas, sino por su fortaleza y solidez para resistir el violento impulso con que éstas se estrellan contra la torre, salvándola á veces por encima de toda su elevación, que es de más de 100 piés.

La torre de la catedral de Pisa sorprende, no por su elevación de 188 piés, y constar de siete órdenes de columnas, sino por estar inclinada de 13 á 15 piés.

En Bolonia hay dos torres llamadas la de Asinelli y la de Garisendi. Se dice que la primera fué construida en 1109 ó 1119, y la otra algunos años despues. La altura de aquella es de 307 piés sin contar la cúpula; está inclinada 3 piés y medio, y se sube á ella por 500 escalones. La torre de Garisendi no tiene más que 144 piés de altura; pero tiene 8 piés y 2 pulgadas de inclinación, de suerte que parece increíble que pueda sostenerse así. Dicese que gran parte de ella ha sido demolida para conservar el resto.

La catedral de la ciudad de Salisbury es notable por ser su campanario el más alto que hay en Inglaterra, y porque tiene tantas puertas como meses

el año, tantas ventanas como días, y tantos pilares ó pilastras como horas, según asegura el abate Espilly.

La catedral de la ciudad de san Andrés en Escocia pasa por la más grande que existe en toda la cristiandad; pues tiene, según el citado Espilly, 7 piés de largo y 2 de ancho más que la de san Pedro en Roma; es decir, 847 piés de largo sobre 727 de ancho, sin que pueda compararse en magnificencia y suntuosidad con San Pedro, que es el templo más grande y hermoso del mundo, el *templo incomparable* y el monumento más magnífico que exista sobre la tierra.

La Torre de Eiffel, que ni siquiera vale lo que la de Pisa tiene 300 metros.

FIN.

ÍNDICE

	Páginas
INTRODUCCIÓN—¡Las Ruinas!	5
De Damasco á Palmira por Karietein—¡La escursión magna!	11
Recuerdos históricos de Palmira	18
El gran templo de Ba'al	25
El Arco triunfal, la columnata y otros monumentos	29
Las Necrópolis de Tadmor	36
Paralelo entre Palmira y Baalbeck	50
Paralelo monumental	55
II	
Monumentos Americanos	67
Identidad de los monumentos prehistóricos y de los pueblos que los erigieron	72
Relaciones de las razas civilizadas de América con las del Sud—Este de Asia	98
Las Ruinas Proféticas	113
Profecías sobre los Arabes	115
Profecías sobre Egipto	117
Profecía sobre Filistea	122
Palabras contra Moab	125
Profecía sobre Idumea	128
Palabras contra Tiro	136
Profecías sobre la ruina de Babilonia	143
Cumplimiento progresivo de las profecías sobre Babilonia	150
Discusión sobre las Profecías	158
Realización de las Profecías	158
Las Maravillas del mundo	173